

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



NAVIDAD 2003

«El Dios todopoderoso y rico en misericordia, por su Hijo Jesucristo, en cuya venida en carne creéis y cuyo retorno glorioso esperáis, en la celebración de los misterios del Adviento, os ilumine y os llene de bendiciones.»

(Bendición propia del tiempo de Adviento)

Las reliquias de
santa Teresita
en Balmesiana

En el
centenario
del pontificado
de san Pío X

Los verdaderos
amigos del
Corazón de
Jesús (IX)

Un libro
reciente sobre
la ortodoxia
católica



«A Él habrán de adorar todos los reyes,
todas las gentes le han de servir.»

(Sal 71, 11)

Sumario

Las reliquias de santa Teresita, en Balmesiana <i>José M^a Romero Baró</i>	3
La condenación del modernismo por san Pío X <i>J.M.P.</i>	4
San Pío X y la orden del Carmen <i>Fr. Jordi M^a Gil i Costa, O.Carm.</i>	6
El cardenal Vives en la Roma de san Pío X <i>Fr. Valentí Serra de Manresa, OFM Cap</i>	8
Merry del Val, secretario de Estado de san Pío X <i>Luis Petit</i>	11
La recomendación de la doctrina filosófica de santo Tomás en el pontificado de san Pío X <i>Francisco Canals Vidal</i>	13
Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (IX). «Juan Croiset, S.I., El nuevo apóstol que Jesucristo había escogido para escribir sobre la devoción a su Sagrado Corazón» <i>José Javier Echave-Sustaeta</i>	15
Las victorias de santa María <i>Guillermo Pons Pons</i>	19
A los cuarenta años de la encíclica <i>Pacem in terris</i> (y VI) <i>José M^a Petit Sullá</i>	24
La formulación de la ortodoxia católica <i>Joan Antoni Mateo</i>	26
Los orígenes religiosos de los Estados Unidos en la obra de Christopher Dawson <i>Reyes Jaurrieta</i>	28
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	34
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	35
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	37
Orientaciones bibliográficas <i>Evan Mclan</i>	39
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	40
Hace 50 años <i>J. M^a P. S.</i>	42

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2^a
Tel. y Fax 93 317 47 33
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@eic.ictnet.es

Imprime: Fundación Ramón Orlandis - D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

CON el presente número doble cerramos el año 2003 con especial referencia a la conmemoración del centenario del comienzo del pontificado del papa José Sarto, san Pío X. El número del pasado mes de marzo lo dedicamos al papa León XIII, titulándolo «el papa de las encíclicas», aludiendo a su enorme magisterio ordinario ejercido por este modo epistolar. El papa san Pío X fue el papa de unas muy precisas y ejemplares realizaciones eclesiales relativas a todos los ámbitos del magisterio y del gobierno de la Iglesia. La catequesis, la comunión frecuente, la liturgia, especialmente la música sacra, los seminarios, las misiones, etc., y todo ello sin olvidar las cartas encíclicas centradas en los temas más candentes, tanto estrictamente pertenecientes a la Iglesia, como los relativos a la relación de la Iglesia con los estados. Especial mención merece su célebre, aunque bien poco recordada, encíclica *Pascendi* acerca de los errores del modernismo. Este documento no sólo conserva su valor sino que se ve acrecentada la necesidad de leerlo y juzgar desde aquella clarividente exposición el actual modernismo, llamado ahora generalmente «progresismo».

Su humildad era proverbial. Y esta humildad era la condición de su fuerza toda ella puesta en el Señor, porque, efectivamente, lo característico del pontificado de san Pío X fue el poner el énfasis y la esperanza de la Iglesia en la acción sobrenatural del Espíritu Santo y por ello enseñó y dio ejemplo de dicha actitud de someter todo lo temporal al imperio y luz superior de la gracia de Dios.

Merece especial mención la recomendación de la doctrina filosófica de santo Tomás que el santo pontífice expresaba en la propia encíclica *Pascendi*. Dado que el modernismo nace del «consorcio de la falsa filosofía con la fe», nada resultaba tan adecuado para combatirlo como la explícita y clara recomendación de atenerse a la filosofía del Doctor Angélico.

En la misma dirección insistía san Pío X siete años después en el Motu Proprio *Doctoris Angelici*. Después de recordar la doctrina contenida en la encíclica, declaraba con más precisión que: «los que interpretan perversamente o desprecian absolutamente los puntos que, en su filosofía, son principios y enunciados mayores, no sólo no siguen a santo Tomás sino que se apartan lejos de él».

Seguir a santo Tomás, decía el santo padre, es «camino segurísimo para un conocimiento profundo de las cosas divinas». Desde el actual olvido de la filosofía y teología de santo Tomás ha llegado a ser desconocido y prácticamente incomprensible el lenguaje dogmático de la Iglesia católica.

Al mes siguiente, la Sagrada Congregación de Estudios publicaba las llamadas XXIV Tesis Tomistas como interpretación auténtica de tales principios y enunciados mayores.

San Pío X fue especialmente devoto de la Virgen del Carmen y fervoroso propagador de la devoción del escapulario, acerca del cual predicó en muchas ocasiones.

Fue también clarividente y profética su visión de la religiosa carmelita Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, cuando, ya antes de su beatificación decía de ella: «Es la santa más grande de los tiempos modernos».

Las reliquias de santa Teresita, en Balmesiana

JOSÉ M^a ROMERO BARÓ

EN la tarde del pasado domingo 14 de diciembre, fueron recibidas con toda solemnidad y veneradas con gran devoción las reliquias de santa Teresita del Niño Jesús en Balmesiana.

La trascendencia de la visita de la santa en sus reliquias había sido destacada por la conferencia que el miércoles anterior había pronunciado en Balmesiana el profesor Francisco Canals acerca de la proclamación en 1997 de santa Teresita como Doctora de la Iglesia. En este sentido, el profesor Canals indicaba que «san Pío X había advertido la grandeza de su santidad, precisamente en el carácter sencillo y ordinario de su vida. Documentos como la declaración de las virtudes heroicas, por Benedicto XV, y las alocuciones de Pío XI al beatificarla y canonizarla, contenían implícita la afirmación de este carisma doctoral de santa Teresita, expresando –en tiempos en los que nadie pensaba en que pudiese ser declarada Doctor de la Iglesia una mujer– con insistencia que Dios había, por medio de ella, anunciado al mundo un mensaje nuevo, un camino que podríamos considerar desconocido y que daba a conocer las verdades más nucleares del Evangelio. Pío XII decía que «ella había reencontrado el Evangelio, el corazón mismo del Evangelio», de modo que «Teresita –que decía de sí misma que no era una santa, que no había obrado las obras de los grandes santos, sino que era un “alma pequeña” a la que Dios había llenado de gracias– fue fiel al llamamiento divino de anunciar este mensaje evangélico nuevo y, por su medio, Dios ha emprendido una profunda renovación de la vida cristiana, y como una renovación espiritual del pueblo de Dios».

Para mostrar cuál había sido el camino de la infancia espiritual por el que había transitado la nueva Doctora de la Iglesia, el profesor Canals recordó las palabras de quien fue su maestro de espíritu y de doctrina, el padre Ramón Orlandis, quien decía que Dios, por santa Teresita, había inaugurado una época nueva en la Iglesia, a la que calificaba como si fuese la «era de la democracia en la santidad». Es la santidad a la que todos somos llamados, y que consiste en el amor. Decía santa Teresita recordando un versículo del *Cantar de los Cantares*, que habla del oro adornado por la plata, que la plata, inferior al oro pero que puede adornarle, es la sencillez; con el amor, es la sencillez, la simplicidad, la única cualidad con que podemos asemejarnos a Dios, «no en la omnipotencia ni en la omnisciencia». De aquí que el ejemplo que más la edificaba fuera «la vida en todo corriente y del todo ordinaria» de la

Santísima Virgen María y de san José con el Niño Dios.

El Foment de Pietat propagó desde muy pronto la devoción a esta santa con la publicación y el estudio de sus obras, uniéndose así a cuantos fieles le han testimoniado su afecto en todos los lugares de su actual recorrido por España. El bello relicario fue portado en procesión desde la catedral hasta la vecina sede del Foment de Pietat, donde fue recibido con una lluvia de pétalos de rosa que los asistentes dejaban caer desde los pisos superiores al patio central. En sus palabras de bienvenida, mosén Àngel Fàbrega, Director de la Casa, destacó la profunda devoción que los fundadores de la misma –el padre Ignasi Casanovas y mosén Eudald Serra– sintieron por la santa, a la que eligieron por patrona junto con el Sagrado Corazón de Jesús y Nuestra Señora de Montserrat, agradeciendo los favores recibidos de ella tanto en el pasado como en la actualidad. Se sumaron al acto Schola Cordis Iesu, la Obra de Ejercicios Parroquiales y la Librería Balme, instituciones ubicadas en el mismo edificio.

A continuación, las reliquias fueron conducidas por la noble escalinata profusamente ornamentada hasta la capilla superior, al tiempo que los fieles –que llenaban por centenares todos los espacios del recorrido– recitaban la letanía de los santos. Tras la lectura del Evangelio (Lc 10,21, que señalaba el mismo camino de la santa con palabras de Nuestro Señor: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños»), el padre Suñer, director de Balmesiana, nos invitaba a estar exultantes ante los huesos de la santa (*exultabunt ossa humiliata*, Sal 50,10), pues –aunque humillados por la muerte– en ellos se había manifestado la misericordia de Dios. Así mismo, hacía extensivo ese gozo a los fundadores de la Casa, recordando cómo al comenzar la persecución religiosa de 1936 mosén Eudald Serra le había encomendado su custodia, y cómo al final de aquel terrible episodio pudo recuperarla intacta con todas sus pertenencias.

Al finalizar el acto, todos los asistentes pudieron llegar hasta el relicario para venerarlo y, nuevamente en procesión y acompañadas de cantos, las reliquias de la Santa fueron despedidas para que pudiesen seguir su itinerario. Como recuerdo perenne del acto, cada familia fue obsequiada con uno de los libros salidos de esta casa que fueron pioneros en la difusión de la infancia espiritual teresiana.

La condenación del modernismo por san Pío X

J.M.P.

SE cumple este año el centenario de la subida al solio pontificio del papa san Pío X, el papa sencillo, de humilde origen, de escasa relevancia intelectual o diplomática, pero profundamente enamorado de Cristo y de su Iglesia. Sustituyó al «sabio» –y en tantos sentidos verdaderamente grande– León XIII, pero su labor eclesial supera incluso la de su predecesor. Basta leer el elogio que hizo de él Su Santidad Pío XII al beatificarlo. Bastaría también recordar que es por ahora el único papa declarado santo desde los tiempos de san Pío V en el ya lejano siglo XVI. Nos detendremos aquí solamente en una sucinta memoria de uno de sus documentos más clarividentes, la larga y elaborada encíclica *Pascendi dominici gregis*.

El 3 de julio del año 1907, en el quinto año de su pontificado, publicó Pío X a través de la Sagrada Congregación del Santo Oficio el decreto llamado *Lamentabili*, que contenía una lista de sesenta y cinco errores de lo que se daba en llamar «modernismo». El 8 de septiembre siguiente daba a la luz la encíclica *Pascendi*, que contenía no sólo la condenación sino toda la explicación y el desarrollo del mismo modernismo a partir de su núcleo originario y en todas sus consecuencias. Nunca antes una encíclica había explicado un error con tal detalle. Siempre la herejía ha fingido no ser conocida por el magisterio que la condenaba, pero este conocimiento tan explícito del modernismo por parte del documento pontificio exasperó aún más a los fautores de aquel inmenso error.

La encíclica, en efecto, constituye un documento casi inédito en las enseñanzas pontificias de todos los tiempos, por cuanto contiene una explicación global y completa del sistema –porque se trata, en verdad, de un sistema– cuya caracterización, con el ambiguo y accidental nombre de *modernismo*, constituía en el seno de la Iglesia católica el papel que en la pura filosofía había desempeñado el idealismo del que surge. En palabras de la encíclica, «del consorcio de la falsa filosofía con la fe ha nacido el sistema modernista» (núm. 42). Tal sistema no podía ser condenado sin ser explicado, por cuanto no se hubiera entendido su núcleo filosófico, su intención fuertemente racionalista, y su inmersión total y absoluta en el seno de los dogmas y de la totalidad de los elementos que constituyen la religión, convirtiéndose, además, en una corriente que todo lo atravesaba hasta convertirse en el mismo ateísmo.

Hacia más difícil la denuncia del error modernista el hecho de que había que explicar algo cuya naturaleza misma es la «evolución» de lo que pretende explicar. En efecto, el modernismo sostiene como tesis fundamental de su sistema que, siendo la religión algo en constante e imparable evolución, la explicación de la misma ha de consistir en una constante evolución. De ahí que el modernismo no se deje fijar en determinadas proposiciones.

Es así que la explicación pontificia de la naturaleza del modernismo se hace en la encíclica de forma a la vez analítica y sintética, mostrando todas las fases del desarrollo y poniendo de relieve sus diversas conclusiones en los distintos ámbitos de la religión. Por la explicación del documento pontificio pasan el modernista filósofo, el modernista creyente, el modernista teólogo, incluso el modernista apologista, el modernista historiador, el modernista crítico y, sobre todo, el modernista reformador de la Iglesia, sin olvidar las consecuencias sociales del modernismo, que no son otras que el liberalismo más craso. En efecto, como leemos a este respecto en la encíclica, «no le satisface a la escuela de los modernistas que el Estado esté separado de la Iglesia... en los negocios temporales la Iglesia debe someterse al Estado» (núm. 24). Lo segundo se deriva necesariamente de lo primero y por ello en todos los asuntos humanos –matrimonio, familia, educación, vida social, etc.– será únicamente el Estado quien dicte las leyes y las normas de conducta. Una de las notas que caracterizan al modernismo son los constantes y mutuos elogios que se prodigan la sociedad laica y los modernistas.

Hace la encíclica especial mención de una cuestión esencial: el modernismo, por la índole misma de su gestación y de su autoalimentación, anida principalmente en los lugares de estudio, es decir, en los seminarios y universidades católicas. Nada menos que en los lugares donde se han de formar los futuros sacerdotes y los clérigos más influyentes. Leemos en la encíclica: «En los seminarios y universidades andan a la caza de las cátedras, que convierten poco a poco en cátedras de pestilencia. Aunque sea veladamente inculcan sus doctrinas predicándolas en los pulpitos de las iglesias; con mayor claridad las publican en sus reuniones y las introducen y realzan en las instituciones sociales»

(núm. 44). Esta presencia en los estudios y esta táctica de gradualidad en las manifestaciones modernistas convertían el modernismo en una herejía de una influencia y de una universalidad desconocida hasta entonces en la Iglesia.

La encíclica no sólo explica y condena sino que advierte y, como hace el buen pastor –cuyo oficio se recuerda en las primeras palabras de la encíclica– pretende evitar que los católicos de buena fe se dejen enredar por un sistema que ya había hecho estragos en el seno de la comunidad protestante y que aspiraba a hacer lo mismo con el catolicismo, según la última de las proposiciones condenadas en el mencionado decreto: «El catolicismo actual no puede conciliarse con la verdadera ciencia, si no se transforma en un cristianismo no dogmático, es decir, en protestantismo amplio y liberal».

Tal documento no se entiende plenamente si no se atiende al punto de vista que le anima, que no es otro que la necesidad de sostener en todos los campos de la religión la primacía de lo sobrenatural. En efecto, siendo el modernismo, a la vez la «explicación» racional del «fenómeno» religioso, consistente todo él en un *sentimiento* humano de alienación respecto a lo absoluto, y desplegándose, por tanto, en una continua elaboración y a la vez rectificación de las fórmulas religiosas, la única manera efectiva de luchar contra su multiforme manifestación es la de sostener firmemente la supremacía de la revelación divina sobre la naturaleza humana. La naturaleza del hombre es la condición de dicha revelación, el necesario sujeto pasivo de la misma, pero su fundamento positivo es la revelación que trasciende toda filosofía, como enseñaba reiterada e incansablemente san Pablo y preconiza el Evangelio en sus relatos de cada discusión de Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, frente a los fariseos ufanos de poseer la Ley y los Profetas como adquisición propia. Para los fariseos, como para los modernistas, la piedra de toque era la negación de la divinidad de Jesús. Como aquellos interlocutores de Jesús que hicieron suya la religión, los modernistas afirman lo que se contiene en la proposición 27 del decreto *Lamentabili*: «La divinidad de Jesucristo no se prueba por los Evangelios, sino que es un dogma que la conciencia cristiana derivó de la noción de Mesías».

La tarea de publicar esta memorable e inmortal encíclica sólo podía salir de aquel papa en verdad manso y humilde, del todo entregado a su oficio de Pastor supremo de la Iglesia, que no ponía su esperanza más que en Dios y que sabía que frente a la malicia del error no cabe más que la afirmación de la verdad más clara. Cualquier concesión hubiera dado al modernista más ánimos.

El modernismo parte del supuesto de que la re-

ligión no tiene otro fundamento que el sentimiento religioso y de ahí que considere la Escritura como mero testimonio de una cierta conciencia social de tal sentimiento. Pero tal conciencia no queda bien reflejada en las formulaciones dogmáticas; por ello el modernismo estuvo –y está– especialmente presente en el campo bíblico, donde rige, como norma habitual, la proposición condenada en el número 61 del citado decreto *Lamentabili*: «Se puede decir sin paradoja que ningún capítulo de la Escritura desde el primero del Génesis hasta el último del Apocalipsis, contiene doctrina totalmente idéntica a la que enseña la Iglesia sobre el mismo punto y, por ende, ningún capítulo de la Escritura tiene el mismo sentido para el crítico que para el teólogo». Según la doctrina modernista, la Iglesia ha formulado a lo largo de los siglos dogmas que no expresan ya la verdadera «vivencia» religiosa y han de ser rectificadas y reconducida su interpretación por el crítico. Es tarea esencial del modernista hacer que la crítica bíblica sea la norma de la interpretación de las fórmulas de la teología dogmática, cuyo contenido debe cambiar sustancialmente, aun cuando no pueda cambiarse su formulación –básicamente, porque la autoridad infalible de la Iglesia no lo permitiría y, por otra parte, porque dicho cambio dejaría al modernista al descubierto ante el pueblo fiel, que sigue creyendo en las fórmulas dogmáticas y su natural sentido.

Sería muy ciego no reconocer hoy el gran mal que evitó la encíclica *Pascendi*, al denunciar y condenar sin paliativos el modernismo, su contenido, sus intenciones y su táctica. Sería –o quizá simplemente, es– muy injusto no agradecer a san Pío X el conjunto verdaderamente exhaustivo de disposiciones que se contienen al final de la misma encíclica a fin de evitar la propagación de un error que la propia encíclica calificó de «suma de todas las herejías». El modernismo, después de san Pío X, no puede presentarse abiertamente en la Iglesia.

El silencio acerca de estos reconocimientos y el generalizado silencio hacia san Pío X no puede interpretarse más que como manifestación taimada de simpatías por el modernismo. Es evidente que, a pesar de san Pío X, –y sería ingenuo el desconocerlo–, el modernismo ha llegado a ser la herejía hoy más presente en la Iglesia en su multiforme manifestación, según aquellas palabras de Pablo VI en su habitual estilo interrogativo «¿no es el progresismo actual lo mismo que el modernismo?».

Toda verdadera y profunda regeneración en la Iglesia pasa necesariamente por el recuerdo positivo de la doctrina manifestada en el decreto *Lamentabili* y la encíclica *Pascendi* y por la aplicación de aquellas disposiciones que el santo papa promulgó.

San Pío X y la orden del Carmen

FR. JORDI M^a GIL I COSTA, O.CARM.

LA orden de los Hermanos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo tiene mucho que agradecer al gran papa Sarto por todo lo que hizo durante su pontificado en favor de la misma.

En 1904 aprueba las Constituciones del Carmen de la Antigua Observancia, siendo prior general de toda la Orden fray Pío M^a Mayer. Estas son las primeras constituciones, adaptadas a las nuevas circunstancias eclesiales, pues las anteriores eran de mediados del siglo xvii.

El 13 de mayo de 1906 beatifica a Teresa de San Agustín y compañeras vírgenes y mártires del carmelo descalzo de Compiègne. Las 16 monjas que dan testimonio de amor a la Iglesia y a Francia, derramando generosamente su sangre en la guillotina, en nombre de los principios de «libertad, fraternidad e igualdad», el 17 de julio de 1794, año del Terror, de la Revolución francesa. Bernanos dejará inmortalizada dicha comunidad con su famosísima *Diálogos de carmelitas*, obra llevada incluso al cine.

En el Índice de las indulgencias del 4 de julio de 1908, fue renovado literalmente el decreto de 20 de enero de 1613 relativo al famoso privilegio sabatino del escapulario del Carmen. El decreto dispone que:

–Se permita a los carmelitas predicar que los miembros de la cofradía puedan creer que, con las condiciones establecidas en el «privilegio», la Virgen los habría ayudado cuanto antes con su intercesión y especial protección y especialmente en el sábado después de su muerte, día dedicado a la Virgen en la Iglesia.

–Las representaciones artísticas (cuadros, pinturas, impresos) no tenían que representar a la Virgen bajando al Purgatorio a liberar las almas, sino a los ángeles que las conducirían al cielo por la intercesión de María. Según esto, es un hecho que al decreto fueron añadidas algunas instrucciones especiales para los superiores de la Orden.

En el pensamiento del magisterio pontificio piáno, está la necesidad de evitar un pietismo que vacíe el contenido esencial de la devoción del escapulario, y sí de profundizar, en cambio, en su contenido, basándolo en especial en el papel de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia. En efecto, la potencia de María a favor de quien viste el escapulario es sustancialmente, desde el punto de vista

teológico, la aplicación concreta de la doctrina de la maternidad espiritual y de la mediación mariana rectamente entendida: María obra a favor nuestro, pero nosotros debemos estar dispuestos a acoger su acción y a contestar con todas nuestras fuerzas adhiriéndonos a Cristo, ofrecido a nosotros por María.

El 18 de marzo de 1909 beatifica al carmelita italiano de la Antigua Observancia, Bartolomé Fanti, gran devoto de la Eucaristía.

El 16 de diciembre de 1910, da el decreto del Santo Oficio *Cum sacra* donde se permite el uso de la medalla-escapulario, en la que se sustituye la tradicional pieza de lana por una medalla metálica, con la condición de que en dicha medalla, de un lado esté una advocación de la Virgen María y por el otro, el Sagrado Corazón de Jesús.

La devoción del escapulario va incluida como consagración o más justamente como confianza a María, a través del vestido del Carmelo, en el contenido de sus promesas y se vuelve forma práctica y eficaz para fomentar una vida que conduce a la adhesión total a Cristo y a su plena acogida en nosotros a imitación de María.

San Pío X da el juicio, a todas luces profético, sobre una religiosa carmelita descalza de Lisieux, Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, cuando dice: «Es la santa más grande de los tiempos modernos».

He aquí estas palabras de san Pío X a la Orden de María, en un sermón sobre la Virgen del Carmen: «Nos unimos a los santos y a otros mil amigos del Carmelo, a cuyas virtudes aplaude la Iglesia y el mundo, ya que todos forman una sola familia crecida bajo la mirada de María, quien no contenta con haberles dado el nombre y el distintivo, quiere demostrar su afecto especial con los más solemnes prodigios».

San Pío X vestía desde niño el escapulario. Predicó muchas veces sobre él y fue director de la Cofradía del Carmen. En una ocasión, en audiencia concedida al padre José Recoder, famoso predicador paúl, le dijo el papa san Pío X: «Yo lo llevo siempre –y desabrochándose, le mostró el escapulario–. No te lo quites nunca. Yo concedí la medalla-escapulario para los negritos de África sin pensar nunca que se extendería a Europa y América».

En otro momento así se expresó: «Este santísimo escapulario se lleva en Roma, se venera en Fran-



cia y se besa en toda Italia, se le exalta y son tan grandes sus prerrogativas que cuando no obtuvieron la victoria los cruzados, las excomuniones de los pontífices, el fervor de tantos hombres apostólicos, lo obtuvo en breve tiempo la Orden del Carmen por medio de esta señal benéfica y saludable, prenda maravillosa con la que se creían sumamente honrados los monarcas. El mismo Dios, para levantar la fe, se dignó aprobar solemnemente el escapulario del Carmen al hacerle obrador de maravillas y de portentos, no existiendo —como atestigua el piadosísimo padre La Colombière— devoción en el catolicismo que haya sido aprobada por

el cielo con tan estupendos y milagrosos prodigios».

En tiempos de san Pío X hubo en el Congo el altísimo testimonio de un joven, hoy beatificado, Isidoro Bakanja, que será mártir del rosario y del escapulario. Teniendo unos 25 años, el 6 de mayo de 1906 fue bautizado y recibió el escapulario del Carmen, confirmado el 25 de noviembre del mismo año, recibe la primera comunión el 8 de agosto de 1907. Fue preparado por los padres trapenses. Será víctima de los malos tratos de un belga llamado Longange, al servicio de quien estaba Isidoro. Empezó el belga por decirle: «Bakanja, quítate ese amuleto del cuello. Es una cosa desagradable. No quiero ver más esa especie de *mompère* aquí». El muchacho seguirá, devota y humildemente, con el escapulario y al cabo de unos días será azotado; los azotes se repetirán varias veces, llegando, incluso, a ser encerrado en un calabozo. Longange será desterrado por los injustos malos tratos, pero Bakanja es ya una llaga viva. Recibirá la visita de los misioneros, quienes le darán la unción de los enfermos. Dará el joven, poco antes de morir, el siguiente testimonio: «No estoy enojado contra el blanco; el que me haya flagelado es asunto suyo, no mío. Sí, si muero, pediré por él en el cielo». Entró Isidoro Bakanja en la vida eterna el 15 de agosto de 1909. Los cristianos le entierran con el rosario que tenía en las manos y con el escapulario de la Virgen del Carmen sobre su pecho y espalda llagada.

El Carmelo entero está en deuda de eterna gratitud hacia este gran devoto del vestido de María, quien también ofreció a la Iglesia el poder llevarlo como medalla, además de como vestido.

San Pío X, el papa de la Eucaristía, es, indudablemente, una de las principales figuras que, con su ser y hacer, suponen la sabia y eficaz preparación remota del gran acontecimiento del Espíritu Santo en el siglo xx que es el Concilio ecuménico Vaticano II.

EL OFICIO DE PASTOR

Al oficio de apacentar la grey del Señor que nos ha sido confiada de lo alto, Jesucristo señaló como primer deber el de guardar con suma vigilancia el depósito tradicional de la santa fe, tanto frente a las novedades profanas del lenguaje como a las contradicciones de una falsa ciencia.

SAN PÍO X: *Pascendi dominici gregis*, introducción

El cardenal Vives en la Roma de san Pío X

FR. VALENTÍ SERRA DE MANRESA, OFMCAP.

EL papa León XIII apreciaba entrañablemente la persona del cardenal Vives y, desde su condición de terciario franciscano quiso que Calasanç de Llavaneres, cardenal Vives, «il cardinale santo», le diese la bendición llamada «de san Francisco» poco antes de expirar. Pero, quien mejor conectó con «il cardinale santo» fue el papa Giuseppe Sarto, san Pío X, alma gemela del cardenal Vives, con quien vivió, muy a fondo, la comunión de ideales y la visión sobrenatural de la Iglesia. De hecho, fue a petición del papa Pío X que el cardenal Vives intervino tan directamente en la redacción del decreto *Lamentabili* y de la encíclica *Pascendi*¹ cuando, en 1907, se condenó el modernismo teológico,² como puede comprobarse examinando el contenido de las doce *Cartas a un Director de Seminario*, contra los peligros del modernismo teológico, que el cardenal Vives i Tutó comenzó a publicar mientras se redactaba la encíclica *Pascendi*.

El modernismo teológico fue un fenómeno complejo en el cual hay que distinguir un conjunto de causas convergentes de orden científico, histórico, filosófico y teológico que, finalmente, acabarían provocando una fuerte crisis en el interior de la Iglesia, que explotó abiertamente a partir del decreto *Lamentabili sane exitu* (3 de julio de 1907) y, sobre todo, de la encíclica *Pascendi dominici gregis* (8 de septiembre de 1907), inspirada por los cardenales Vives, Merry del Val y De Lai, y redac-

tada por Joseph Lemius, con la colaboración directa del cardenal Billot (en los aspectos doctrinales), y del cardenal Vives y Tutó (en los aspectos jurídicos y prácticos). El cardenal Vives i Tutó, que conocía muy bien los contenidos y peligros del modernismo, mientras se ultimaba la redacción definitiva de la encíclica *Pascendi* repartía a los estudiantes del Colegio Español de Roma ejemplares del *Sentinella Antimodernista*, al tiempo que, con el seudónimo de *José-María*, empezaba a divulgar los principales contenidos –y peligros– del modernismo teológico a través de las ya aludidas *Cartas a un Director de Seminario*, publicadas en las páginas del *Correo Josefino* (durante los meses de junio y diciembre de 1907), editado en Tortosa por los operarios diocesanos. En la primera de estas cartas escribió: «Tenga por muy sospechosos los escritos, libros y revistas de sabor progresista, reformista o modernista, de ideas y proposiciones a la moderna, de frases a la moda»,³ una llamada de atención plenamente indicativa de lo que sería este complejo –y doloroso– período de la historia eclesiástica, que se vio estigmatizada por las sospechas, las restricciones y limitaciones en el campo de la reflexión e investigación eclesiástica, como se ha puesto de manifiesto repetidamente en diversos estudios sobre este período.

Y es que los adeptos al modernismo teológico querían transformar la Iglesia para adaptarla a los tiempos modernos, en un atrevido intento de racionalización de la fe cristiana, infiltrando los contenidos sobrenaturales de la revelación con la metodología racional y positivista, que tanto el cardenal Vives como el resto de los capuchinos de Cataluña rechazaron siempre, mostrándose firmemente antimodernistas⁴ y adeptos al papa Pío X.

En esta brevísima aproximación a la obra eclesial de Vives i Tutó en su condición de cardenal de la Santa Romana Iglesia, hay que recordar la gigantesca tarea que realizó, en solitario, como primer prefecto de la nueva Congregación de Reli-

1. «Es de todos conocida la parte que tuvo el cardenal Vives en esta lucha [antimodernista] y su participación aun en la redacción del Decreto *Lamentabili* y en la Encíclica *Pascendi*» (v. ANTONI M. DE BARCELONA, *Ante el monumento al cardenal Vives y Tutó. Notas Biográficas*, Llavaneres 1950, p. 9, y sobre todo, v. Id., *El Cardenal Vives i Tutó*, Barcelona 1916, pp. 255-285). J. Rivière atribuye al cardenal Vives la redacción de los aspectos morales de dicha encíclica: «Le P. Jean-Baptiste [Lemius] ajouta que la partie morale de l'encyclique avait été confiée au cardinal Vives, persona gratissima auprès de Pie X» (v. J. RIVIÈRE, «Qui rédigea l'encyclique *Pascendi*?»: *Bulletin de Litterature Ecclésiastique* 47 (1946) p. 154).

2. Véase E. DELGADO, «Intransigente con el error»: *Correo Josefino* XVII (1913) pp. 326-330: «Era muy grande su celo antimodernista y el gran amor que nos tenía, y no contento con sus continuas exhortaciones y repartirnos muchos números del *Sentinella Antimodernista*».

3. V. [J. C. VIVES I TUTÓ], «Cartas a un director de Seminario»: Suplemento de la revista *Correo Josefino* (Tortosa, junio 1907) p. 1.

4. Véase VALENTÍ SERRA DE MANRESA, «Franciscanisme cultural i modernisme teològic dels framenors caputxins de Catalunya»: *Analecta Sacra Tarraconensia* 73 (2000) pp. 391-427.

giosos,⁵ que él vertebró y organizó cuando se creó, en el año 1908. Desde esta congregación, el cardenal contribuyó a la estructuración y al reconocimiento pontificio de muchas de nuestras congregaciones religiosas, masculinas y femeninas, fundadas en el fermento fundacional de la inquieta Iglesia de la Cataluña decimonónica.

Hay que mencionar también la solícita preocupación que mostró siempre el cardenal por la formación del clero, especialmente en el Colegio Pío Latino Americano⁶ y, sobre todo, en el Colegio Español de San José,⁷ entonces situado en el palacio Altemps, en donde, a partir de 1906, Vives i Tutó fijó su residencia habitual a petición del papa.⁸ Al principio habitaba provisionalmente en la iglesia de San Nicolás Tolentino y, muy pronto, se le habilitó parte del edificio de la nueva curia generalicia de los capuchinos, edificada en la via Buoncompagni, número 160, de Roma. Allí, su hermano de sangre, el padre Joaquim de Llavaneres, preparó unas salas para atender las visitas, unas estancias privadas y un oratorio para el purpurado capuchino.

Sería muy interesante estudiar monográficamente la tarea desarrollada por el cardenal Vives desde la Congregación de Religiosos, que presidía, y también estudiar a fondo las aportaciones personales en la codificación del Derecho Canónico.⁹ Sería conveniente también que algún investigador hiciera el inventario y estudiara la inmensa cantidad de borradores, minutas, memoriales y otros documentos de trabajo que ponen de manifiesto y certifican su participación directa en la elaboración de docu-

mentos¹⁰ durante el pontificado del papa Sarto, y también el gran valor de sus trabajos y acciones positivas en favor de la Iglesia de Cataluña, especialmente sus fecundos esfuerzos para evitar que el doctor Torras i Bages fuese alejado de su sede de Vic.¹¹ También sería muy conveniente y provechoso el análisis y la valoración de su obra publicada, que es el testimonio más fehaciente de su inmensa capacidad de trabajo y de síntesis, reunida en 78 títulos y que situados en estanterías forman por sí solos una pequeña biblioteca.¹²

La primera obra impresa del padre Calassanç fue redactada y preparada en el convento capuchino de Igualada y fue publicada en Barcelona en 1881, cuando el autor tenía sólo 27 años. En plena juventud, Calassanç de Llavaneres dio pruebas de una madurez teológica fuera de lo común, también de un talento prodigioso, y a la vez de una extraordinaria memoria y de una gran capacidad de trabajo y de síntesis, especialmente en sus primeros compendios de teología moral y dogmática, que preparó con tanto cuidado y solvencia y que le valieron una gran aceptación.

Esta gran cantidad de obras publicadas por el cardenal acreditan sobradamente su gran fecundidad y valor como escritor eclesiástico, y si bien no se le puede calificar propiamente de investigador, sí que debe reconocérsele como un gran divulgador de sólida y vasta erudición, que a partir de su gran capacidad de síntesis supo recopilar y armonizar lo más valioso de la patrística y de la escolástica.¹³ No es en vano que algunos contemporáneos afirmaban de él que era como «una biblioteca viviente» y a él acudían la mayoría de los

5. Una primera valoración la ofreció el padre EVANGELISTA DE MONTAGUT, «El Cardenal Vives canonista y su labor al frente de la Congregación de Religiosos»: *EstFr.* (extra 1913) pp. 65-74.

6. V. J. Balcells Canela, *La formación del clero latinoamericano según el cardenal Vives y Tutó. Estudio de sus aportaciones al Concilio Plenario latinoamericano (1899)*. Roma, Athenaeum Romanum Sanctae Crucis, 1994.

7. Los estudiantes del Colegio Español le llamaban «il Collegiale Maggiore» y «il Collegiale delle barbe» (v. *Correo Josefino* XVII [1913] pp. 303-304).

8. El día 4 de julio de 1906 el cardenal Merry del Val escribió al padre Bernardo de Andermatt, ministro general de los capuchinos, manifestándole el deseo pontificio de que el cardenal Vives abandonase la curia generalicia de los capuchinos y se instalase en el Colegio Español.

9. El doctor Federico Roldán, canónigo de Sevilla, poco después de la muerte de Vives i Tutó lo presentaba como uno de los canonistas más eminentes y afirmaba: «El Cardenal Vives y Tutó era *tutto* en las congregaciones romanas, era, como se suele decir, el alma [...]. Tan universal era su justa y reconocida fama de canonista, llegando a afirmar el sapientísimo Wernz, hoy General de la Compañía de Jesús, que era el mejor canonista de nuestros días (v. *Correo Josefino* XVII [1913] p. 346).

10. Por ejemplo, en 1905, monseñor Giovanni Bressan, capellán pontificio y jefe de los secretarios particulares del papa Pío X, escribía una nota al cardenal Vives con esta indicación: «Lo scrivente ha l'incarico dal Santo Padre di trasmettere al'Eminenza Vostra Rvma. le unite bozze di stampa e di pregarla a farvi le correzioni e le aggiunte, que credà necessarie» (carta de G. Bressan a J. C. Vives Tutó [Vaticano, 27 de mayo de 1905]; APCC. *Ibidem*, s.f.).

11. Véase R. CORTS BLAY, *Regests de la documentació del segle xx sobre Catalunya i la Santa Seu conservada a l'Arxiu Secret Vaticà. Fons Secretaria d'Estat (1899-1921)*, Barcelona, 2003, pp. 58-59, doc. 61.

12. Un primer balance de la obra escrita del cardenal lo realizó ANDREU DE PALMA DE MALLORCA, «El Cardenal Vives y Tutó. Estudio bibliográfico»: *Est.Fr.* 60 (1959) pp. 247-266.

13. El doctor Pla i Deniel, siendo canónigo de Barcelona, escribió: «Mucho se engañaría quien le tuviese por un vulgar compilador [...] Su Compendio de Teología Moral, el cual no es sólo de compilación, sino que contiene soluciones, orientaciones y advertencias, hijas de su seguro criterio», etc. (v. E. PLA DENIEL. «El hombre de ciencia»: *Correo Josefino* XVII [1913] pp. 334-336).

dicasterios del Vaticano a consultarle las interpretaciones más correctas de las sentencias y textos patrísticos, sabedores de que entonces, en Roma «Vives fa tutto», Vives lo hace todo, y también que «Vives è tutto», Vives lo es todo. Todo en el campo de las tareas e instancias del gobierno eclesiástico;¹⁴ todo en el campo de la erudición patrística y teológica. En realidad, su extensa producción bibliográfica, que se acerca a los cien títulos, es un claro testimonio de su enorme fecundidad intelectual, y coloca indiscutiblemente su figura entre los principales escritores eclesiásticos de nuestro país. «Vives è tutto»: los murmuradores de la Roma de Pío X pronunciaban de esta manera, a la italiana, el nombre del cardenal capuchino, dando a entender que el cardenal Vives gozaba en la Santa Sede de una especie de «omnipotencia». La ocurrencia es algo exagerada, sobre todo si se tiene en cuenta, por una parte, la personalidad y firmeza de Pío X y, por otra, el fuerte influjo de los cardenales Gasparri, De Lai y Merry del Val, de manera que no ha de atribuirse exclusivamente a Vives i Tutó la responsabilidad de todas las decisiones papales.¹⁵ En cualquier caso, el juego de palabras de «Vives è tutto» es muy indicativo del notable peso del capuchino de Llavaneres en la Roma del Papa Sarto, tanto, que, como escribió el padre Antoni M. de Barcelona, la actuación de Vives i Tutó está íntimamente unida a la del papa y su nombre quedará por siempre vinculado al de Pío X. No en vano, el 7 de septiembre de 1913, al conocer el papa la muerte del cardenal capuchino, afirmó lloroso que acababa de desaparecer el amigo más fiel de la

14. Ya lo era antes de ser cardenal. Por ejemplo, en 1884, mientras trabajaba por la unión de los capuchinos hispanos con la curia generalicia de Roma, daba noticia del estado de sus gestiones y escribía a su hermano fray Joaquim: «La calma de Roma es sagrada, es santa, es providencial. Déjanos hacer, pues no dormimos; pero no olvidéis lo que es Roma» (Carta, s.d., de J. C. de Llavaneres a Joaquim de Llavaneres [Roma, 1884]; APCC, *Ibidem*, s.f.), etc.

15. El cardenal Merry del Val, secretario de Estado de Pío X, dibuja de esta manera la figura del papa Giuseppe Sarto: «Pontífice de la dulcísima fortaleza [...]. No había en él ninguna debilidad» (v. R. MERRY DEL VAL, *El Papa San Pío X. Memorias*, Madrid, 1954, pp. XII y 39). Con todo, a raíz de la muerte de Vives y Tutó, sus hermanos capuchinos escribieron: «De los actos más importantes del Pontificado de Pío X, en los cuales colaboró Vives y Tutó, uno fue la encíclica *Pascendi* sobre la cuestión antimodernista [...] lucha antimodernista que el Cardenal Vives inspiró y dirigió siempre con tesón. Puede decirse que en el cardenal finado ha desaparecido el único verdadero y eficaz consejero de Pío X, el autor más serio de la política pontificia en los diez años del Pontificado de Pío X» (v. S. DE SANTIBÁÑEZ, *El cardenal Vives y Tutó*, en *MenSer*. XXXI [1913] p. 582).

Santa Sede,¹⁶ un amigo y consejero¹⁷ que le asesoró prácticamente a lo largo de todo su pontificado,¹⁸ como testimoniaron eminentes prelados, como los cardenales Pietro Gasparri¹⁹ y Augusto Silj²⁰ durante el proceso de beatificación del Papa Sarto, y como lo demuestra también su lucha antimodernista a través de sus votos en las sesiones de la Congregación del Santo Oficio, del Índice y de los Asuntos Extraordinarios. Así lo reconocía el padre Miquel d'Esplugues en el número extraordinario de la revista *Estudios Franciscanos* dedicada al cardenal: «No es temerario afirmar que, después del papa Pío X, y juntamente con Pío X, el debelador más grande del modernismo ha sido nuestro insigne purpurado. Su nombre glorioso irá perennemente unido, en la historia de la Iglesia, a ese cúmulo de errores contemporáneos».²¹

16. «Basta transcribir las expresivas palabras de Su Santidad Pío X a su Camarero Secreto Participante, Monseñor Mella di S. Elia, que le comunicó la noticia de su muerte: *Abbiamo perduto l'amico più fedele della Santa Sede*» (v. *Correo Josefino* XVII [1913] p. 332).

17. El padre Pacífic de Vilanova, a propósito de esto, escribía en un periódico barcelonés: «Consejero íntimo de dos Papas en momentos muy difíciles para la Iglesia [...] El cardenal Vives fue uno de los hombres que con una ortodoxia sanísima intervino en las cuestiones más difíciles de la época. Intervino en cuestiones tan complejas como la invalidez de las Órdenes Anglicanas, el modernismo que amenazaba la Iglesia con más violencia que el mismo protestantismo» (v. *Destino*, [Barcelona, 2 septiembre 1950], s.f.).

18. Lo manifiesta, explícitamente, el doctor Franchi a raíz de la muerte del cardenal, al afirmar que Vives i Tutó había sido «entre los colaboradores de Pío X el más querido, el más asiduo, el más laborioso, el más... ¿por qué no decirlo?, el más desinteresado. En la obra político-religiosa de este Pontificado supo imprimir, como características, las expresiones sinceras de su pensamiento y de sus ideales. Es imposible investigar en la claridad luminosa de la obra de Pío X sin percibir el reflejo de la influencia ejercida por el cardenal Vives» (v. *MenSer*. XXXI [1913] p. 582).

19. «Il Servo di Dio aveva posto la sua fiducia particolarmente in tre cardinali: Vives y Tutó, Merry del Val e De Lai» (v. *Romana Beatificationis et Canonizationis Servi Dei Pii Papae X Positio super introductione causae, 1942. Processus Romanus* [Romae 1942], test. 46 y, también, *Positio super virtutibus* [Roma 1949] p. 456).

20. *Ibidem* p. 276: «Nel prendere delle decisioni importanti, il Servo di Dio si consigliava specialmente coi Cardinali Vives y Tutó, Merry del Val e De Lai».

21. V. MIQUEL D'ESPLUGUES, «El Eminentísimo Cardenal Vives. Observaciones y apuntes para un estudio»: *EstFr*. (extr. 1913) p. 18. Véase, también, JOAN BONET I BALTA, *L'Església catalana de la Il·lustració a la Renaixença*, Montserrat 1984, p. 730: «L'ample i pregon coneixement de les doctrines modernistes de l'època i llur clara refutació, amb totes les seves més àmplies ressonàncies polèmiques aplegades en aquestes *Cartas [a un Director de Seminario]*, confirmen el fet, cada dia més provat històricament, de la seva personal cooperació amb el Papa Pius X en l'elaboració directa dels documents jeràrquics antimodernistes».

Merry del Val, secretario de Estado de san Pío X

LUIS PETIT

Dios quiere en muchas ocasiones unir grandes almas para llevar a cabo grandes empresas. La empresa de san Pío X no era otra que la de *instaurar todas las cosas en Cristo*, y para ello Dios le concedió un secretario de Estado español, Rafael Merry del Val, del cual decía el mismo san Pío X: «No sabré dar bastantes gracias a Dios por haberme dado tan precioso colaborador».¹

La relación entre uno y otro tuvo comienzo en el cónclave de 1903 en que el patriarca de Venecia iba a ser elegido papa. No se habían visto nunca antes. Monseñor Merry del Val había sido nombrado secretario del cónclave y fue mandado por el cardenal decano para que le dijera al cardenal Sarto que no insistiera —en la siguiente votación— en su rechazo a ser elegido papa. Lo encontró en la Capilla Paulina, de rodillas, con el rostro entre las manos. Cuando retiró las manos de su rostro, Merry pudo observar las lágrimas que brotaban abundantes de sus ojos.

«—No, no, le ruego diga al cardenal decano, que no piensen más en mí. Que me hagan esta caridad de no pensar en mí.

—Coraje, Eminencia.»

Era la primera vez que hablaban.

La voluntad del Sacro Colegio y la insistencia personal de cardenales amigos, vencieron su resistencia: «Si este cáliz no puede pasar sin que yo lo beba, se haga la voluntad de Dios.» Con estas palabras aceptaba la cruz aquel humilde patriarca, que había prometido a sus diocesanos de Venecia volver vivo o muerto, y cumplió esa promesa, volviendo con toda solemnidad el año 1959, muerto, es cierto, pero, como dijo Juan XXIII a los venecianos, «más vivo que nunca en el esplendor de su santidad reconocida y oficialmente proclamada: nuevo tesoro de bendiciones y de favores celestes para su patria».

Tras la elección debía asumir un nuevo nombre:

—Porque los papas que más han sufrido por la Iglesia en este siglo han llevado el nombre de Pío, también yo tomaré ese nombre.

Unos días más tarde, solucionadas las tareas más inmediatas, Merry le comunica al papa que vuelve a la Academia de Nobles Eclesiásticos, de la que él era presidente.

—¿Cómo, Monseñor, usted me quiere abandonar?

—No, Santo Padre, no es que yo quiera abandonar a Vuestra Santidad, pero mi trabajo ha termina-

do. El secretario de Estado que Vuestra Santidad nombrará tomará mi puesto y continuará con estos asuntos.

—Tome, Monseñor, estas cartas y le ruego que continúe en su oficio como prosecretario de Estado hasta que tome una decisión.

Poco tiempo después, Pío X toma esa decisión, que no es otra que la de nombrar al propio Merry secretario de Estado (con tan sólo 38 años). Entonces se repite la escena del cónclave pero con los papeles cambiados, insistiendo Merry en que piense en otro, a lo que Pío X responde: «Trabajaremos juntos, sufriremos juntos. Por amor a la Iglesia.»

Como dice Pío Cenci, en su biografía sobre Merry: «Pocas semanas habían bastado a Pío X para conocer el ingenio, la piedad, la habilidad y la devoción de su joven colaborador. Al papa que había sido párroco, el Señor le daba un secretario de Estado párroco de vocación, y así, aquellas dos nobles figuras, de origen tan distinto, se unieron en un anhelo común, movidos por un mismo espíritu: el Reino de Dios en las almas».

Cuando san Pío X es interrogado por esa atrevida elección (joven y para colmo español) él responde: «Lo he elegido a él porque es un políglota. Nacido en Inglaterra, educado en Bélgica, de nacionalidad española, ha vivido en Italia, hijo de diplomático y diplomático él mismo, conoce los problemas de todos los países. Es muy modesto, es un santo». Todo lo primero, importante para ser secretario de Estado, no hubiera atraído para nada al papa sin eso segundo: la modestia y la santidad.

Merry nunca buscó esos puestos importantes dentro de la Iglesia, él hubiera querido vivir alejado de todo ello, pero aceptó siempre la voluntad de Dios. Él mismo decía: «Muy difícilmente podemos defendernos de los asaltos del orgullo cuando imponemos a los otros nuestra voluntad. Por eso, aprendamos a temer, más bien que a desear, la dignidad y la superioridad, porque no son más que un largo y penoso martirio. Un verdadero sacerdote las soporta, no las busca de ninguna manera».

En medio de las felicitaciones que recibió al ser nombrado secretario de Estado, una persona le dijo: «¡Qué cruz más pesada le ha puesto el Señor sobre la espalda!», a lo que él contestó: «Puedo decir que usted es la única persona que me ha dicho la verdad». Con grandes dones naturales, un puesto importante, de familia aristócrata... era consciente del peligro de perder la humildad. Por ello, todas las mañanas, después de celebrar la Santa Misa, recitaba las letanías de la humildad: «Líbrame Jesús: del

1. Cfr. la biografía de Pío Cenci *Il cardinale Raffaele Merry del Val*, Roma, Roberto Berruti, 1933.

deseo de ser estimado, amado, exaltado... del temor de ser humillado, despreciado, rechazado, calumniado, olvidado... concédeme la gracia de desear: que los demás sean más amados que yo, que los otros crezcan a los ojos del mundo y yo disminuya...».

Aquellos once años de pontificado de san Pío X fueron efectivamente años de trabajar y sufrir juntos: la lucha antimodernista, la separación entre la Iglesia y el Estado en Francia, un odioso movimiento anticlerical en Italia, la revolución de Portugal... todo ello sirvió para santificar y unir muy fuertemente esos dos corazones.

Fue tan grande esa unión que cuando murió san Pío X, Merry sintió un vivo dolor que le acompañó toda la vida: «He amado a Pío X con todas las fuerzas de mi alma y ahora siento que mi vida se ha roto.» A un amigo escribía así: «El golpe ha sido terrible para mí y mi corazón está destrozado. Ya sabe, yo le quería con cada fibra de mi alma; para mí era más que un padre y me siento como si no pudiera vivir sin él. Por supuesto, él era un santo». Tres años más tarde, en el aniversario de su muerte: «Mi pensamiento vuelve más que nunca en este día a la memoria de nuestro amadísimo y venerado santo padre Pío X. Pasan los meses, pasan los años, pero no pasa el dolor intenso y siempre vivo de haberlo perdido».

Tras la muerte de san Pío X es nombrado arcipreste de la basílica de San Pedro, cargo que desempeñará hasta su muerte, el 26 de febrero de 1930.

Merry, lo decíamos antes, se vio siempre empujado a lugares de honor sin pretenderlo. Su corazón sacerdotal ardía en deseo de entregarse a la conquista de las almas. Sirvió a Dios y a su Iglesia donde Dios quiso, lejos de sus aspiraciones personales. Él, inglés de nacimiento, quería consagrar la vida a la conversión de los anglicanos y trabajó mucho en este campo. Suya es la oración a la Santísima Virgen con que terminaba la encíclica de León XIII *Ad anglos regnum Christi in fidei unitate quarentes*.

Ese celo por las almas lo resume la frase que pidió se escribiera en su tumba: «En mi tumba, se escriba sólo mi nombre con estas palabras: *Da mihi animas, coetera tolle* (dadme almas, quedaos con lo demás)». Fruto de ese amor por las almas es una obra de la que él es fundador y que refleja el espíritu sacerdotal que le animaba, la Pía Asociación del Sagrado Corazón de Jesús.

Recién ordenado sacerdote, fue mandado como director espiritual a la Escuela Pontificia Mastai, de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en el popular barrio romano del Trastevere. Lo primero que hizo fue introducir a aquellos muchachitos en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y, a los pocos meses de llegar, los agregó al Apostolado de la Oración.

Poco después, admirado por la piedad de algunos y preocupado por lo que sería de ellos al termi-

nar, pensó formar con ellos como un oratorio del Sagrado Corazón, pero pronto están todos deseosos de entrar en él y lo transforma en la Asociación del Sagrado Corazón de Jesús del Trastevere. En los apuntes que le tomaban los chicos podemos leer en la libreta de uno de aquellos quinceañeros: «Mes de junio. Monseñor nos ha hablado muy bien del Sagrado Corazón de Jesús diciendo que éste es *nuestro mes*. Aquel Corazón infinitamente bueno nos perdona las faltas cometidas, por ello busquemos amarlo y honrarlo con la oración y las buenas obras, especialmente en este mes. Jesucristo ha dicho: *Quien honre mi Corazón, recibirá gracias especiales*».

Allí educaba en la piedad a aquellos jóvenes y al mismo tiempo encontraban distracciones sanas: «lo nuestro no es una asociación juvenil de recreación, pero si la recreación necesaria se contiene en los límites de la educación, debe ser admitida tanto más cuanto sirva a un noble fin». Y así, mientras los iba introduciendo en la devoción al Sagrado Corazón y a la Virgen, había conseguido un billar, un órgano, un teatro y toda clase de juegos de pelota. En 1905 compró un prado a cuatro kilómetros de la sede social para que los asociados pudieran ir con más libertad a divertirse lejos de los peligros. Comenta, años después uno de aquellos socios: «Parecía verdaderamente que no tuviera el pensamiento más que en nosotros, tenía para todos, grandes y pequeños, una palabra de hermano y de padre. Como san Felipe Neri, haciéndose pequeño con los pequeños». Nunca los abandonó ya, hasta su muerte.

Cuando fue nombrado secretario de Estado, los asociados temieron perderlo: «Aunque he sido elevado a esta dignidad, no olvidaré nunca a mis jóvenes del Trastevere, antes bien quiero encontrarme a menudo entre ellos, y con ellos gozar de la paz y el descanso, después de las múltiples y fatigosas ocupaciones que imponen el alto cargo a que he sido llamado por la bondad del Santo Padre.» Decía: «Sin ver a mis muchachos no me parece haber terminado la jornada» y mostraba las fotografías que tenía sobre la mesa añadiendo: «Así me parece estar en medio de ellos.»

Los amó y ellos le amaron. Ellos gozaban viendo como un cardenal (y durante once años un secretario de Estado, mano derecha de san Pío X) «perdía el tiempo» con ellos y les dedicaba toda su atención. Para ellos tuvo un recuerdo en su testamento: «bendigo a mis queridos hijos del Trastevere». Ellos serán los que lleven el féretro sobre sus espaldas en el solemne funeral que tuvo lugar en la basílica de San Pedro el 3 de marzo de 1930. Lo llevarán a la cripta de la Confesión donde será enterrado como había deseado: «Si me es concedido, me gustaría que mis restos mortales reposaran lo más cerca posible de mi amadísimo padre y pontífice Pío X de santa memoria» y con aquella inscripción, la única ambición de toda su vida: «*Da mihi animas, coetera tolle*».

La recomendación de la doctrina filosófica de santo Tomás en el pontificado de san Pío X

FRANCISCO CANALS VIDAL

ESTE trabajo no quiere replantear la cuestión del sentido y alcance de la recomendación de la doctrina de santo Tomás por el magisterio de la Iglesia. Porque la recomendación de una doctrina, e incluso el precepto de que sea enseñada al servicio de la formación teológica de los que se forman para el sacerdocio, no equivale, de suyo, a una declaración doctrinal –según la cual aquella doctrina hubiese de ser considerada como «inseparable de la fe católica»– se ha dado como un movimiento pendular, oscilante: subrayan unos la libertad de las escuelas en la Iglesia hasta casi reducir a la nada la recomendación de una doctrina y otros podrían confundir aquella recomendación como si no perteneciese ya a una normativa pedagógica, sino que estuviese en el plano de una declaración doctrinal hecha por la autoridad del Magisterio.

Imprecisiones confusas y tendencias partidistas podrían buscar posiciones contradictorias que, alternativamente, habrían caracterizado los diversos pontificados y, en esta perspectiva, san Pío X sería visto como el papa cuya actitud doctrinal y pastoral se orientó más decididamente a una recomendación inequívoca y enérgica de la doctrina filosófica de santo Tomás, casi sin alusiones explícitas a la «libertad de las escuelas católicas».

Actos posteriores en los pontificados de Benedicto XV y de Pío XI han sido vistos, en este sentido, casi como «derogatorios» del de san Pío X. En otros momentos, traté de estas cuestiones en las páginas de esta revista.¹ Tengo por indudable que la Iglesia no considera necesariamente conexo con la fe más que aquello que así ha sido declarado expresamente por actos auténticos de la autoridad jerárquica, y no sólo respeta, sino que exige a todos el respeto a la libertad del pensador católico, no sólo en el campo filosófico, sino en el teológico. Tengo también por indudable que, de hecho, la Iglesia ha recomendado con especial aprobación y elogio singularísimo la doctrina de santo Tomás, y que reiteradamente y en diversos momentos ha

mandado que sea estudiada y enseñada en las instituciones de la Iglesia al servicio de la formación del clero católico.

Acerquémonos ahora al santo pontífice Pío X para descubrir, en sus mismas palabras, cuáles fueron sus intenciones en el orden práctico y sus convicciones en el orden doctrinal en este tema de la recomendación de la doctrina de santo Tomás. Concreto la cuestión al campo de la doctrina filosófica por las razones que se verán en la misma lectura de sus textos.

«El mandato de apacentar la grey del Señor que se nos ha confiado por Dios tiene encargado, en un primer lugar por Cristo, el deber de custodiar, con suma vigilancia, el depósito de la fe confiada a los santos, repudiadas las profanas novedades de las palabras, y las oposiciones de una ciencia de falso nombre».

Las primeras palabras de la encíclica *Pascendi* (de 8 de septiembre de 1907) condenatoria del modernismo, que pueden mostrar con cuánta razón eminentes teólogos la han considerado como un acto de solemne magisterio *ex cathedra*, nos sitúan en la perspectiva en la que Pío X, al ocuparse en esta encíclica del deber de impedir que las vanas falacias de las falsas filosofías derriben, desde sus fundamentos racionales, los contenidos de la fe y de asegurar el mantenimiento en la verdad revelada según que es propuesta infaliblemente por el magisterio de la Iglesia, ordenase:

«Queremos que los que enseñan estén firmemente advertidos que, el apartarse de santo Tomás, principalmente en las cuestiones metafísicas, no se hará nunca sin grave detrimento» (ASS, XL, 1907, p. 640).

Unos años después, en un documento de carácter disciplinar dirigido a Italia y sus islas adyacentes, el *Motu proprio Doctoris Angelici* (de 29 de abril de 1914), insistía y explicitaba su advertencia y su enseñanza:

«Al proponer a santo Tomás como principal guía de la filosofía escolástica, lo entendíamos sobre todo de los principios del Santo en cuyos fundamentos descansa toda su filosofía.

1. «Sobre la recomendación de la doctrina filosófica de santo Tomás por el magisterio de la Iglesia», en *Cristianidad*, núm. 239, marzo de 1954.

»Lo que en la filosofía de santo Tomás es capital no ha de ser entendido entre las opiniones sobre las que es lícito disputar en sentidos opuestos, sino que ha de ser considerado como los fundamentos en que se apoya toda la ciencia de las cosas naturales y divinas.

»Una vez conmovidos, o de algún modo pervertidos tales fundamentos, se sigue necesariamente que los alumnos de las disciplinas sagradas ni siquiera entiendan el significado de las palabras con las que el magisterio de la Iglesia propone los dogmas revelados por Dios.

»De aquí que quisiésemos que todos los que se dedican al estudio de la filosofía o de la teología estuviesen advertidos que, el apartarse de santo Tomás, especialmente en las cuestiones metafísicas, no se hará nunca sin grave detrimento. Y ahora declaramos esto: que no sólo no siguen a santo Tomás, sino que se apartan lejos de él, los que interpretan perversamente o desprecian absolutamente los puntos que, en su filosofía, son principios y enunciados mayores» (AAS, 1914, p. 336-341).

Como una interpretación auténtica de estas directivas pontificias tuvo lugar la aprobación de las *veinticuatro tesis*, redactadas por profesores tomistas de filosofía, por la Sagrada Congregación de Estudios, y declaradas, en 27 de julio de 1914, como «conteniendo claramente principios y enunciados mayores de santo Tomás» (AAS, 1914, p. 384 ss.) y que, durante el pontificado de Benedicto XV, declararían la Congregación de Seminarios y Universidades que «expresan auténtica doctrina de santo Tomás» y deben proponerse como «seguras normas directivas» (AAS, 1916, p. 157).

La posterior insistencia, por Pío XI y Pío XII, del carácter no doctrinalmente impositivo de estas tesis y el consiguiente reconocimiento de pertenecer al campo de las opiniones libremente discutibles en las escuelas católicas, no son, por cierto, contradictorias con las enseñanzas y preceptos de Pío X. Hay que reconocer, no obstante, que marcaron como un cambio de ambiente y de rumbo.



En la historia de la Iglesia, el santo pontífice Pío X permanece siendo ejemplar de fidelidad a lo que había enseñado y mandado León XIII en su encíclica *Aeterni Patris* (4 de agosto de 1879). Una fidelidad heroica que nos consta históricamente que estaba impulsada y motivada por una preocupación pastoral: defender la vigencia de la filosofía de santo Tomás en las escuelas católicas era, para san Pío X, el camino para asegurar la ortodoxia en la teología y en la profesión de la fe católica.

«Apartarse de santo Tomás principalmente en filosofía y teología no puede hacerse sin gran detrimento; seguirle es camino segurísimo para un conocimiento profundo de las cosas divinas» (*Motu proprio Praeclara inter opera*, 24 de junio de 1914, AAS, vol. 6, 1914, p. 335).

EL MODERNISMO, UN CONJUNTO DE TODAS LAS HEREJÍAS

Y ahora, abarcando con una sola mirada la totalidad del sistema, ninguno se maravillará si lo definimos afirmando que es un conjunto de todas las herejías. Pues, en verdad, si alguien se hubiera propuesto reunir en uno el jugo y como la esencia de cuantos errores existieron contra la fe, nunca podría obtenerlo más perfectamente de lo que han hecho los modernistas.

SAN PÍO X: *Pascendi dominici gregis*, núm. 38

Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (IX)

Juan Croiset, S.I., «El nuevo apóstol que Jesucristo había escogido para escribir sobre la devoción a su Sagrado Corazón» (José Gallifet, S.I.)

JOSÉ JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

EN la primavera de 1689 Margarita María empezó a recibir apremiantes cartas de un joven jesuita que terminaba en Lyon sus estudios de teología, y en las que le decía que había conocido del padre La Colombière la nueva devoción del Corazón de Jesús y quería saber más sobre ella, para llevarla consigo como misionero a lejanas tierras. Tanto insistió, que Margarita María consultó a Jesús sobre si contestarle o no, y recibió la respuesta de que podía comunicarle sin reservas el tesoro que había recibido, porque tenía para este joven otros proyectos: le tenía destinado a ser misionero sí, pero de una misión especial, la de apóstol de su Corazón para todo el mundo, pero desde Francia.

Este joven estudiante jesuita era Juan Croiset. Su compañero de curso José Gallifet, dice de él que era «uno de mis contercerones, al cual todos mirábamos como un santo», y sintetiza así la razón de su vida: «Habiendo muerto el padre La Colombière... Nuestro Señor... suscitó poco después con idéntico fin otro padre de la misma Compañía, célebre después por sus muchas y excelentes obras de piedad, a quien inspiró el mismo celo. Le condujo a Paray, en donde conoció a la hermana Margarita, y de tal modo se captó su confianza, que esta santa hermana mantuvo después hasta su muerte frecuente correspondencia con él para la dirección de su conciencia, abriéndole su corazón y confiándole los secretos de su alma y las gracias que recibía. Este fue el nuevo apóstol que Jesucristo había escogido para escribir sobre la devoción a su Sagrado Corazón» (padre Gallifet, S.I., *La excelencia de la devoción al Corazón de Jesús*).

Juan Croiset, nacido en Marsella en 1656, entró a los veintiún años en el noviciado jesuita de Avignon. Allí se hizo amigo de otro novicio, José Gallifet, seis años más joven que él, de quien siempre se sintió como tutor. Terminado su noviciado, y tras hacer juntos sus votos, pasaron ambos a estudiar filosofía al prestigioso Colegio de la Trinidad de Lyon, donde fue «convertido en apóstol de esta devoción por Claudio la Colombière cuando era director espiritual de los estudiantes jesuitas, a

su vuelta de Inglaterra» (P. Igartua, S.I.) Así lo reconoce su compañero Gallifet: «El año 1680, al salir de mi noviciado, fue cuando tuve la dicha de caer bajo la dirección espiritual del R. P. La Colombière, el director que Dios había dado a la madre Margarita María, que entonces vivía todavía. De este siervo de Dios recibí yo las primeras instrucciones sobre la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y entonces comencé a estimarla y aficionarme a ella.»

«El Sagrado Corazón inspiró al padre Croiset el mismo celo que al padre La Colombière»
(José Gallifet, S.I.)

No sabemos cómo fue que el joven Croiset, en la primavera de 1689, acabando ya sus estudios de teología, se decidió a escribir a la hermana Margarita María al convento de Paray-le-Monial para saber más sobre la devoción al Corazón de Jesús, diciéndole que pensaba difundirla en tierras de misión, al año siguiente, una vez fuera ordenado sacerdote.

Se conservan diez de las cartas que recibió de Margarita María y sólo una de las que él le envió. Su primer contacto epistolar no fue muy afortunado, pues el afán de saber de su joven comunicante le debió parecer a la santa más curiosidad que devoción, y estuvo a punto de acabar cuando ésta supo que, contraviniendo sus instrucciones, había comunicado a otros algo de sus cartas, falta que Margarita María tenía por muy grave, pero no así Croiset. Consultó a la madre de Saumaise: «Decidme si debo hablarle tan abiertamente como desea», y encomendó el asunto a su protector en el cielo, el padre La Colombière, quien le hizo saber que debía serle franca, pues el joven jesuita era el elegido por el Corazón de Jesús para continuarle en su misión. Con tal garantía Margarita María le contesta llamándole: «Mi muy querido hermano en el Sagrado Corazón de Jesucristo. Él quiere que os llame así.» (Carta 131. 10 de agosto de 1689), y confirmándole en su misión, le advierte: «No debéis dudar que sois del número de los que Él ha



escogido y destinado de un modo muy particular a hacer que sea conocido, amado y honrado su Sagrado Corazón». Y que «precisamente por eso Nuestro Señor le hace participar de los ardores de su Corazón, y luego ya le irá dando alguna participación en sus humillaciones». Predicción que, como veremos, no pudo ser más certera.

«Jesús desea otorgarle con abundancia las riquezas de su Corazón para que las distribuya a las almas que pretende conquistar a través de usted.»

MARGARITA María ofrece al jesuita entrar en unión de bienes espirituales, aunque le advierte que: «Habiéndole dado todo al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, sin reservarme nada, sólo puede hacerle a usted partícipe de sus tesoros infinitos... Pero, como me prometió que podría disponer de ese divino tesoro como si fuera mío, siempre según su voluntad, que

me haría conocer por la repugnancia e impotencia que sentiría cuando algo no fuera de su agrado, le puedo asegurar que no es su caso, pues me llena de santos impulsos que me dan a conocer el amor que le profesa y el deseo de otorgarle con abundancia las riquezas de su Corazón, pero no para usted solo, sino para que las distribuya a las almas que pretende conquistar a través de usted» (carta de 14 de abril de 1689).

Por ello, Margarita María se erige en su maestra y mentora, y aun siendo tan tímida, adopta en sus cartas un tono de autoridad que asombra. Le anuncia las recompensas que el Señor ha prometido a «los que se ocupen en hacerle reinar» y le exhorta a que se consagre a Él. Hablándole del libro que el Corazón de Jesús «pide con tanto ardor», le urge: «Haga, pues, sin diferirlo, lo que desea de usted, porque no puedo menos de manifestarle que me insta a ello ardientemente [el escribir el libro]» pues, «si supiese Ud. el ardiente deseo que me impulsa a que Él sea conocido, amado y glorificado, no se negaría a ocuparse de esto, que es lo que Él

quiere de usted, y cuando le dé tiempo y le mueva a ello, empleará sus escritos en tema tan digno... «no puedo dudar que os ha destinado a ésto, seguid sin miedo las luces que Él os dará para ello».

«Cuando se sufre porque se ama, bien sabéis que no es cosa cruel, sino de nombre»

EN una de las cartas que antes de ordenarse escribió Juan Croiset a la hermana Margarita María, y que se conserva por haber ésta remitido copia a la madre De Saumaise, le dice: «Estad segura de que daría de buena gana toda mi sangre por dar a conocer a mi amable Salvador... Pedidle para mí que, ya que me da tan ardiente deseo de amarle, me dé su amor, pues sólo así podré abrasar a los demás. Me parece que estoy destinado por Dios para amarle de un modo particular, y para vivir y morir de su puro amor, y que Dios quiere que mi carácter especial sea su amor. El deseo de amarle me devora, pero, viendo mis imperfecciones, no puedo decir que le amo. No tengo humildad, y esta es la virtud que más necesito para este divino amor... mi voluntad está del todo cambiada en la de Dios; las criaturas casi no tienen atractivos para mí; estoy como insensible a cuanto no es Dios: Amar y amar continuamente a mi Dios para amarle siempre, es el estado en que Él me pone; todo lo demás es nada. Las penas, las cruces y la mortificación continua, son inseparables de este estado; pero cuando se sufre porque se ama, bien sabéis que no es cosa cruel, sino de nombre... Me abandono enteramente a su providencia, sin preocuparme más que de amarle. No sé si seré sacerdote en el próximo septiembre o dentro de unos meses; es todo lo que espero en este mundo, ya os avisaré. Escribame un poco más a menudo, si nuestro buen Señor lo quiere».

Margarita María le contesta: «He bendecido a Dios al leer vuestra carta, viendo que os ha colocado en el número de sus fieles siervos y amigos más queridos. Él os hará santo, pero os santificará a su modo, y no al vuestro, para lo cual dejadle obrar». Sería ordenado sacerdote en la cuaresma de 1690, celebrando su primera misa el Jueves Santo.

Margarita María manda al padre Croiset que amplíe el librito de la hermana Joly

LA primera tarea en que nos lo describe Margarita María como «religioso santísimo», es la de «aumentar algo» el librito de la hermana Joly: «He dado a cierta persona en Lyon uno

de los libros de Dijon, aquella se lo enseñó a un padre, y éste a sus jóvenes colegiales de Lyon, los cuales le tomaron tanto gusto que han hecho gran número de copias, tanto de las letanías como de las oraciones, que rezan con gran devoción... Habbiéndose dirigido éste a uno de los famosos librerros de Lyon [M. Horace Rolin], se sintió éste tocado de tal modo del amor del divino Corazón, que decidió inmediatamente editarlo a su costa... y se fue a uno de sus amigos [el padre Croiset] para que lo aumentara algo. Tanto le apretó, que el padre no pudo resistir; puedo aseguraros que es un religioso santísimo quien lo ha ampliado».

La santa omite que quien incitó y más apremió al padre Croiset a que accediera a las peticiones de los estudiantes y del librero de Lyon fue ella, al enviarle un ejemplar del librito de la hermana Joly en abril de 1689, diciéndole: «Si supierais el ardiente deseo que me acosa de que este divino Corazón sea conocido, amado y glorificado, no me negaríais el emplearos en [componer vos mismo un libro en su honor]. Si no me equivoco, el Corazón de Jesús lo quiere de vos». Las instancias de Margarita María cayeron como chispas en cañaveral en el alma del ya bien predispuesto padre Croiset, poniéndose a la obra con tanto afán, que en menos de tres meses terminó éste su primer trabajo. Cuando apareció, publicado anónimamente en junio de 1689, Margarita María le escribe: «Esta pequeña obra no es más que el comienzo de lo que Nuestro Señor aguarda para más tarde... pues quiere que os asegure yo de su parte haber sido tan de su agrado lo que habéis empezado, que ha resuelto concederos las gracias destinadas a otro, que se excusó por sus ocupaciones de hacer lo que vos habéis hecho».

«Nuestro Señor os sostendrá y dará los medios necesarios con tal de que todo lo esperéis de Él con un perfecto olvido y desconfianza de vos mismo, y una humilde y amorosa confianza en su bondad.»

EL Corazón de Jesús tenía destinado al padre Croiset a «explicar más por extenso y en mayor volumen lo que en el otro [librito] sólo se contenía como en compendio» [P. Peñalosa, S.I.], por lo que Margarita María le escribe: «Quiere, además, que tengáis el valor de proseguir, a pesar de todos los obstáculos y contradicciones que Satanás pueda suscitar en la ejecución de lo que el divino Corazón desea de vos. Él os sostendrá y dará los medios necesarios para ello, con tal de que todo lo esperéis de Él, con un perfecto olvido y descon-

fianza de vos mismo, y una humilde y amorosa confianza en su bondad». Ya veremos cuán serios fueron estos obstáculos y contradicciones con que los enemigos de la devoción se esforzaron en silenciarlo, y cómo en parte lo lograron, aunque sólo por algún tiempo.

Como hemos visto, Margarita María había ya encargado un libro sobre el Corazón de Jesús al también jesuita de Paray, padre Froment, quien lo tenía muy adelantado, pero, admirada del celo del joven Croiset, y pensando que si un libro estaba bien, resultarían mejor dos, sin decirle nada del anterior encargo en curso, le escribe al padre Croiset que como «*Ha sido tan de su agrado lo que habéis comenzado... Nuestro Señor quiere que tengáis el valor de proseguir*». Ante las dudas de Croiset, en abril de 1690 le conmina a que haga lo que el Corazón de Jesús quiere de él: un libro amplio con no menos de una treintena de meditaciones, propio para un retiro, pues: «*El Sagrado Corazón de Jesús es quien así os lo ha inspirado... Él me ha manifestado que los tesoros de su Sagrado Corazón están abiertos para vos, y veo que os los dará con abundancia para la realización de esa gran obra, para la que os ha destinado. Cuando voy a ese divino Corazón me parece que siempre os encuentro allí muy adentro*», y le dice la razón por la que ha podido confiarle sus secretos: «*Sabed que si Él no os hubiera elegido para darle la honra y gloria que espera de vos, en la obra en la cual trabajáis, nunca me hubiera sido permitido hablaros con tanta confianza*».

El libro sobre el Sagrado Corazón ha de llevar su imagen e incluir una fórmula para el ofrecimiento de obras.

CON el sentido práctico que le caracteriza, la santa le indica al padre Croiset cómo quiere que sea el libro: que contenga sobre todo «jaculatorias y pequeñas prácticas muy simples, donde el pobre espíritu humano pueda hallar más gozo que aburrimiento», a las que deberá añadir las indulgencias que el padre Croiset espera de Roma, y que no vendrían; y le encarece: «tanto en las meditaciones como en lo restante, sed ardiente en el amor, y que la exposición sea justa y concisa... pues gustan más y hacen más efecto las devociones breves y fervorosas». Se preocupa también de la tipografía y del precio, recomendándole que lo adorne con grabados, y que se imprima con cuidado: «Me alegraré mucho de ver la imagen del divino Corazón en los libros que nos prometéis escribir»; y que se les ponga precio poco elevado: «Los que se han impreso son bonitos y están bien

encuadrados. Me dicen que se venden al [fútil] precio de seis cuartillos». Cumpliendo sus instrucciones Croiset puso a la cabeza de su libro una imagen del Sagrado Corazón, rodeado de llamas, y de la Virgen Santísima, que, como Nuestra Señora del Sagrado Corazón, invita a todos a que acudan al Corazón adorable de su Hijo, a quien están adorando san Francisco de Sales y san Luis Gonzaga.

Margarita María le encarga al padre Croiset que incluya una fórmula de ofrecimiento de obras, anticipándose en casi dos siglos a la que el padre Ramière nos ha legado en el Apostolado de la Oración: «Yo desearía que pusieseis al final un modo [práctico] de dirigir las intenciones al Sagrado Corazón de Jesucristo, para hacer las obras en conformidad con Él en el Santísimo Sacramento del altar. Yo tengo aquí uno, pero no sirve más que para personas religiosas y es demasiado largo» (carta de 15 de abril de 1690).

Croiset le contesta que el trabajo está adelantado, pero que para concluirlo le faltan algunos datos, por lo que pronto se personará en Paray a conversar con ella, cosa que no había hecho hasta entonces sino por carta, pero le anuncia que, para poder dar razón del origen inmediato de la devoción, no podrá dejar de citarla en su libro como receptora de las revelaciones en que el Corazón de Jesús se ha manifestado en nuestros días. La primera parte de la carta alegró a Margarita María, pero la segunda le causó inexplicables sobresaltos. Fue a quejarse al Señor de que el padre Croiset quisiera nombrarla en su obra, pero Jesús le tranquilizó diciéndole que accediera, pues sus ojos no la leerían en esta tierra. Dejó ya de angustiarse por ser o no aludida en el libro: «Yo moriré ciertamente este año, porque ya no padezco nada. Nuestra Madre me cuida demasiado [le había requisado sus cilicios y disciplinas] y además, para no impedir los grandes frutos que mi divino Salvador pretende sacar de un libro de devoción al Sagrado Corazón de Jesús que el padre N. hará imprimir luego al punto.» Con todo no puede menos de entristecerse, y siete semanas antes de morir, el 21 de agosto de 1690, le hace saber a su autor: «No sé de dónde me viene la pena que siento de que difiráis para el año próximo el imprimirla» (carta 139).

De la dispar entrevista que para ultimar detalles tuvieron el padre Croiset y Margarita María en Paray-le-Monial, de la publicación de su libro, del desbordante éxito con que fue recibido, y de la respuesta con que Satanás y sus acólitos procuraron contrarrestar tanto entusiasmo, confirmando las contradicciones que la santa ya le había anunciado que tendría que sufrir como verdadero amigo del Corazón de Jesús, trataremos, Dios mediante, en el próximo artículo.

Las victorias de santa María

GUILLERMO PONS PONS

EN referencia a títulos y santuarios de la Virgen, aparece con frecuencia la denominación de «Ntra. Sra. de la Victoria», que depende muchas veces de historias de triunfos y liberaciones que diversos pueblos o colectividades humanas han obtenido mediante la invocación de María en angustiosas circunstancias. Podemos citar, a modo de ejemplo, el santuario de Ntra. Sra. de las Victorias en París, especialmente famoso por las muchas conversiones en él alcanzadas; el del mismo título de Pekín, iniciado a mediados del siglo XIX y muy ligado a la propagación de la fe en ese inmenso país; los de Málaga, Río de Janeiro y Melilla; el de Roma, joya del arte barroco en el que se halla la obra maestra de Bernini que representa una escena mística de la vida de santa Teresa. Idéntico motivo de victoria o liberación en momentos de peligro es el que se conmemora en la hermosa capilla del Triunfo, aneja a la catedral de Cuzco en Perú.

Aunque resulte atrayente el contenido de esos títulos, no es el propósito del presente trabajo examinar tales sucesos de triunfo, liberación o victoria. El objetivo que me propongo es reflexionar sobre un sentido más profundo del concepto de «victoria», cual es el del triunfo pascual de Cristo, en el que María ha tenido una participación singular y del que ella misma viene a ser signo revelador y manifestación esplendorosa.

Visión profética: un violento ataque y una espléndida victoria

EN el capítulo 12 del gran libro profético que es el Apocalipsis se nos presenta una figura noble y magnífica, aunque envuelta en los velados resplandores del misterio. Se describe a una mujer situada en la región celeste o atmosférica, revestida de la luz del sol, o sea, del resplandor de la vida divina de que el Señor la ha hecho partícipe; con la luna y las estrellas en torno suyo, con lo cual se expresa la posición de centralidad que le corresponde dentro del pueblo de Dios; con una aureola de doce estrellas, que aluden a las doce tribus de Israel y a los doce *apóstoles del Cordero* (cf. Ap 21,14). Después de esta descripción triunfal, aparece, en intenso y perturbador contraste, la mención de una enconada lucha y de unos feroces

ataques contra esta mujer gloriosa, que es hostigada por una repugnante y fornida bestia, descrita como un dragón rojo con siete cabezas coronadas y con diez cuernos, signos de poderío y de resistencia.

¿Quién es esta misteriosa y distinguida mujer? No parece que pueda ponerse en duda que se trata de la «hija de Sión», en quien se personifica al pueblo de Dios. De ella ha nacido el Mesías y por tanto se ha transformado ya en la Iglesia, el pueblo de Dios de la Nueva Alianza, que está en constante estado de lucha con el dragón que le tiende asechanzas, que han de durar hasta que se logre la definitiva conformación con Cristo de los que han renacido por el bautismo. Teniendo en cuenta que, ya en los inicios de la predicación apostólica se descubre a María, la madre del Señor, como signo y figura de la Iglesia, parece indudable que los primeros cristianos veían a la Virgen representada en la mujer del Apocalipsis, aunque no todos los detalles de la alegoría le sean aplicables. Así lo expresa en el siglo V el obispo Quotvultdeus de Cartago, con estas esclarecedoras palabras:

«En el Apocalipsis del apóstol Juan está escrito que el dragón se hallaba ante la mujer que estaba a punto de dar a luz, a fin de devorar al niño que ella iba a parir. Ninguno de vosotros ignora que el dragón es el diablo. En cuanto a la mujer, ella es figura de la Virgen María, la cual permaneciendo inviolada, ha dado a luz sin lesión alguna al que es nuestra cabeza. Ella es personalmente una imagen de la santa Iglesia. Así como María, dando a luz al Hijo, permaneció virgen; así la Iglesia no pierde la virginidad cuando da a luz a los miembros (de Cristo) a través de los tiempos...»¹

Los dolores de parto que se atribuyen a la mujer coronada de estrellas no hacen referencia al nacimiento de Jesús relatado en los evangelios de la infancia, sino que aluden a los acontecimientos pascuales, o sea, al «nacimiento» de Cristo glorificado, el cual por entonces *fue arrebatado a Dios y a su trono* (Ap 12,5), ascendiendo al cielo y sentándose a la derecha del Padre. El mismo concepto es el que expone Pablo en Antioquía de Pisidia

1. *Explicación del Símbolo a los catecúmenos* 4, 1: PL 40, 661.

cuando relaciona la resurrección de Cristo con las palabras del salmo segundo: *Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy* (cf. Hch 13,32-33). Los dolores de parto de la Virgen tuvieron lugar en el Calvario al producirse el maravilloso nacimiento de Cristo a su vida gloriosa y al aceptar ella la maternidad que el Señor le ha confiado sobre todos los renacidos en Cristo.

No tiene sosiego el furor del dragón o serpiente antigua en contra de la mujer que se ha convertido en madre de los creyentes y guía (*hodigitria*) de los que se adhieren a Jesús, el Salvador, y quieren seguir sus caminos. El concilio Vaticano II afirma que María, «una vez recibida en los cielos, no deja su oficio salvador, sino que continúa alcanzándonos por su múltiple intercesión, los dones de la eterna salvación» y a continuación se hace referencia al permanente combate que perdurará hasta el fin: «Por su amor maternal cuida (María) de los hermanos de su Hijo que peregrinan y se debaten entre peligros y angustias y luchan contra el pecado hasta que sean llevados a la patria feliz»². La lucha del dragón y el triunfo del Salvador y de su Madre gloriosa sobre las embestidas de la bestia feroz se prolongarán a través de los siglos, realizándose, por encima de todo, el designio divino de salvación que configura toda la historia.

Tres victorias de María sobre el espíritu maligno

SAN Ignacio de Antioquía, en los primeros años del siglo segundo, nos habla de que las obras más excelsas de Dios se realizan en medio de un clamoroso silencio: «Y quedó oculta al príncipe de este siglo la virginidad de María y su alumbramiento, de igual modo que la muerte del Señor: tres misterios clamorosos que se realizaron en el silencio de Dios»³.

Resulta interesante constatar que, dieciocho siglos después y sin hacer expresa alusión al texto del mártir Ignacio, un erudito escritor capuchino desarrolla ampliamente casi los tres mismos triunfos realizados por Dios en la persona de María. Me refiero a una obra del que fue obispo de La Habana fray Jacinto María Martínez y Sáez, publicada por primera vez en 1868 y titulada: «La Virgen María en sus relaciones con Dios, con los ángeles y los hombres, su vida y sus glorias». La segunda edición notablemente revisada se publicó

2. *Lumen gentium* 62.

3. IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los Efesios* 19, 1: PG 5, 660.

en Madrid, imprenta de A. Gómez Fuentenero, en 1877.

Se trata de un estudio amplio y original por lo que toca a su desarrollo, en el que se hace patente la erudición del autor a través de numerosas citas de Santos Padres, escritores bizantinos y autores medievales. Su estilo difuso y la farragosa acumulación de textos, aducidos a veces con falta de crítica e interpretados con un exceso del sentido acomodaticio de la Escritura parecen ser los principales defectos de la obra. El P. Nazario Pérez destaca la solidez de doctrina, el plan bien ordenado y la erudición que se manifiestan en el autor, aunque reconociendo los evidentes fallos que acompañan el desarrollo del trabajo⁴.

La primera de las victorias de María sobre Lucifer es la de su concepción inmaculada, inicio de la realización del misterio salvador. Fray Jacinto considera que Satanás era conocedor del combate que le esperaba con la mujer profetizada en el Génesis, pero suponía que «quizás la cogería por sorpresa y se haría dueño de ella, antes que pudiese entrar en combate con él»⁵. El resultado de estas cavilaciones resultó bien diverso de lo que el Maglino se figuraba:

«El tiempo anunciado por Dios llegó: y en vano estuvo el enemigo poniendo asechanzas para ver si podría siquiera clavar el aguijón en el calcañar de la que tanto odiaba: ella pasó por encima de él, y le dio tal golpe con su pie virginal en la cabeza, que se la estrelló. En este primer encuentro de Lucifer con la Virgen le sucedió lo que ya le había acontecido en el paraíso: aquí como allí lo cegó el orgullo, y teniéndose por tan sabio que quiso disputárselas con Dios, se encontró no menos sorprendido que humillado, al ver que no había conseguido lo que intentaba».⁶

La segunda victoria de María es la que tiene lugar cuando se realiza el misterio de la encarnación del Hijo de Dios en el seno de la que fue elegida para ser su madre virginal. «Ella iba a edificar por la humildad lo que él (Satanás) había destruido por la soberbia»⁷. Otra perspectiva triunfal radica en el amor a la pureza que la Virgen acrecienta con su vida y su ejemplar actitud en medio de un mundo en gran parte corrompido:

«Desde que la Virgen descubre al ángel los se-

4. NAZARIO PÉREZ, *Historia mariana de España*, vol. 4º (Santander, 1947) 164-165.

5. JACINTO MARTÍNEZ, *La Virgen María* (Madrid 1877) 520.

6. *Ibid.* id.

7. *Ibid.*, 533.



cretos que encerraba en su corazón, el imperio de Lucifer se ladea, el edificio de su grandeza cruce, y el amor santo empieza a dar nueva vida a los mortales. Bien lejos estaba Satanás de saber que había un tesoro tan rico de amor santo en el corazón de aquella doncella, que había vivido en el Templo, sin poder él saber quién era».⁸

Según expresión del escritor capuchino, «la Virgen inauguraba en aquellos momentos la edad de oro del mundo, en la cual se levantarían innumerables héroes de virtud, que hollarían con sus plantas al monstruo del orgullo»⁹. Aunque el misterio de la iniquidad habría de manifestarse en el mundo hasta el fin de los tiempos, con el misterio de la encarnación se ha realizado ya en la tierra una decisiva transformación: «Nuestra primera hechura —dice san Andrés de Creta— se transforma y adquiere una nueva disposición y el mundo envejecido se

despoja de la decrepitud que proviene del pecado»¹⁰.

Fray Jacinto Martínez, apoyándose en opiniones de algunos Santos Padres y teólogos, piensa que Satanás desconoció la divinidad de Cristo hasta el momento de su muerte en el Calvario: «la Virgen ha ido allí a salir al encuentro al dragón, a ofuscarlo, a endurecerlo en su obstinación, y a vencerlo para siempre»¹¹. Por divina disposición, la persona de María, ferozmente odiada y despreciada por el Maligno, vino a ser para él piedra de tropiezo y le predispuso a labrarse su propia ruina. La muerte de Cristo, en efecto, que el Demonio por su parte había tramado a la vez que pretendía ultrajar a la madre del Salvador, fue lo que produjo su derrota definitiva. Esta victoria representa también para María el tercer y el más grande de sus triunfos sobre Lucifer.

8. Ibid., 540.

9. Ibid., 544.

10. ANDRÉS DE CRETA, *Homilía de la Anunciación*: PG 97, 884.

11. JACINTO MARTÍNEZ, op. cit. 557-558.

«Las lágrimas surcan sus mejillas»

Los triunfos que acompañan a la obra de María y el esplendor glorioso de la victoria pascual de Cristo, de la que Ella participa de un modo singular con su Asunción y con la plenísima felicidad de bienaventurada, no impiden, sin embargo, que con razón se puedan aplicar a la Virgen algunos de los impresionantes rasgos de dolor que envuelven las lamentaciones atribuidas a Jeremías por la devastación de Jerusalén. María es una Madre colmada de esperanza y llena de gracia (*Mater spei et mater gratiae*), pero puesto que ella «por su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo que peregrinan y se debaten entre peligros y angustias...»¹², tiene un misterioso y profundo significado el contemplar en sus mejillas unas lágrimas capaces de suscitar saludables anhelos de un retorno hacia Dios de quienes viven alejados de Él.

La actitud de la Virgen que podemos considerar como propia de una «angustia maternal» por las desventuras de sus hijos y especialmente por su alejamiento de la fe, es lo que se descubre en muchas de las mariofanías de los últimos siglos. El caso de La Salette es muy significativo. El sábado, 19 de septiembre de 1846, dos jóvenes pastores, Melania, de 14 años, y Maximino de 11, en las estribaciones de los Alpes, después de rezar la oración del *Ángelus*, vieron cerca de ellos a una señora que iba vestida de un modo semejante al de las campesinas de la región, pero que estaba rodeada de resplandor y llevaba una corona de rosas y unos símbolos de la sagrada Pasión de Cristo. Se mostraba apenada y con lágrimas en los ojos.

La causa de la tristeza de la Señora, que desde el primer momento se identificó como la madre del Señor, era, según ella misma dijo, el sufrimiento del pueblo y el alejamiento de Dios de muchos de los habitantes de aquella región que proferían blasfemias y no santificaban el domingo. «Hace tanto tiempo —les dijo— que sufro por vosotros». Juan Pablo II, en ocasión del 150 aniversario de los acontecimientos, decía:

El mensaje de La Salette fue revelado a dos jóvenes pastores en un tiempo de grandes sufrimientos de los pueblos afectados por el hambre y sometidos a muchas injusticias. Además aumentaba la indiferencia o la hostilidad frente al mensaje evangélico. Nuestra Señora, haciéndose contemplar con la imagen de su Hijo crucificado, muestra que, asociada a la obra de la salvación, comparte las pruebas de sus hijos y sufre al ver que se alejan de la Iglesia de Cristo

12. *Lumen gentium* 62.

hasta olvidar o rechazar la presencia de Dios en su vida y la santidad de su nombre¹³.

Las manifestaciones de la Virgen en La Salette resultan muy significativas en las circunstancias actuales cuando se ha agudizado el proceso de descristianización en Europa occidental. Jacques Maritain hacía esta atinada reflexión: «Si Nuestra Señora ha llorado, si Ella ha hablado del modo como lo hizo en dicha aparición, es porque en el conjunto de símbolos que los hombres pueden entender, nada puede expresar mejor la inefable realidad de lo que pasa en el Cielo»¹⁴. Las lágrimas de María tienen un profundo significado y constituyen una ardiente llamada al retorno hacia la fe y a prestar la debida correspondencia al amor sin límites.

Estas lágrimas de Nuestra Señora de La Salette, que han sido calificadas como «lágrimas de luz» van unidas a la esperanza del arrepentimiento y del perdón. Resulta revelador el que los videntes y especialmente Maximino designaran como «la bella Señora» a aquella a quien habían visto llorosa, pero con un rostro hermoso y sereno que infundía paz y confianza.

También en Lourdes, en algunas de las apariciones que tuvieron lugar durante la cuaresma (1858), la Virgen se mostró triste y apenada, recomendando la penitencia y la oración por los pecadores. A Bernardita, entre otras cosas, le dijo: «¿Quieres besar la tierra por los pecadores?», cosa que ella realizó de inmediato. Eran signos de una madre que siente aflicción por sus hijos descarriados, a la vez que les muestra caminos de gracia y de fidelidad.

El fulgor de Fátima sobre el mundo

EN 1917 la guerra europea llenaba de cons ternación al mundo. El día 5 de mayo el papa Benedicto XV, mediante una carta dirigida al cardenal Gasparri, secretario de Estado, pedía que todos los fieles, poniendo por intercesora a la Virgen, imploraran el don de la paz. Ocho días después, el 13 de mayo, tenía lugar la primera aparición de Nuestra Señora en Fátima. Se iniciaban unos signos que pondrían de manifiesto el carisma maternal de María, empeñándose siempre en la defensa de los valores espirituales de sus hijos e intercediendo para que, libres de la seducción del Maligno, alcancen la victoria definitiva.

13. JUAN PABLO II, *Carta al obispo de Grenoble*, 6-V-1996.

14. *Bulletin des Missionnaires de N. D. de La Salette*, Sept.-Oct. 1971, 9.

En la tercera de las apariciones la Virgen habló a los niños de Fátima acerca de Rusia y de que un día esta nación sería consagrada por el Papa a su Inmaculado Corazón, «Si atendieran mis peticiones –dijo– Rusia se convertirá y habrá paz; si no, esparciré sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá que sufrir mucho, varias naciones serán aniquiladas. Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará»¹⁵.

Estas palabras, igual que las más explícitas que aparecen en la definitiva publicación del «secreto de Fátima» durante el año 2000, están colmadas de símbolos y de misterio, a la vez que son portadoras de una gran esperanza. Cuando la Virgen las pronunció todavía no se había producido la llamada «revolución de octubre» de 1917. Los niños probablemente no habían oído hablar nunca de Rusia ni mucho menos tenían conocimiento de las realidades políticas y religiosas de este gran país. Ellos fueron los depositarios de un mensaje que les fue comunicado con palabras sencillas que pudieran transmitir con palabras apropiadas a las circunstancias, pero que contienen anuncios de una gran trascendencia.

Vladimir Soloviev, un gran pensador ruso profundamente cristiano, en su obra *Rusia y la Iglesia universal* escribía unas palabras que pueden resultarnos muy clarificadoras: «El carácter eminentemente religioso del pueblo ruso, así como su tendencia mística en filosofía, literatura y arte, parecen reservar a Rusia una gran misión religiosa». El pueblo ruso, en efecto, aplica a su patria el apelativo de «la Santa Rusia», no por orgullo, sino por el convencimiento que tiene de haber sido consagrado de un modo especial y estar destinado a una gran misión. Es un hecho, comprobado por la historia comparada de la espiritualidad cristiana en los diversos países, que durante el siglo XIX florecieron en Rusia grandes místicos y que la vida de piedad estaba muy arraigada dentro del pueblo. Ello se pone de manifiesto con la lectura de un fascinante opúsculo anónimo titulado *Relatos de un peregrino*, que se ha difundido por todas partes.

María, designada en Rusia como la *Bogoroditza* (Madre de Dios), ha sido siempre devotamente venerada por todos los fieles y se la representa en maravillosos iconos impregnados de intensa espiritualidad. Ella es la depositaria de los más vivos anhelos y esperanzas del pueblo ruso desde los inicios de su cristianización con el bautismo de san Vladimir en el año 988. Setenta años de persecución y de ateísmo militante, a partir de 1917, no

han podido acabar con la fe del pueblo y con su devoción mariana, que se han mantenido en la clandestinidad. Incluso a los museos acudían los fieles para poder rezar ante los santos iconos de Cristo y de María.

Quizá por razón del arraigo mismo de la fe, el misterio de la iniquidad se ha hecho presente en Rusia con una intensidad sorprendente y con una violencia atroz. Desde hace algunos años se va conociendo más detalladamente cuán elevado ha sido el número de mártires y cuán grandes los padecimientos del pueblo fiel. En decenas de millares, por lo menos, se evalúan los sacerdotes y monjes de la ortodoxia y del catolicismo que dieron su vida por la fe.

La Virgen María ha ejercido y ejerce un eficiente y maternal influjo tanto en la perseverancia en la fe como en la recuperación de la espiritualidad cristiana en Rusia. Tatiana Goritchéva, intelectual rusa convertida del ateísmo, transmite sus experiencias con muy expresivas palabras:

«Lo mismo que se había aparecido a los santos rusos María se aparece hoy a mujeres sencillas de nuestro país llenándolas de consuelo. Conozco muchos casos en los que ha intervenido con un consuelo inmediato y milagroso. Cuántos relatos oímos en nuestros monasterios sobre su presencia operante en la vida rusa. Uno de los *starets* del monasterio de Petchory decía el día de la Asunción que la Madre de Dios estaba presente en Rusia en nuestra época, e incluso que no podía marcharse de la tierra, ¡tanto trabajo tenía aquí!»¹⁶

La misma escritora, hablando sobre su propia conversión y la de sus amigos, recuerda las promesas hechas por la Virgen en Fátima acerca de Rusia y entiende que María anunció que esta nación «volvería a ser otra vez la santa Rusia y la casa de la santísima Madre de Dios»¹⁷.

De la Virgen María dice el Concilio Vaticano II que «glorificada ya en los cielos en cuerpo y alma, es la imagen e inicio de la Iglesia que ha de ser consumada en el futuro siglo; así en la tierra, hasta que llegue el día del Señor, antecede con su luz al pueblo de Dios que peregrina, como signo de esperanza segura y de consuelo»¹⁸. Esta luz que irradiaba la Madre del Señor sobre los que peregrinan en la tierra es signo y promesa de la victoria pascual del Salvador del mundo.

16. TATIANA GORITCHEVA, *Nosotros, soviéticos conversos* (Encuentro, Madrid 1986) 116.

17. TATIANA GORITCHEVA, *Hablar de Dios resulta peligroso* (Herder, Barcelona, 1987) 141.

18. *Lumen gentium*, 68.

15. *Memorias de la hermana Lucía*, (Fátima 1988) 165.

A los cuarenta años de la encíclica *Pacem in terris* (y VI)

JOSÉ M^a PETIT SULLÁ

DAMOS término con este artículo a la conmemoración de la última encíclica del beato Juan XXIII, *Pacem in terris*. Durante todos los precedentes artículos hemos empleado el mismo método de recoger los textos que nos han parecido más relevantes (poniéndolos destacados en letra negrita) haciendo meramente una pequeña introducción.

En la tercera parte de la encíclica se aborda la cuestión de las relaciones entre comunidades políticas. Recuerda de nuevo la encíclica la necesidad de la autoridad e insiste en su necesario fundamento moral. Esta es la constante doctrina de la Iglesia en materia social. La autoridad no es el fruto de un pacto, ni una mera necesidad, sino que la autoridad es requerida para el recto orden moral. Ahora bien, esto mismo obliga a la autoridad a obrar conforme al plan invariable de Dios. Fuera o en contra del plan divino la autoridad no es tal. El poder supremo sobre los hombres sólo recae con propiedad en Dios, Señor de todos los pueblos.

Más aún, la autoridad es necesaria en la sociedad humana según una exigencia del orden moral, y no puede, por consiguiente, ser usada en contra de ese mismo orden moral, y si lo fuera, en el mismo instante dejaría de ser tal, como advierte el Señor: «Escuchad, pues, oh reyes, y entended: aprended vosotros, los jueces de los confines de las tierras: prestad oído los que tenéis el gobierno de los pueblos y os gloriáis de tener sujetas las naciones: el poder os ha sido dado por el Señor, y la dominación por el Altísimo, el cual examinará vuestras obras y escudriñará vuestros pensamientos».⁵³

Una cuestión inherente al gobierno de la sociedad y que orienta la actividad de los gobernantes para que haya paz entre los hombres es el reconocimiento del bien común. Ahora bien, sucede lo mismo que con el gobierno de los que rigen las sociedades humanas, esto es, que el bien común se asienta sobre la inmovible roca de la ley moral. Y de nuevo se plantea esta cuestión ¿dónde se halla con certeza la ley moral? Se halla en los corazones de los hombres como ley natural impresa por Dios. Los caracteres en que está escrita la ley moral son «indelebles», esto es, no pueden ser des-

truidos por nadie, sea hombre individual o sea asamblea alguna. El bien y el mal no varían ni variarían nunca.

Elemento, sin embargo, fundamental del bien común es el reconocimiento del orden moral y el respeto de sus exigencias. «El orden entre las comunidades políticas ha de apoyarse sobre la roca inmovible e inmutable de la ley moral, manifestada por el Creador mismo por medio del orden natural y esculpida por Él en los corazones de los hombres con caracteres indelebles... Como faro luminoso, con los rayos de sus principios, debe dirigir el curso de la acción de los hombres y de los estados, los cuales habrán de seguir sus indicaciones aleccionadoras, saludables y provechosas, si no quieren que su trabajo y esfuerzo por establecer un nuevo orden naufrague en las galernas».⁵⁴

Tampoco olvida el beato Juan XXIII doctrina tradicional de la Iglesia que la sociedad acerca de la necesidad de los cuerpos intermedios entre el individuo y el Estado. De no ser así el hombre individual queda oprimido por el poder omnipresente del Estado. En las sociedades modernas es fácil que desaparezcan tales sociedades o se conviertan en ramificaciones del poder político. Por ello recuerda el pontífice que uno de los «derechos de la persona» es **que se puedan constituir unidades intermedias que hagan más fácil y fecunda la convivencia de los ciudadanos.**

Acerca de este derecho, actualmente se ha creado la falsa impresión de que se han multiplicado tales «unidades intermedias» en las llamadas ONGs. Algunas lo son, sin duda, pero muchas de las más relevantes de estas organizaciones cometen dos vicios capitales. Por un lado, reciben la mayor parte de sus ingresos de subvenciones de los propios estados y, por otra parte, no son sociedades que hagan «fácil y fecunda» la acción de los particulares sino que se constituyen en centros de presión que si bien pueden amenazar una determinada política del Estado están sin ninguna duda al servicio de otra determinada política. Estas orga-

53. Sap 6,2-4.

54. Cf. Pío XII, *Mensaje navideño* de 1941, AAS, XXXIV, 1942, p. 16.

nizaciones, en realidad, no aspiran a ser cuerpos intermedios sino que constituyen una nueva forma de hacer política.

Un aspecto muy importante en la política actual, así nacional como internacional, es el de las minorías. Si bien es muy cierto que las minorías han de ser respetadas, no lo es menos su recíproca, esto es, las minorías insisten «más de lo justo» en los elementos étnicos propios en detrimento de la familia humana entera. Es de mucha aplicación a nuestra realidad política, aquí en Cataluña o en otros lugares de España, el recordar a los que se alzan en portavoces de estas minorías el bien que resulta para las mismas su contacto con la cultura mayoritaria. El papa dice textualmente que «hay que participar amigablemente en los usos y tradiciones del pueblo que circunda» a dicha minoría. Y que se siguen «grandes pérdidas» cuando en lugar de esto se «fomentan los roces». El texto debe hacer meditar a todos los que se proclaman «nacionalistas» dentro de una nación superior.

Ha de advertirse, no obstante, que los miembros de tales minorías -bien por reaccionar contra su actual situación, bien por el recuerdo de sucesos pasados- no raras veces pueden dejarse llevar a insistir más de lo justo en los propios elementos étnicos hasta ponerlos por encima de los valores humanos como si el bien de la familia humana entera hubiera de subordinarse al bien de ese pueblo. Y es razonable que ellos mismos sepan reconocer también ciertas ventajas que esa especial situación les trae, pues contribuye no poco a su perfeccionamiento humano el contacto permanente con una cultura diversa de la suya, cuyos valores propios podrán así ir poco a poco asimilando. Pero esto mismo se obtendrá únicamente cuando quienes pertenecen a las minorías procuren participar amigablemente en los usos y tradiciones del pueblo que los circunda, y no cuando, por el contrario, fomenten los mutuos roces, de los cuales provienen grandes pérdidas y que traen el retraso de la nación.

Resulta providencialmente adecuado para el tiempo de Navidad releer el final de la encíclica que hemos estado considerando, por cuanto el beato Juan XXIII eleva su mirada al Príncipe de la Paz.

Como Vicario –aunque indigno– de Aquel a quien el anuncio profético proclamó Príncipe de la Paz,⁷⁰ creemos que es obligación nuestra consagrar todo nuestro pensamiento, todo nuestro cuidado y esfuerzo a obtener este bien en provecho de todos. Pero la paz será una palabra vacía

si no está fundada sobre aquel orden que Nos, movidos de confiada esperanza, hemos esbozado en sus líneas generales en esta nuestra encíclica: la paz ha de estar fundada sobre la verdad, construida con las normas de la justicia, vivificada e integrada por la caridad y realizada, en fin, con la libertad.

¿Basta para conseguir la paz la llamada «buena voluntad» de los hombres? La respuesta la da a continuación.

Es ésta una empresa tan gloriosa y excelsa que las fuerzas humanas, por más que estén animadas de la buena voluntad más laudable, no pueden por sí solas llevarla a efecto. Para que la sociedad humana refleje lo más posible la semejanza del Reino de Dios es de todo punto necesario el auxilio del Cielo.

En efecto, ¿de dónde le vienen a los hombres los males todos? La respuesta es: del pecado, esta es la «fuente y principio de todas las divisiones». Sólo Cristo nos ha redimido del pecado con su muerte. Es el sacrificio doloroso de Cristo quien nos reconcilia con Dios Padre y nos trae la paz. Él y sólo Él es nuestra paz.

Es, pues, exigencia de las cosas mismas el que en estos días santos nos volvamos con preces suplicantes a Aquel que con sus dolorosos tormentos y con su muerte no sólo destruyó el pecado -fuente y principio de todas las divisiones, de todas las miserias y de todos los desequilibrios-, sino que derramando su sangre reconcilió al género humano con su Padre Celestial y trajo los dones de su paz: «Porque Él es nuestra Paz, el que de los [pueblos] ha hecho uno solo. Él, que vino a anunciaros la paz a vosotros que estabais lejos, y la paz a aquellos que estaban cerca».⁷¹

Y la paz que trae Cristo no es la paz que dice dar el mundo.

Y en la sagrada liturgia de estos días resuena este mismo anuncio: «Cristo Resucitado presentándose en medio de sus discípulos, los saludó diciendo: la paz sea con vosotros. Aleluya. Y los discípulos se gozaron con la vista del Señor».⁷² Así, Cristo nos ha traído la paz, nos ha dejado la paz: «La paz os dejo, mi paz os doy. No la doy como la da el mundo».⁷³

71. Eph 2,14-17.

72. Responsorios de Maitines del viernes de la semana de Pascua.

73. Io 14,27.

70. Cf. Is 9,6.

La formulación de la ortodoxia católica

El pasado 3 de diciembre tuvo lugar en el salón de actos de Balmesiana, ante un numeroso público, la presentación del libro *Los siete primeros concilios. La formulación de la ortodoxia católica*, de nuestro colaborador y exdirector Francisco Canals Vidal, que ha publicado Editorial Scire con la colaboración de la Fundación Ramón Orlandis. Hizo esta presentación el sacerdote y teólogo Joan Antoni Mateo, que glosó con detalle la trayectoria docente y la labor teológica y filosófica del doctor Canals. De su extenso parlamento reproducimos la parte que se refiere propiamente al contenido del libro presentado, que recomendamos encarecidamente a nuestros lectores.

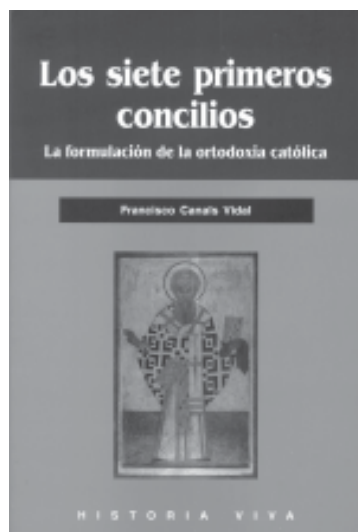
Es para mí un verdadero honor presentar hoy en esta sede de Balmesiana la obra del doctor Canals *Los siete primeros concilios. La formulación de la ortodoxia católica*. La obra del doctor Canals no es una obra de historia ni siquiera de historia del dogma, si bien contiene preciosos elementos de ambas disciplinas que Francisco Canals domina muy bien. Es una obra de teología, una inteligente, actualizante y muy oportuna lectura teológica del significado de los siete primeros concilios ecuménicos. Apuntaré sobre esto más adelante. De momento quiero sólo precisar el verdadero alcance y perspectiva de esta obra que no dudó en calificar de entrada como un pequeño gran libro, de esos libros buenos y breves, y por tanto dos veces buenos, que no se pierden en disquisiciones inútiles y fastidiosas (de éstas que tanto abundan en gran parte de la literatura teológica de los últimos cuatro decenios). Se trata de un libro bien pensado, profundamente meditado, que va al grano y al fondo de la cuestión.

Quiero referirme al subtítulo de la obra. Creo muy acertado decir «la formulación de la ortodoxia católica». A veces se tiende a contraponer «católico» y «ortodoxo». En realidad, el concepto ortodoxia católica es muy válido y elocuente. Decir «la formulación de la ortodoxia católica» es lo mismo que decir «formulación de la correcta doctrina católica». El concepto de catolicidad (*catholon*) se entiende muchas veces de manera superficial, restringiéndose a la extensión universal física de la Iglesia en el mundo. Esto no es del todo correcto. De hecho, la primera Iglesia existente que quedó plenamente constituida en el momento de Pentecostés, a pesar de que estaba formada por un conjunto pequeño de individuos y circunscrita en un territorio escaso, era tan católica como lo es hoy que está presente en todos los continentes de la tierra. *Catholon* debe traducirse por la expresión «secundum totalitatem», en el sentido que la Iglesia es portadora de la totalidad de la Salvación, de

Cristo que es su cabeza y del Espíritu Santo que la vivifica. Así comprenderemos mejor el concepto de ortodoxia católica que muy acertadamente ha elegido el doctor Canals como subtítulo del libro. La obra nos presenta magistralmente cómo se articuló la recta profesión de fe (ortodoxia) contenida en la totalidad de la salvación de la que la Iglesia es depositaria (católica).

Como expresa el autor en el libro, y pone también de relieve monseñor Pere Tena en su prólogo, el estudio que el doctor Canals realiza de estos concilios tiene un interés ecuménico excepcional. Fueron los concilios en los que, principalmente frente a las herejías, se asentaron afirmaciones fundamentales de la fe cristiana, tales como la divinidad de Jesucristo y del Espíritu Santo, la verdad plena de la humanidad del Verbo encarnado o la maternidad divina de María. Verdades siempre imprescindibles para proclamarse católico. Son concilios previos al cisma de Oriente y en ellos se expresó el fundamental tesoro dogmático trinitario, cristológico y eclesiológico que ha sido siempre patrimonio común de la Iglesia católica romana y de la Iglesia ortodoxa de Oriente.

Tienen también estos concilios un interés muy actual. Un interés que denominaría *incuménico*. Con este neologismo quiero designar la continua referencia de la Iglesia de hoy a aquellas verdades definidas y que constituyen el depósito de la fe, para hoy y para siempre. Muchas veces cuando se habla de ecumenismo se piensa inmediatamente en el diálogo con aquellos que en el transcurso de la historia se separaron de la comunión con la Iglesia católica romana, la única donde subsiste (existe concretamente y en plenitud) la Iglesia de Jesucristo. Esto es cierto y necesario. Pero el diálogo sólo puede hacerse desde la caridad de la verdad y desde una conciencia clara de identidad católica. No diré nada nuevo si afirmo que en los últimos decenios y en el seno de la Iglesia católica se ha dado y se da todavía una profunda crisis de fe. Recuerden



por ejemplo la solemne profesión de fe de Pablo VI en 1968. Basta igualmente con ojear los numerosos documentos emanados por la Congregación de la Fe los últimos cuarenta años para constatar que aquellas antiguas herejías combatidas por los siete primeros concilios ecuménicos vuelven a planear sobre la Iglesia de hoy. Son las mismas de siempre. Presentadas con ropajes de modernidad y modernismo. Vestidas con las galas de una pomposa nueva hermenéutica. Pero el observador atento sabe descubrir en ellas el arrianismo, el nestorianismo, el modalismo, los secuaces de Eutiques y otras nefastas herejías.

Confieso haber leído con fruición las páginas del libro referidas al Concilio de Calcedonia y también confieso mi satisfacción por la simpatía profesada por el autor a san Cirilo de Alejandría y a san Atanasio.

La herejía es el cáncer de la fe y de la Iglesia. El hereje ya no cree con fe divina sino con opinión humana y su posición conduce a la corrupción de la fe y de la comunidad cristiana. Los padres conciliares, los padres de la Iglesia y los romanos pontífices no se andaban con chiquitas para combatir la herejía. Y razón tenían para ello. Los herejes eran públicamente puestos en evidencia y si no se retractaban se les expulsaba de la Iglesia para que no corrompieran la fe y la salvación del Pueblo de Dios. Hay que decir, en honor de los herejes antiguos, que éstos, al menos, eran más honrados y coherentes que algunos herejes actuales, pues se iban de la Iglesia y formaban sus iglesias que acababan en la disolución.

El doctor Canals presta un precioso servicio a la fe de la Iglesia con su exposición clara y amena de las verdades que definieron los siete primeros concilios, verdades de primer orden que tienen un origen en la experiencia de salvación en Cristo y nos introducen a dicha experiencia de salvación. Es oportuno recordar esta dimensión soteriológica

del dogma a menudo tan olvidada. Lo decía lapidariamente el símbolo atanasiano: *quicumque vult salvus esse...* aquél que quiera ser salvado ha de creer estas verdades... y enumeraba las principales verdades cristológicas y trinitarias de los primeros concilios.

La lectura del libro del doctor Canals pone en sintonía con la fe de la Iglesia presentada por el Magisterio, entendido como órgano viviente de la Tradición viva de la Iglesia, como recuerda el autor haciendo mención de un gran maestro en teología, Bartolomé María Xiberta, que debería ser redescubierto por parte de muchos; un libro que prestará un gran servicio a aquellos que se inicien en la ciencia teológica y a todos aquellos que quieran leer con garantías de no infectarse ciertas obras de teología que circulan por estos mundos.

El doctor Canals es conocido por ser profeso discípulo de Santo Tomás. Sería un error decir que ha hecho una lectura «tomista» de los concilios, pero también sería igualmente injusto decir que no lo ha hecho. Quiero citar al respecto sus propias palabras de la introducción del libro: «...mientras sería injusto que alguien quisiese acusar de tomista mi lectura de los concilios orientales, sea legítimo que yo reconozca que he encontrado en el estudio de santo Tomás de Aquino, orientado durante largos años por el magisterio profundo y fecundante de mi maestro, el jesuita Ramón Orlandis Despuig, una guía luminosa para la comprensión de la dogmática trinitaria y cristológica, tal como vive en la enseñanza del Magisterio y en el sentido de la fe del pueblo cristiano... lejos de negar, afirmo que creo haber aprovechado el estudio de santo Tomás para situarme en la actitud que me llevó a la atención y a la comprensión de las verdades dogmáticas enseñadas en aquellos siete concilios: lo que no he hecho es interferir, con planteamientos o precisiones posteriores cronológica y conceptualmente, el sentido mismo de sus fórmulas dogmáticas».

Deseo sinceramente que la lectura y difusión del libro *Los siete primeros concilios ecuménicos* alcance en sumo grado el objetivo mismo que se ha propuesto el autor: redescubrir el tesoro que la Iglesia católica tiene en aquel patrimonio doctrinal y en la iluminadora tarea de los padres y doctores que defendieron y dieron claridad luminosa a las verdades dogmáticas allí definidas.

Es de destacar la originalidad del doctor Canals en su exposición. Tal vez debería decir, como gusta precisar al autor, la «origenidad». Ciertamente que no dice nada nuevo. Lo dice, sin embargo, de una manera nueva, profundamente personal, pensada, meditada a fondo. En la línea de aquello que santo Tomás decía «contemplata aliis tradere».

Los orígenes religiosos de los Estados Unidos en la obra de Christopher Dawson

REYES JAURRIETA

ENTRE las valiosas consideraciones recogidas en la obra del historiador de las ideas Christopher Dawson (1889-1970) hay algunas que resultan de especial actualidad. Una de ellas es su agudeza a la hora de abordar el tema de los orígenes de los Estados Unidos. Sin ser una cuestión exhaustivamente tratada por el pensador inglés, a pesar de ello, sus apuntes en torno a los motivos y las actitudes de los primeros pobladores de esta nueva nación son dignos de tenerse en cuenta.

Como punto de partida para comprender el carácter marcadamente religioso que impregnó a los puritanos que cruzaron el Atlántico a mediados del siglo XVII buscando una «nueva vida» en todos los sentidos, hemos de remontarnos al siglo XVI. Dawson reflexiona en torno a la Reforma protestante, sus características, su espíritu, sus protagonistas y lo compara con la reforma católica tratando de comprender las diferentes cosmovisiones a que dieron lugar así como sus manifestaciones políticas, artísticas, literarias, etc.

Dentro del entorno de la Reforma protestante su interés se inclinó hacia el mundo calvinista. Dawson consideraba que si bien es imposible exagerar la importancia de Lutero en el origen del movimiento revolucionario que dividió a Europa, sus realizaciones como constructor y organizador fueron relativamente pequeñas. Fue el calvinismo la forma del protestantismo que resultó más definitiva para el movimiento revolucionario europeo y estimaba que «en su visión social y política el calvinismo era completamente distinto del mundo del luteranismo, y que ha tenido una influencia mucho más grande, y relación más estrecha con lo que nosotros conocemos como civilización occidental, o solamente civilización, sin ninguna otra calificación».¹

Ciertamente Calvino tuvo el mérito de hacer una sistematización orgánica de las tesis de los reformadores precedentes, muchas veces desordenadas, o las más de las veces yuxtapuestas. El calvinismo fue una religión militante, de cruzada, que eliminó toda la suavidad y disimulo del luteranis-

mo y desarrolló hasta sus últimas consecuencias la doctrina latente en él. Dawson lo resumía así:

«El calvinismo modeló un cuerpo lógico de doctrina y un sistema férreo de disciplina, y en lugar de las Iglesias territoriales luteranas controladas por el Estado, creó una Iglesia teocrática. Mientras que el luteranismo había apelado a los príncipes y transferido al Estado las prerrogativas, el calvinismo apelaba al pueblo y especialmente a la clase media a que pertenecía Calvino».²

La doctrina de la predestinación constituye el nervio del calvinismo. Desde la eternidad, y mediante un acto positivo de su voluntad, eligió Dios a algunos para la felicidad eterna y a otros para la eterna condenación. Así, el pesimismo de Lutero llega a la conclusión extrema y desesperada...; pero, por un elemento psicológico inesperado, tal pesimismo no degenera en el fatalismo o en la inercia, pues aunque las buenas obras no valen nada para nuestra salvación son, sin embargo, signo de la misma, dan gloria a Dios y tenemos que realizarlas para manifestarle nuestro respeto y cumplir su voluntad. Las mismas obras son ya la señal y la consecuencia de la elección divina, de suerte que quien obra el bien puede ya en un cierto sentido estar seguro de haber sido elegido. En este sentido se expresaba Dawson:

«El pesimismo y fatalismo de la doctrina calvinista no llevaron como nosotros podríamos haber esperado a una pérdida del sentido de responsabilidad personal, al desprecio de actividad práctica o a un vuelo ascético del mundo. Al contrario, el calvinismo era una escuela de disciplina moral y esfuerzo que produjeron hombres de acción confiados de sí mismos, quienes se enfrentaron a un mundo hostil con una determinación austera de hacer su deber y obedecer los dictados de conciencia a toda costa».³

Una característica del calvinismo conexas con la anterior es su espíritu de trabajo y de lucro comercial. Es curiosísimo ver a las minorías calvinistas holandesas, inglesas, y más tarde, norteamericanas afrontar con espíritu religioso y de lucro a un tiem-

1. Ch. Dawson, *El juicio de las naciones*, Buenos Aires, Inter. América, 1942, 44.

2. Ch. Dawson, *El movimiento de la revolución mundial*, Buenos Aires, Huemul, 1963, 42.

3. Ch. Dawson, *The European Revolution*, «The Catholic World», mayo de 1954.

po, animosamente los riesgos inevitables del comercio. Dawson en este sentido se hace una sola voz con Max Weber, respecto a la influencia de la Reforma sobre los orígenes del capitalismo, «no podemos negar el hecho de que la cultura burguesa se desarrolló, en realidad, en tierra protestante y particularmente en entorno calvinista, en tanto que el entorno católico parecía decididamente desfavorable a su evolución».⁴

De este modo Dawson ponía de manifiesto el contraste que presentaba la cultura de los países contrarreformistas con la cultura holandesa del siglo XVII y la inglesa, escocesa y norteamericana del siglo XVIII:

«Los calvinistas, no menos que sus enemigos los jesuitas comprendían plenamente la importancia de la educación y donde quiera que iban, así fuera tan lejos como la bahía de Massachussets, llevaban no solamente la Biblia sino la gramática latina».⁵ Sin embargo, el humanismo calvinista era esencialmente utilitario: «Sus adherentes eran amigos de la educación pero enemigos de la cultura».⁶ Según Dawson, su utilitarismo, se mostraba en su rechazo del arte: «Eran violentamente iconoclastas como los primeros musulmanes; no se trataba sólo de que los puritanos rechazaran la estética hedonista del Renacimiento como pagana y mundana, era que su religión no dejaba lugar para la expresión estética ni en la esfera espiritual».⁷

Otro aspecto a destacar respecto al calvinismo y que contrasta con el localismo de la reforma luterana, que casi no salió de los límites del imperio alemán, es la gran capacidad de difusión y proselitismo de los calvinistas. Los exiliados protestantes de Alemania dieron el factor decisivo de la implantación en el extranjero de la nueva reforma. En Inglaterra se introdujeron en tiempos de Eduardo VI (1547-53) y lograron afincar la nueva fe en territorio inglés durante el largo reinado de Isabel I (1558-1603).

Veamos como lo interpretaba Dawson: «Mientras que el luteranismo casi desde el principio adoptó una actitud pasiva hacia el Estado y aceptó una concepción de la autoridad política altamente conservadora, el calvinismo ha demostrado ser una fuerza revolucionaria, y ha proveído el elemento

dinámico moral en la gran expansión de la cultura burguesa desde el siglo XVI al XIX».⁸

Ciertamente podemos decir que el calvinismo fue la fase que dio pleno cumplimiento a la ruptura protestante, creando una forma de acción a la gran obra revolucionaria que nace en el protestantismo, ya que «En las enseñanzas del Calvino existe el mismo pesimismo con respecto a la naturaleza y voluntad humanas, el mismo alejamiento del mundo y la misma elevación del poder divino que en Lutero. Sin embargo, todas estas concepciones fueron transformadas por el espíritu intenso de actividad moral que caracterizó a Calvino y al calvinismo. El genio de Calvino fue el de un organizador y legislador, que inspiró al protestantismo el deseo de dominar el mundo, y cambiar la sociedad y la cultura».⁹

EL impulso transformador calvinista quedó plasmado en hechos trascendentales de la vida política de la Edad Moderna, de los que Dawson destaca la guerra civil inglesa, la Revolución y los orígenes de los Estados Unidos como un mundo distinto de Europa.

El interés de Dawson hacia los Estados Unidos fue en aumento a lo largo de su obra. El hecho de que la crisis europea durante los años posteriores a la primera guerra mundial coincidiera con el crecimiento de los Estados Unidos como potencia mundial y que la existencia de Europa occidental dependiera cada vez más del poderío económico y militar de los Estados Unidos, era la razón principal por la que se introdujo en el estudio de los Estados Unidos, en su historia política, social e intelectual.¹⁰

La creación de los Estados Unidos es sin duda en el pensamiento dawsoniano, la más importante de las empresas de la expansión europea. Dawson señaló en su día las características fundacionales de este país que delimitaron su identidad:

«Los Estados Unidos han participado de la tradición occidental, pero no son una parte de Europa. Por un lado representan una extensión de la cultura europea hacia occidente; por otro, constituyen un nuevo mundo: firmemente conscientes de su personalidad y que se sienten separados y distintos del viejo tanto asiático como europeo. Este doble carácter —afirmaba Dawson— puede considerarse como la raíz de su historia».¹¹

4. Ch. Dawson, «El catolicismo y el espíritu burgués», *Dinámica de la historia*, Buenos Aires, Emecé, 1962, 187.

5. Ch. Dawson, *El movimiento de la revolución mundial*, 43.

6. Ch. Dawson, *El movimiento de la revolución mundial*, 43.

7. Ch. Dawson, *The Gods of Revolution*, Londres, Garden City Press, 1972, 7.

8. Ch. Dawson, *El juicio de las naciones*, 39.

9. Ch. Dawson, *El juicio de las naciones*, 44.

10. Christopher Dawson, «La tradición norteamericana», *Revista de estudios americanos*, IV, 1952, 349.

11. Christopher Dawson, *Hacia la comprensión de Europa*, 202.

Contrariamente a lo que parece a primera vista, esto es, que la colonización inglesa de Norteamérica responde a fines primordialmente mercantilistas a diferencia de la expansión de la corona española en América del Sur en la que se aprecia más un espíritu de cruzada y de misión, Dawson reflexiona en torno a los orígenes religiosos de la formación de los Estados Unidos.

Hemos de remontarnos al siglo XVI en Inglaterra para poder entender un poco mejor la razón de las primeras emigraciones de puritanos a los Estados Unidos. Sabemos que la reina Isabel (1558-1603), amante de la pompa y la ostentación en todos los actos religiosos, se mostró contraria a la ruda y austera sencillez del culto puritano, y que reprimió con mano fuerte en todo el reino a los que reclamaban más reformas y libertad de la que hasta entonces había podido conceder la Iglesia anglicana. Hacia 1564, algunos miembros de la Iglesia anglicana se rebelan contra los restos de catolicismo que presenta la corona con Isabel. De ahí su nombre tan significativo de «puritanos», pues quiere representar a los que no estaban manchados de catolicismo. Influidos por el calvinismo, anticatólico y presbiteriano, el puritanismo había desempeñado un activo papel en tiempos de Isabel I por medio de la Universidad de Cambridge. Los puritanos buscaron apoyo en la Cámara de los Comunes y varias veces lo encontraron pero finalmente prevaleció la oposición de la reina que determinó que el parlamento no podía interferir en el gobierno de la Iglesia. Entre ellos había claras divisiones. Se encontraba un núcleo importante que aceptaba su ideal presbiteriano en unión con la Iglesia de Inglaterra, pero había un grupo, «los independientes», una minoría extremista que reclamaban «Reformation without Tarrying for Any» (Reforma sin demorarse por nada), que pretendían crear iglesias separadas totalmente independientes del Estado. Esta abierta oposición a la supremacía real provocó que dos importantes independentistas fueran ejecutados en 1585.

Sin embargo fue especialmente crítica la situación para los puritanos con Jacobo I (1603-1625), que aunque educado desde su más tierna edad en las estrictas tendencias presbiterianas, por un cambio inesperado de fortuna subió al trono que tan cruelmente persiguiera a su madre María, adoptando una especial actitud de odio hacia los puritanos. Pues Jacobo tenía suficiente criterio para comprender, y además sabía que era así, pues fue educado en su religión, que si sus libres opiniones prevalecían, serían un obstáculo insuperable que se opondría al ejercicio absoluto del poder real que con tanto anhelo codiciaba. Al intentar hacer de la Iglesia anglicana un instrumento de su absolutis-

mo, Jacobo I choca con la oposición de todos los que reivindican el espíritu puritano ya sean presbiterianos («sin obispos no hay rey», decía) o independientes. Entre los independientes, tomaban protagonismo en aquel momento los congregacionalistas y los baptistas (que fundaron su primera comunidad en Londres en 1611).

Debido a este enfrentamiento con la corona, congregacionalistas, baptistas y grupos de puritanos buscaron refugio en Holanda. Entre los puritanos, había un pequeño grupo de exiliados de Scrooby (Linconshire), una congregación muy humilde pero con gran fuerza en sus convicciones, que en 1609, ante la corrupción de la Iglesia oficial y para evitar su propia contaminación, decidieron emigrar. En primer lugar llegaron a Ámsterdam y más tarde se afincaron en Leyden hasta su migración final a Plymouth y Nueva Inglaterra a bordo del *Mayflower* (1609). Se trataba de los Padres Peregrinos, la primera oleada de inmigrantes a América en busca de la «tierra prometida».

Sin embargo el periodo más importante y de mayor influencia fue según Dawson el comprendido entre 1630 y 1643, cuando se protagonizaron las expediciones con mayores consecuencias para la configuración del futuro Estados Unidos.

Una suma de circunstancias hicieron de 1629 un año decisivo para los puritanos: los protestantes fueron derrotados en la guerra de los Treinta Años, las condiciones religiosas en Inglaterra empeoraron cada vez más. Desde el punto de vista político, Carlos I disolvió el parlamento y con él los disidentes. A todo ello se sumaron los efectos de la crisis económica. Los puritanos con mayores posibilidades económicas empezaron a pensar en la emigración.

Se trataba ahora de una serie de hombres con mayor preparación que los peregrinos del *Mayflower* (de origen muy humilde, agricultores y artesanos en su mayoría). Este segundo grupo llegó bajo el mando de John Winthrop, una de las figuras más sobresalientes de los primeros puritanos, señor del castillo de Groton (Suffolk), abogado, formado en Cambridge y muy celoso del puritanismo. Las colonias anteriores habían fracasado, afirmaba Winthrop porque eran «carnales y no religiosas». Sólo una empresa fundada en la religión reformada tenía la oportunidad de prosperar. Entre los dirigentes de la expedición también había comerciantes londinenses, un importante teólogo puritano, algún militar... Todos estos hombres habían sido alumnos de la Universidad de Cambridge y habían firmado un acuerdo entre ellos para emigrar a Nueva Inglaterra, decidiendo de antemano que la colonia debía tener un gobierno

propio al mando de Winthrop y parte en la Compañía de la bahía de Massachussets.

ACERCA del espíritu de la colonización de Nueva Inglaterra, Dawson propuso una serie de reflexiones dignas de consideración:

En primer lugar su congregacionalismo.¹² Se trataba de un sistema de gobierno eclesiástico en que cada congregación era autónoma y democrática. No existía jerarquía, ya que Cristo es, en principio, la Cabeza de cada Iglesia, y las distintas congregaciones se consideran copartícipes de la común familia de Dios. «En los principios congregacionalistas se da una identificación de la iglesia con la comunidad política. (...) La ciudadanía era la unidad social primaria y encontraba su principio constitutivo en la iglesia local y la alianza eclesiástica. De este modo la iglesia, la escuela y la junta municipal eran órganos de una comunidad espiritual que ejercía un control estricto sobre la vida moral y económica de sus miembros».¹³

Este sistema de gobierno-ciudad surgió con los colonos de Plymouth pero se convirtió en característico de Nueva Inglaterra. Pues la colonia de Boston y Salem era mucho más extensa y rica que la de Plymouth y, además, estaban apoyados por la Compañía de la Bahía de Massachussets, semejante a la Compañía de Virginia y a tantas otras. Pero difería de todas las empresas capitalistas anteriores de este tipo en que los principales accionistas tomaron parte en la emigración y llevaron consigo sus acciones a Nueva Inglaterra. Esto ayudó a que la Confederación no fuera exclusivamente una especulación económica sino que implicaba la formación de una «sociedad nueva» con su gobierno propio, abriéndose así el camino para un desarrollo americano independiente.

El congregacionalismo de los nuevos pobladores llama la atención a Dawson al considerar que la teoría de la predestinación expuesta por Calvino toma en los puritanos concreción y deja de ser individual para acoger a toda una comunidad. «Es por la “Church Covenant” que el cristiano creyente llega a ser miembro de una comunidad redimida, no sólo en teoría, sino de hecho “la materia” de la iglesia es la colección de los santos visibles, y la “forma” la alianza que une a los santos en un cuerpo».¹⁴

12. El congregacionalismo fue prácticamente la religión oficial de Nueva Inglaterra durante casi dos siglos (1631-1833), y su influencia en la cultura norteamericana se observa a través de la literatura, las instituciones políticas y multitud de actitudes sociales.

13. Christopher Dawson, *Hacia la comprensión de Europa*, 203-204.

14. Christopher Dawson, *The Dividing of Christendom*, Nueva York, Sheed and Ward, 1965, 167.

De este modo los puritanos permanecían unidos por un pacto, constituyéndose en un «cuerpo civil y político» y prometiendo obediencia a las leyes justas y equitativas que se consideraran oportunas y convenientes para el bien general de la colonia. Este convenio fue concebido como una ampliación de la idea de la alianza eclesiástica que fue característica del movimiento puritano: «Una alianza visible... para la observación de los mandatos de Cristo en el seno de la misma comunidad».¹⁵

Dawson califica de «teocracia democrática» a este modo de concebir la sociedad pues consideraba que el hecho de basar la ciudadanía en ser miembros de la iglesia, concedía a todo el sistema social un carácter unitario que nunca hubiera obtenido de las instituciones exclusivamente políticas. «El resultado fue, afirma Dawson, que desde un principio, los habitantes de Nueva Inglaterra se consideraron un pueblo elegido, y se sintieron enteramente libres del concepto de inferioridad que ha caracterizado a menudo a las primeras sociedades coloniales».¹⁶

OTRO dato a destacar de esta segunda emigración que Dawson comenta es la ausencia de separatismo respecto de la corona. Así como los peregrinos de Plymouth eran separatistas, pues consideraban que la Iglesia de Inglaterra estaba corrupta y condenada irremisiblemente, no ocurría lo mismo con los nuevos pobladores. Uno de los principales fundadores se expresaba en los siguientes términos «Nosotros no vinimos a Nueva Inglaterra como separatistas de la corona de Inglaterra; aunque nosotros no podemos más que separarnos de la corrupción que hay en ella, sino que vinimos a realizar la parte positiva de la Iglesia Reformada, y propagar el Evangelio en América».¹⁷ Ellos no deseaban apartarse de la Iglesia anglicana, y pensaban que se la podía redimir. Pero, en razón de su debilidad el acto redentor sólo podía llevarse a cabo en Nueva Inglaterra. Y desde allí, la colonia de Nueva Inglaterra crearía una comunidad religiosa y política ejemplar no sólo para Inglaterra sino para el resto del mundo. De ahí la frase tan recordada del que iba a ser gobernador de Nueva Inglaterra John Winthrop: «Debemos considerar que seremos como una ciudad sobre una colina, los ojos del todo el mundo nos miran por-

15. Cita tomada de Christopher Dawson, *Hacia la comprensión de Europa*, 203.

16. Christopher Dawson, *Hacia la comprensión de Europa*, 205.

17. Christopher Dawson, *The Dividing of Christendom*, 168-169.

que nosotros nos manifestamos como un pueblo en alianza con Dios».

Otro punto de interés destacado por Dawson en relación a los puritanos de Nueva Inglaterra es su hermanamiento cuando estalló la guerra civil inglesa (1642-1649), con los Santos de Inglaterra, aunque nunca llegaron a unirse a las filas de los cabezas redondas en Inglaterra. Esta unión de ideales se hizo tan evidente que cuando los ministros de la iglesia holandesa en Middelburg escribieron a la minoría independiente en la Asamblea de Westminster, la preparación de una respuesta fue confiada a John Norton de Ipswich, Massachussets. Y fue publicada con un prefacio de Thomas Goodwin, Philip Nye y Andrew Simpson, que eran los líderes del Partido Independiente en la Asamblea. Sin embargo, Dawson apunta que esta unión de ideales con los Santos de Inglaterra acabó en decepción para los puritanos de nueva Inglaterra después de la guerra civil. Pues como comentó Hilaire Belloc, Cromwell «aunque imbuido de espíritu puritano, no permite que aquel espíritu se inmiscuya en sus asuntos; subordinó la intensidad puritana a las necesidades del orden y a un continuo acomodamiento con la política interior y exterior».¹⁸

Un cuarto aspecto presente según Dawson en los orígenes de la colonia es el carácter restrictivo que tuvo el puritanismo respecto a otras manifestaciones religiosas. Aunque las iglesias de Massachussets fueran independientes unas de otras todas estaban unidas por la misma ley de disciplina eclesiástica. Las leyes y ordenanzas impresas en Londres en 1656 para las Colonias Unidas de Nueva Inglaterra (Massachussets, Plymouth, Connecticut y New Haven) fueron muy severas. Eran especialmente intolerantes contra los heterodoxos, pues se decía: «El que es cuáquero que sea desterrado, y so pena de la vida no pueda volver; lo mismo se prohíbe que cualquiera clérigo católico esté en el país, si viene alguno se le destierra, y si vuelve se le ajusticia».

En Inglaterra, sin embargo, la oposición presbiteriana en la Asamblea (partidaria de la monarquía) provocó que los independientes enarbolaran el estandarte de la libertad religiosa y la tolerancia, llegando a ser con el paso del tiempo los aliados de las sectas y los representantes de la gran mayoría de opiniones en el pueblo y en el ejército. Contrariamente a lo que se ha venido diciendo, que las minorías religiosas buscaron refugio en los Es-

tados Unidos como el lugar abierto a la libertad y a la tolerancia, el caso de Nueva Inglaterra es bien diferente, pues su intolerancia funcionó como una fuerza centrípeta, cuyo resultado fue el surgimiento de nuevas colonias. Son conocidos los casos de expulsiones o condenas de herejías a quienes se oponían a sus principios de Iglesia y Estado que dieron más tarde vida a comunidades independientes en Portsmouth, Connecticut, Providence, Rhode Island... Estas nuevas fundaciones recibieron patente y protección del Parlamento inglés, y aquí efectivamente se proclamó la libertad religiosa como en Rhode Island porque «apenas dos habitantes de esta colonia tenían las mismas creencias»,¹⁹ pues las ideas puritanas libres del cerco congregacionista dieron lugar a los más variopintas sectas religiosas. En efecto «La teocracia de los ministros en Nueva Inglaterra fue el ejemplo más extremo de la actitud calvinista hacia la libertad religiosa, y los cuáqueros, a quienes rechazaron, representan el lado opuesto del puritanismo inglés».²⁰ Ciertamente, la llegada de los cuáqueros a Nueva Inglaterra entre 1656 y 1662 provocó la oposición de los dirigentes de esta Confederación.

Al respecto apuntaba Dawson: «En este punto, el puritanismo en América y en Inglaterra siguió por diferentes caminos. El primero fue firmemente antitolerante y estuvo estrechamente unido a los principios congregacionistas y a sus dinámicos presupuestos mientras que el último llegó muy lejos en su devoción por la tolerancia que llevándole a negar los derechos del Estado a intervenir en materias de religión».²¹ Muestra de ello, apuntaba Dawson, es que en Inglaterra algunos como John Goodwin discutieron incluso la doctrina fundamental del calvinismo, enseñando una doctrina ilimitada respecto a la redención aceptando las consecuencias filosóficas del arminianismo.

En suma, el ideal congregacionista, su conciencia de ser la vanguardia de la Reforma, su unión de ideales con los santos de Inglaterra y el carácter restrictivo y exigente de su fe calvinista, son los cuatro aspectos que resumen la visión dawsoniana de la colonización americana. Todos ellos tienen un denominador común; que es el responder a la conciencia que tuvieron los primeros colonizadores de Nueva Inglaterra de ser un pueblo elegido para una misión.

19. Samuel Eliot Morison, *Historia del pueblo americano*, Barcelona, Luis de Caralt, 1972, 91.

20. Christopher Dawson, *The Dividing of Christendom*, 172.

21. Christopher Dawson, *The Dividing of Christendom*.

18 H. Belloc, *Cromwell* (Barcelona, Ed. Juventud, 1943), 31.

Dawson, entre sus escritos, reproducía un fragmento del sermón *Un modelo de caridad cristiana*²² que John Winthrop escribió a bordo del *Arbella*, el buque insignia de la flota que llegó a las costas americanas en 1630, donde la conciencia de ser un pueblo elegido por Dios se manifiesta explícitamente:

«Tal es la relación entre Dios y nosotros: hemos realizado una alianza con Él para esta obra, hemos recibido una encomienda, el Señor nos ha permitido formular nuestros propios artículos (...) y habrá de esperar un cumplimiento estricto de los artículos que ella conlleva».²³

Y recordaba Dawson los reveladores testimonios de sus dirigentes; «Dios ha cribado a toda una nación para enviar el grano escogido a estas eriales» o «sabad que este es el lugar donde Dios creará, dentro de las nuevas iglesias, un nuevo cielo y una nueva tierra, conjuntamente con una nueva república».

Si dijimos al comienzo del artículo que el calvinismo había dado concreción y forma de acción al protestantismo en general, Dawson completa la relación conectando el puritanismo como tercer eslabón tras el protestantismo y el calvinismo al mostrar más explícitamente el carácter de cruzada que tuvo este último: «No es sin embargo, en el calvinismo, sino en el puritanismo inglés y americano, que estos concepto de la Comunidad Sagrada

da y de la misión cósmica de los santos, alcanza su expresión más completa».²⁴ Esta teocracia democrática de la que hablaba Dawson, dotada de una intensa disciplina moral y de un fuerte espíritu de comunidad fue la «fuerza creadora»²⁵ que impulsó el desarrollo de Nueva Inglaterra.

PODEMOS concluir, por tanto, que en la Nueva Inglaterra del siglo XVII se fraguaron aspectos trascendentales para el futuro de los Estados Unidos. La historia de Norteamérica recibió a lo largo de los siglos otras influencias que acabarían de conformar el espíritu americano, pero las ahora comentadas han sido determinantes en la conciencia que esta nación ha tenido de ser portadora al resto del mundo de la libertad, la democracia y del progreso como los tres elementos que América considera debe instaurar en todo el mundo por encargo divino.

En palabras del pensador inglés, «la creencia del Occidente moderno en el progreso, y junto a ello en los derechos del hombre y el deber de la acción política que se conforma a los ideales morales, aunque se deba a otras influencias, deriva últimamente de los ideales morales del puritanismo y la fe en la posibilidad de la realización de la Comunidad sagrada en la tierra mediante los esfuerzos de los elegidos».²⁶

Efectivamente, los Estados Unidos serán los encargados de enarbolar esta bandera y procurar hacer realidad este ideal en el resto del mundo.

22. Curiosamente, el presidente electo John F. Kennedy en su discurso al Tribunal General de Massachussets el 9 de enero de 1961, citaría algún fragmento de este sermón en una época en la que Massachussets se había convertido en un mal ejemplo de corrupción política.

23. Christopher Dawson, *The Dividing of Christendom*, 170-171.

24. Christopher Dawson, *El juicio de las naciones*, 45.

25. Christopher Dawson, *Hacia la comprensión de Europa*, 204; *The Gods of Revolution*, 38.

26. Christopher Dawson, *El juicio de las naciones*, 49.

LOS FALSOS RESTAURADORES

Hablamos, venerables hermanos, de un gran número de católicos seculares y, lo que es aún más deplorable, hasta de sacerdotes, los cuales, so pretexto de amor a la Iglesia, faltos en absoluto de conocimientos serios en filosofía y teología, e impregnados, por el contrario, hasta la médula de los huesos, con venenosos errores bebidos en los escritos de los adversarios del catolicismo, se presentan, con desprecio de toda modestia, como restauradores de la Iglesia, y en apretada falange asaltan con audacia todo cuanto hay de más sagrado en la obra de Jesucristo, sin respetar ni aun la propia persona del divino Redentor, que con sacrílega temeridad rebajan a la categoría de puro y simple hombre.

SAN PÍO X: *Pascendi dominici gregis*, núm. 1



Pequeñas lecciones de historia

La entrada de Teresita en el Carmelo (II)

GERARDO MANRESA

TAL como relata Teresa en su manuscrito a la madre Inés de Jesús: «Hacia algún tiempo que me había ofrecido al Niño Jesús como juguete suyo, diciéndole que no me tuviera como un juguete caro, de aquellos que los niños sólo miran pero no se atreven a tocarlos, sino como una pelotita que pudiera tirar al suelo, chutarla, agujerearla, dejarla en un rincón o bien apretarla contra su corazón; en una palabra, divertir al Niño Jesús».

Paulina conocía perfectamente este ofrecimiento de su hermana y desde el carmelo de Lisieux estaba con el pensamiento junto a Teresa en la audiencia del Santo Padre. El día 20 de noviembre de 1887, ansiosa por su hermana, sin conocer el resultado de la audiencia, le escribe una carta:

«Pequeño juguete querido del Niño Jesús, ¡oh, cuanto rezo por ti! (...) ¡Oh, qué dichosa es la pelotita de la que nadie quiere servirse sino sólo Jesús!; la pelotita que no quiere hallar su placer más que en el beneplácito divino. ¡Oh, sí! Esta pelotita es felicísima. No sé, querida mía, por qué acabo de escribir estos renglones, pues estoy sin noticias, y tampoco sé el día de la audiencia. (...)

»Piensa que santidad es sinónimo de sufrimiento; piensa que el corazoncito herido por las espinas está más cerca del corazón del Niño Jesús que el corazón lleno de alegrías, aunque sea la alegría santa. No es nuestro contento lo que alegra a Jesús, sino la generosidad con que nos privamos de todo contento para contentarle. ¡Oh, sí mi pelotita querida! Dice el Niño Jesús: “No temas; estás bien segura en mis manecitas, en espera del Carmelo; retírate dentro de mi corazón; no te apartes de mí; eres mi juguete preferido; ¿quieres permitir que me divierta siempre contigo?”. Y oigo la pelotita que contesta, dando un salto: “Jesús, Jesús, sí, sí, siempre”(...)

»Espero recibir pronto una carta de Roma. ¿Qué me traerá?... Pero no espero nada, ni quiero nada, más que la voluntad del Dueño querido de mi pelotita.

»Hasta pronto; todo pasa, todo, todo, excepto el amor de Jesús para Teresa y el de Teresa para Jesús.»

Tan pronto recibió noticias del resultado de la audiencia pontificia, el 23 de noviembre, Paulina escribió esta preciosa carta a su hermana:

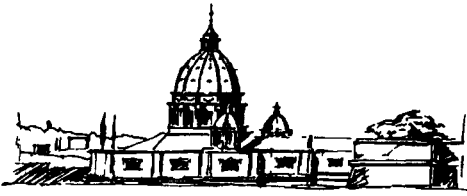
«¡Oh, cuánto ama Jesús a su pelotita! Sí, Él te ama más que a todo el universo. Podría divertirse con las flores de los campos, hacerse una pelotita con las verdes montañas de Suiza; podría tener juguetes de oro y piedras preciosas; podría, con sólo mirarlas, llamar a las estrellas, y las estrellas acudirían alrededor de su cuna. Podría crearse para sí millones de criaturas

más perfectas que las que existen y puedan existir jamás. Podría muchas cosas más; pero Él no pide nada; no desea más que su juguetito: Teresita del Niño Jesús. Con su pelotita querida enjuga todas sus lágrimas. Cuando queda dormido, ella queda allí, junto a Él; su manecita la aprieta contra su corazón, la está mirando siempre, siempre.

»Mas, ¿qué has hecho hoy, Niño Jesús, con tu pelotita? Tú, que tanto la quieres, ¿cómo la has roto así? Mira, ya no saltará; no podrás divertirte más con ella; pero es por tu culpa. Y el Niño Jesús me contesta: “¡Oh, es muy sencillo, quería ver lo que había dentro!” Y, ¿qué has visto Jesús mío? “He visto, he oído un suspiro, y este suspiro me ha dicho: “Jesús, te amo.” Jamás mi pelotita me había dado tanto gusto, no, jamás. La he pinchado varias veces y cada vez era un dulce céfiro que acariciaba mis bucles rubios. Hoy le he hecho un agujero más grande, y me he enterado que mi pelotita estaba hinchada de mi amor. He sabido que quería padecer por mí; he sabido que no desea más que a mí; en fin, lo he sabido todo... Ahora voy a remendarla, y he aquí cómo voy a hacerlo: la tomaré en mis manos y soplaré dentro muy fuerte; luego, para cerrarla, no haré otra cosa que depositar un beso en el agujero; este beso será el sello de mi corazón; nadie podrá romperlo, nadie. ¡Oh, qué contento estoy, cuánto amo a mi pelotita!... Puedo perforarla, puedo hacer de ella todo lo que quiero y no me dice otra cosa que: ¡Jesús, te amo! Gozar, padecer, padecer aún, todo lo que quieras, Jesusito mío querido.

»¡Oh, Teresa querida! ¿No te sientes feliz, no te sientes orgullosa por la señalada preferencia de Jesús para contigo? Tan jovencita, a los quince años. Ya te halla digna de llevar la cruz, te encuentra digna de padecer. ¡Qué honor para ti! ¡Si supieras cómo las pruebas hacen adelantar tu alma en el camino de la santidad! Quieres ser santa, una gran santa, descuida: Jesús también lo quiere y te lo ha demostrado hoy.

»Hermana querida de mi corazón, este viaje está señalado con el beso del Niño Jesús, señalado con sus bendiciones. Este viaje te ha hecho andar más leguas hacia el cielo que las que has andado sobre la tierra; este viaje es una perla de tu corona. “Sí, entrarás en el Carmelo cuando Dios lo quiera.” ¡Oh, qué hermosa palabra; qué gracia haberla oído de los labios del mismo Jesús! Debes hacer un acto de abandono; ésta es para ti la voluntad de Dios. ¡Qué hermoso es Jesús! Parece dormido en tu barquita; mas no temas: su corazón queda vigilante. La que te ama más que a ti misma. Inés de Jesús.»



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Ochocientos mártires de la guerra civil española hacia los altares

EL arzobispo de Toledo, Antonio Cañizares, presidió en la catedral primada la apertura del proceso de canonización de 800 mártires de la provincia eclesiástica de Toledo que murieron por su fe en la persecución religiosa en España entre 1936 y 1939.

El obispo Eustaquio Nieto Martín, de la diócesis de Sigüenza-Guadalajara, y los sacerdotes Agustín Rodríguez, Antonio Martínez, Joaquín María Ayala, Joaquín López y Basilio Sánchez, de las diócesis de Toledo, Cuenca, Albacete, Ciudad Real y Ávila, son algunos de los ochocientos siervos de Dios, de quienes se abre ahora el proceso de canonización.

En relación a los mártires de la persecución religiosa en España durante los años treinta, la asociación Hispania Martyr, dedicada a la promoción de las beatificaciones, a la recopilación de documentación relativos a los cristianos asesinados durante la persecución religiosa española de la década de los treinta y a su memoria, está elaborando un diccionario martirial en el que intenta recoger los nombres de todos los mártires de aquella época.

Defensa de la educación separada por sexos

TRAS tres décadas de predominio de la coeducación (educación mixta), cada vez son más las voces que se alzan cuestionando dicho modelo.

El debate se reabrió hace poco cuando la Confederación Católica de Padres de Alumnos (CONCAPA), que agrupa a más de tres millones de familias, reclamó que se revisen «los falsos dogmas adoptados sin, al parecer, demasiadas reflexiones o estudios» que encumbraron a los colegios mixtos a inicios de los años setenta y cuyo único objetivo era descristianizar las familias a través del colegio.

Ya hace unos meses, se cuestionaba este tema en Francia con ocasión de la publicación del libro *Las trampas de la enseñanza mixta*, de Michel Fize y de un artículo sobre el mismo en el rotativo francés *L'Express*, donde se indica que la coeducación en el país gallo no ha conseguido asegurar la igual-

dad de sexos ni de oportunidades. Es evidente que la persona, sea hombre o mujer, tiene los mismos derechos y le corresponden las mismas oportunidades, pero ello no implica necesariamente que deba uniformarse a hombres y mujeres haciéndoles perder sus diferencias. Cada alumno requiere un tratamiento distinto, individualizado, personal y para ello, obviamente, debe tenerse presente su sexo por parte del docente, del tutor y de la sociedad.

Centrándose exclusivamente en datos académicos, a pesar de ser la formación espiritual la que más se favorece con la educación no mixta, «se ha constatado que los alumnos y alumnas escolarizados en centros no mixtos obtienen mejores resultados que los que asisten a colegios mixtos, por lo que se propone –tanto en Francia como en los Estados Unidos– un sistema más flexible y pluralista para los centros públicos en la etapa de 11 a 15 años», prosigue el estudio de Michel Fize. Efectivamente, hay países –Gran Bretaña, por ejemplo– donde la red escolar está formada por centros masculinos, femeninos y mixtos, con la misma consideración. Los resultados de los exámenes nacionales revelan el buen resultado de las escuelas no mixtas. El *Financial Times* recoge cada mes de agosto los resultados de las «top independent schools»: desde hace años, de las 25 escuelas que obtienen los mejores resultados, más de la mitad son de chicas y el resto de chicos. La primera mixta aparece en el número 26 de la lista.

Primer obispo auxiliar de Jerusalén para cristianos de lengua hebrea

EL patriarca Michel Sabbah consagró el pasado mes de noviembre en Jerusalén al obispo auxiliar Jean Baptiste Gourion para desempeñar un cargo episcopal sin precedente hasta ahora: la atención pastoral de los cristianos de lengua hebrea.

Nacido en Argelia (1934) en el seno de una familia judía, monseñor Gourion, fue bautizado a los 23 años en Francia. Entró en la abadía benedictina de Bec, en ese país, y en 1976 fue enviado con dos hermanos en religión a fundar y ser superior del monasterio de la Congregación Benedictina Olivetana, en Abu Gosh, pacífico pueblo israelí

donde vive una pequeña comunidad cristiana de lengua hebrea.

Apertura del proceso de beatificación de 124 mártires coreanos

LA Santa Sede aprobó recientemente la apertura del proceso de beatificación de Paul Yun Ji-Chung y 123 compañeros que fueron torturados y asesinados por odio a la fe en 1791 en Corea. En ese año, Paul Ji-Chung, que pertenecía a una familia noble en Corea, se negó a enterrar a su madre según el rito tradicional confucionista, lo cual hizo que las autoridades investigaran y desataran una cruenta persecución contra los católicos locales, que comenzaban a multiplicarse. Esta primera persecución fue llamada persecución de Sin-hae. A lo largo de más de un siglo surcado por cuatro grandes persecuciones la Iglesia católica en Corea funcionó como una Iglesia de catacumbas. El número aproximado de cristianos asesinados por odio a la fe en esta época asciende a más de 16.000.

El santuario del Sagrado Corazón de Gijón se convierte en basílica

LA Santa Sede ha concedido el título de basílica menor a la iglesia del santuario del Sagrado Corazón de Gijón, dándole el carácter de prototipo de iglesia. Con ello, el Santuario asumirá de manera más consciente las obligaciones de toda basílica: el servicio permanente de confesión y la divulgación de las doctrinas pontificias.

Fundamentalistas hindúes atacan a la Iglesia en Orissa (India Oriental)

LA comunidad católica en el estado de Orissa está conmocionada por la explosión de violencia del fundamentalismo hindú contra la Iglesia católica, que se ha traducido en abusos de todo tipo.

El pasado 21 de noviembre, los militantes de las denominadas «brigadas azafrán» atacaron e incendiaron una iglesia católica en la ciudad de Deogarh, al oeste del estado, mientras la víspera se habían manifestado ante la residencia del presidente del distrito, quemando biblias y libros de literatura cristiana. Estos hechos no son aislados sino que vienen sucediéndose desde hace ya algún tiempo, atacando a religiosas y pastores cristianos de

la zona y destruyendo sistemáticamente todo lo relacionado con la fe cristiana.

La fe en la India, no obstante, sigue fortaleciéndose por la labor de los misioneros allí presentes, que desde ahora tendrán a su disposición un nuevo instrumento de gran valor: la sagrada Biblia traducida al bengalí (lengua utilizada por casi 215 millones de personas). Tras 35 años de trabajo de traducción del jesuita indio Christian Mignon y del poeta de lengua bengalí Sajal Banerjea la obra ha sido por fin completada y publicada.

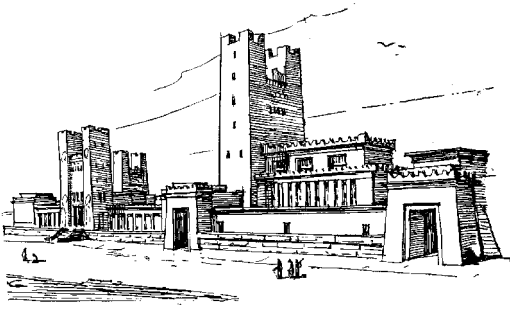
Educación infantil contra el cristianismo en Palestina

EN el nuevo manual de cultura islámica, destinado a los alumnos del nivel de educación primaria —aprobado por el Ministerio de Educación de la Autoridad Nacional Palestina (ANP) y por las autoridades de Jordania—, se lee que «los misioneros constituyen una de las instituciones occidentales al servicio de la invasión intelectual del mundo musulmán. Han intentado forzar a los musulmanes a abandonar el islam, debilitando su fe y obligándoles a adoptar el modo de vida cristiano. El movimiento misionero ha dejado huellas profundas en la vida islámica».

Tras valorar de esta manera la presencia de los misioneros en tierra islámica, el texto llama abiertamente a la *djihad*, considerando la guerra santa como una «obligación de todos los musulmanes», un «deber colectivo» y personal. «La *djihad* y la fuerza física se hacen inevitables», ya que los misioneros cristianos constituyen «una presencia enemiga en un país musulmán» y, como tal, «el deber de los ciudadanos de ese país es combatir al enemigo y expulsarlo».

«La nación islámica vive hoy una necesidad urgente del espíritu de la *djihad* en sus hijos, incluidos todos los tipos de *djihad*... (el combate, la contribución financiera o «la *djihad* de las ideas»). Es una necesidad vital... Es una fuente de bienestar y de prosperidad para todos los musulmanes... La nación islámica debe expandir entre sus hijos, de generación en generación, el espíritu de la *djihad* y el amor al sacrificio de sí mismo», explica el manual de educación para infantes, a la vez que proporciona «la razón lógica que justifica la ejecución de una persona que abandone el islam».

Muchos palestinos cristianos han protestado por estos textos que han llegado a imbuir de su espíritu a sus hijos no musulmanes. Trascendió hace poco el caso de una niña cristiana que fue descubierta por su padre cuando intentaba inmolarse en un atentado suicida.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Otro actor gobernador de California

LA elección como gobernador de California del actor Arnold Schwarzenegger ha provocado la airada reacción de la prensa progresista. Los tópicos han salido a relucir: *Mister Músculos*, *Terminator*, derechista agresivo... y además siguiendo los pasos de Ronald Reagan que también empezó su vida política en California. La verdad es que hay motivos para estar preocupados, pero son justamente los que silencia la prensa.

De hecho el nuevo gobernador es todo lo contrario a la imagen que se ha dado de él: republicano liberal, cercano a los postulados libertarios, pro-aborto, pro-homosexuales y ultraliberal en materia económica. El candidato ideal para recoger los votos de un electorado joven, opulento, egocéntrico y amoral, justo lo opuesto a la imagen de «derecha fundamentalista» que nos han dado los medios de comunicación y que funciona tan bien a la hora de caricaturizar al adversario.

Pero la aparición de Arnold Schwarzenegger en la escena política norteamericana tiene más lecturas. La primera, la consolidación del populismo en Estados Unidos, una tendencia creciente desde el 11-S que combina el *savoir-faire* de las superproducciones de Hollywood con el recurso reiterado a discursos basados en el componente emocional. En segundo lugar, también se puede leer esta victoria como parte del rechazo hacia la clase política tradicional, siempre latente en ciertas zonas de Estados Unidos y que en los últimos tiempos ha castigado de forma especial al partido demócrata, visto como el partido de las élites ilustradas de las grandes ciudades de la costa este. Por último, el voto californiano ilustra la extrema volatilidad de la opinión pública, que un día te adora y al siguiente te hunde: dictadura de la opinión, cada día más fácilmente manipulable, que encuentra en los Estados Unidos su hábitat natural.

Acabado el *show* electoral, ahora toca enfrentarse a las realidades: un estado con 35 millones de habitantes, la quinta economía del mundo, importantes tensiones causadas por la inmigración y graves problemas de infraestructuras. Unos retos nada fáciles de abordar y que no se resolverán sin

una sociedad sana. Es aquí precisamente donde más claras son las diferencias entre Ronald Reagan, que con todas sus limitaciones siempre defendió la necesidad de un «rearme moral», y Arnold Schwarzenegger, cuyas recetas en materia social y moral no harán más que empeorar los problemas ya existentes.

Corea del Norte: infierno tolerado

LA noticia ha aparecido en la prensa extranjera; ningún medio español la ha considerado suficientemente relevante como para turbar nuestras apacibles vidas con la realidad de Corea del Norte. El dossier *The Hidden Gulag - Exposing North Korea's Prison Camps*, que acaba de presentar el «Comité norteamericano para los derechos humanos en Corea del Norte» se centra en el sistema penitenciario que rige para los prisioneros políticos en uno de los últimos paraísos comunistas. Los datos son espeluznantes: a resultas de las condiciones de vida en los campos de internamiento han muerto cerca de cuatrocientos prisioneros a lo largo de los últimos tres decenios, lo que significa una media de más de trece mil muertes al año. A esta cifra debe sumarse de uno a tres millones de muertos a partir de mediados de la pasada década debido a la hambruna generalizado por el colapso del sistema comunista de producción agrícola.

A día de hoy los detenidos políticos ascienden a doscientos mil y en muchos casos son internadas familias enteras en los campos de concentración, impidiendo, eso sí, que sus miembros puedan comunicarse entre ellos. Las condenas no acostumbran a cumplirse íntegras: la pobreza de la dieta y la dureza de los trabajos hacen que sea frecuente la muerte de los presos. La práctica de la tortura y los maltratos son habituales.

Las causas de las condenas son variadas a tenor de los testimonios recogidos en el dossier: Ji Hae Nam fue condenado a tres años de trabajos forzados por haber enseñado una canción surcoreana a cuatro amigos; Kim Jong, teniente coronel del ejército que se había criado en un orfanato, fue arres-

tado a mediados de los años noventa cuando se descubrió que su padre había sido condenado como espía de los norteamericanos. Y así podríamos seguir hasta la extenuación. Corea del Norte, como todo régimen comunista, es un infierno para sus ciudadanos (en esto ha venido a parar el tan cacareado «paraíso comunista»), pero, alejada de los centros de tensión geopolítica y provista de armamento nuclear, observa cómo los, en otras ocasiones, exigentes y puntillosos Estados Unidos miran hacia otro lado. La deriva que está tomando la situación iraquí, cada vez más inestable, no es el mejor augurio para un pueblo que, abandonado por el resto del mundo, ve consumirse sus días bajo la égida de un régimen criminal donde los haya.

La reforma de la ONU: autoridad mundial, sí; gobierno mundial, no

ANDA Kofi Annan intentando la reforma de la Organización de las Naciones Unidas. Lo cierto es que, renqueante desde su nacimiento, los últimos años han supuesto el acta de defunción de una organización inoperante. Estados Unidos ha actuado al margen de Naciones Unidas; su poder así se lo ha permitido. A la ONU le ha quedado la disyuntiva de, o bien plegarse a los dictados norteamericanos, o bien ser explícitamente ninguneada. Ha elegido la primera opción, sobreviviendo de este modo, pero su prestigio ha quedado no ya por los suelos, sino penetrando el subsuelo.

Es lógico pues que se alcen voces reclamando una reforma de la institución. Se habla de suprimir el derecho de veto en el Consejo de Seguridad y de la necesidad de avanzar hacia una especie de Gobierno Mundial, naturalmente radicado en Naciones Unidas y que impulsaría las políticas que la ONU no se ha cansado de azuzar durante las últimas décadas y que han merecido el apelativo de «imperialismo demográfico» por su persistencia en la promoción del aborto, la anticoncepción y las esterilizaciones masivas en los países con menos recursos.

Decía recientemente el cardenal Renato Martino, del Pontificio Consejo para la Justicia y la Paz, que la paz en un mundo global exige una autoridad mundial, no un súper-Estado. Sin autoridad todas las reformas son débiles, castillos en el aire, y en definitiva, inoperantes. Y en un mundo del que la autoridad ha desaparecido, erradicada muchas veces por los mismos estados que componen la ONU, cuando no por ella misma, cualquier esperanza de paz debería de basarse en una instancia

que poseyera esa autoridad sin la cual nada es respetado. Esa instancia existió y fue el papado durante los siglos de Cristiandad; Occidente creció al abrigo de tan benéfica influencia y pudo desarrollarse hasta niveles que ninguna otra civilización ha conocido. El papado, ahora, sigue siendo la única esperanza para un mundo que cada día que pasa ve alejarse más las posibilidades de una paz verdadera.

Cristianos en tierra de islam, calvario sin fin

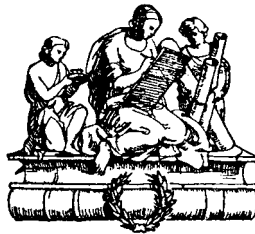
EN Arabia Saudita está prohibida la exhibición de la cruz (incluida la de la Cruz Roja o incluso la de la bandera suiza). Maldivas y Mauritania prevén la cárcel para los no musulmanes. A pesar de algunas mejorías, la situación general para los cristianos continúa empeorando (como siempre ha ocurrido bajo el yugo del islam). En Somalia la constitución del año 2000 proclama que la única religión debe ser el islam y durante la guerra civil la catedral de Mogadiscio fue destruida. En Túnez o Marruecos, que pasan por ser países moderados, la conversión de un musulmán al cristianismo está prohibida por ley. Pero es que incluso esta prohibición se encuentra vigente en el mismo Líbano, país con una importantísima tradición cristiana. En Egipto se refugian en un artículo del Código penal que castiga «los actos contra la paz social» para prohibir esas conversiones. El Corán como materia de enseñanza obligatoria, los exámenes fijados sistemáticamente los días festivos cristianos (Navidad, Pascua...) y otras prácticas del mismo tenor hacen el resto. En Sudán la ley islámica es de aplicación universal, también para los no musulmanes. En Brunei, a lo largo de los últimos diez años han sido prohibidas las conversiones y la predicación. Un panorama desolador que no invita precisamente al tan ingenuamente ahhelado «diálogo entre religiones».

CRISTIANDAD

Edita: Fundació Ramon Orlandis i Despuig

Suscripción ordinaria	30 €
Suscripción de colaborador	45 €
Suscripción extranjero	50 €
Número suelto	4 €

ORIENTACIONES



BIBLIOGRÁFICAS

EVAN McIAN

Relatos y poemas para niños extremadamente inteligentes de todas las edades

Harold Bloom

Trad.: Damián Alou

Barcelona, Anagrama, 2003

EL autor, ínclito profesor de humanidades en Yale y de inglés en la Universidad de Nueva York, ha recogido este conjunto de poemas y relatos, como haciendo una propuesta de reconstrucción del hombre de hoy, acosado por la imagen y las prisas que nada dejan madurar según su tiempo. Por eso, en la introducción, el mismo Bloom afirma: «Tras la primera guerra mundial, diversas oleadas de lo que entonces se llamaba “modernismo” acabaron con la especulación y el asombro visionarios que dan armonía a estos *Relatos y poemas para niños extremadamente inteligentes*».

Pero que nadie piense que se trata de recoger escritos para niños. Cediéndole la palabra de nuevo a Bloom: «Cualquier persona de cualquier edad que lea este volumen se dará cuenta enseguida de que no acepto la categoría de “literatura para niños”, que hará un siglo poseía alguna utilidad y distinción, pero que ahora es más bien una máscara para la stupidización que está destruyendo nuestra cultura literaria. Casi todo lo que ahora se ofrece comercialmente como literatura para niños sería un menú insuficiente para cualquier lector de cualquier edad en cualquier época. Yo leí casi todo lo que he reunido en este libro entre los cinco y los quince años, y he seguido leyendo todos estos relatos y poemas desde los quince hasta los setenta.»

En la lectura encontramos una experiencia única e inigualable de crecimiento de la propia interioridad. La belleza que encontramos en los poemas y relatos bien escritos es el signo que nos remite a la verdad de las cosas, nos invita a atravesar ese misterio que es la realidad, en pos de ese meollo de la vida que todos buscamos acompañados, aunque ineluctablemente abocados a una soledad última. De ahí que la lectura sea un elemento educativo importantísimo, porque nos descubre un mundo que llevamos por dentro y nos invita a hacerlo crecer hasta su cumplimiento. Tal como nos dice Bloom: «¿Dónde nos encontramos más cómodos y al mismo tiempo más extraños? Idealmente, con nuestra familia y nuestros amigos, y finalmente, si es posible, con nuestra pareja. Sin embargo hay tantas sombras, tantas dificultades, en todo

amor humano, que siempre existe algo en nuestro interior que sigue sintiéndose solo. A medida que la inteligencia y la conciencia se desarrollan en nosotros, nos damos cuenta de que lo mejor y más antiguo de nosotros es incognoscible para los demás.»

Por ese algo central e íntimo que en nosotros se muestra como irreductible para los demás, afirma el autor, «un niño a solas con sus libros es, para mí, la verdadera imagen de una felicidad potencial, de algo que siempre está a punto de ser.» Y nos dice esto, siendo en todo momento consciente de nuestro problema cultural. Ya en el siglo XIX decía Tocqueville que en los Estados Unidos no era necesario prohibir los libros ya que nadie leía. Está claro que la tendencia se ha extendido. Pero Bloom, ante este dato, no pierde la esperanza, porque el hombre está bien hecho. Por eso afirma: «Soy lo bastante anticuado y romántico como para creer que muchos niños, dadas las circunstancias adecuadas, son lectores por naturaleza hasta que su instinto es destruido por los medios de comunicación. La tiranía de la pantalla amenaza cualquier orden en el que el valor literario o la sabiduría humana se prefieran al permanente flujo de información.»

Aún bajo esa permanente amenaza a la que nuestros hijos permanecen expuestos en la medida en que crecen en este mundo y no en otro, no nos cabe más que entusiasmarnos ante el intento educativo que es la publicación de este libro, y unirnos a su espíritu con propuestas concretas. Por eso recomendamos este libro, porque el exquisito cuidado con el que han sido escogidos estos textos se convierte en una oportunidad sin igual para degustar el sabor delicado, intenso y sugerente de la mejor literatura.

Pensemos en lo que nos dice Bloom: «mis hermanas mayores, cuando yo era pequeño, me llevaban a la biblioteca, y de ese modo transformaron mi vida. Al cabo de un tiempo encontré allí mi propio camino, y nací dos veces, transportado por la poesía y la prosa». Sin sus hermanas, seguramente, Bloom no sería quien es hoy en día, ni nosotros hubiésemos conocido relatos tan absolutamente tronchantes como *Periodismo en Tennessee* de Mark Twain, o poemas tan exóticos y actuales como *Pena*, de un autor menor llamado Audrey de Vere. Sin nuestra propuesta, quizá, nuestros hijos tampoco leerán nunca libros como éste: demasiadas páginas, demasiada belleza...



emos leído

ALDOBRANDO VALS

¿Reconstruir el Templo?

En la revista francesa Kephars encontramos una apasionante entrevista que nos ayuda a comprender con mayor profundidad el desarrollo de lo que ocurre en Tierra Santa. El dominico O.-Th. Venard se ha reunido con Jean-Marc Rosenfeld, director del «Instituto del Templo», una organización que promueve los estudios en torno al Templo de Jerusalén y que ha creado un museo al respecto, cercano al Muro de las Lamentaciones, donde se pueden contemplar las reproducciones, perfectas, de los instrumentos empleados en el culto del Templo, listos para ser de nuevo empleados. El «Instituto del Templo» fue fundado por el rabino Israel Ariel, que también fue comandante del ejército israelita en el momento en el que Israel conquistó la ciudad vieja de Jerusalén durante la guerra de los Seis Días. Actualmente el museo recibe la visita de miles de personas venidas de todo el mundo y se puede visitar virtualmente en www.temple.org.il. De la extensa entrevista (que puede leerse completa en <http://www.revue-kephars.org/02/2/Venard73-85.html>), destacamos algunos pasajes que nos parecen especialmente significativos. En primer lugar, la persistencia de la centralidad del Templo para el pueblo judío; dice Rosenfeld:

«¿Por qué podemos hablar de la “santidad de Jerusalén”? Si se habla de la ciudad simplemente porque fue la residencia de uno o de otro, eso está muy bien, ¡pero no es esto lo que aporta la santidad! La santidad de Jerusalén le viene de la presencia del Templo en el emplazamiento que conocemos, es decir, sobre la piedra de fundamento del mundo entero, el lugar que Dios escogió para crear el mundo, donde modeló a Adán y Eva y donde tuvo lugar el sacrificio de Isaac».

Y más adelante señala la vincu-

lación entre el Templo de Jerusalén y la paz mundial, especialmente anhelada en Tierra Santa:

«¿Por qué Dios ha pedido un lugar, una construcción con columnas y objetos diversos? Es importante comprenderlo. Si se comprende, entonces comprenderemos por qué Dios creó el mundo, y el Templo es verdaderamente su centro. Precisamente se lo decía ayer a unos periodistas franceses: habláis mucho de política, pero si entenderais la importancia y la centralidad del Templo... la paz mundial no se conseguirá sino por el Templo.

Si se entiende este mensaje, no se puede concebir que el tercer Templo no se erija en el mismo emplazamiento que los anteriores. Y no se trata solamente de un deseo, sino que así se afirma en las profecías, que dicen que «el primer Templo será construido y demolido, el segundo Templo será construido y demolido de nuevo, y el tercer Templo será reconstruido y nunca más demolido». Se trata pues de algo que esperamos: si las dos primeras profecías se han cumplido exactamente, estamos seguros de que la tercera profecía también se cumplirá».

Llegados a este punto, se plantea una de las cuestiones más delicadas: si el Templo ha de ser reconstruido y su emplazamiento lo ocupa la explanada de las mezquitas, ¿significa eso que, para dejar paso al tercer Templo, las mezquitas de Al-Aqsa y Omar deben de ser destruidas? Rosenfeld responde con cautela, sin afirmar pero sin negar, confiando el desarrollo de los acontecimientos en Dios e introduciendo en su discurso una dimensión abiertamente mesiánica:

«Nosotros no propugnamos nada, simplemente transmitimos lo que los profetas han escrito. Algo ocurrirá: los problemas actuales marcan el inicio de la guerra de Gog y Magog que, desgraciadamente, causará numerosas víctimas; así lo

dicen las profecías, que también afirman que de la piedra de fundamento brotará el agua y sumergirá la explanada del Templo. En ese momento, el Templo será reconstruido y purificado, por la paz y el bien del mundo entero; entonces los justos de las naciones se despertarán diciendo: «es la única solución», ya que no hemos encontrado ninguna solución política.

Nosotros no nos adherimos a la asociación que intenta cada año poner la primera piedra del nuevo templo, pero creo que psicológicamente resulta muy interesante porque el hecho de llevar una piedra, físicamente, lleva a los periodistas de todo el mundo a preguntarnos: «Pero entonces, ¿queréis reconstruir el Templo?». «Pues claro, ¡finalmente habéis comprendido que el Templo será reconstruido!». No es esa acción la que llevará a la reconstrucción del Templo, pero significa que se quiera o no, el Templo será reconstruido. ¡Meteos en la cabeza esto: el Templo será reconstruido! Y si el Templo se reconstruye, el Mesías llegará enseguida, para indicarnos el camino a seguir».

¿Ese Mesías es Jesucristo, a quien vosotros rechazasteis!, sugiere el entrevistador. ¿Qué harán los judíos fieles cuando vean venir de nuevo a Jesús? Ante esta posibilidad, el director del «Instituto del Templo» responde:

«Lo único que puedo decir es que, si efectivamente mañana Dios decide que Jesús venga de nuevo y que él sea el Mesías, estamos dispuestos a aceptarlo, porque finalmente será Dios quien nos lo indicará».

Sólo queda esperar y pedir al Todopoderoso que, esta vez, los corazones judíos no estén endurecidos y, con la humildad de la judía Virgen María, acepten hacerse siervos del Señor.

La gente se fue junto con el polvo

El padre Michel Gitton es rector de la Colegiata de Saint-Quiriace en Provins, Francia. Colaborador del semanario France Catholique, ha publicado un interesante comentario en la agencia Decryptage que a continuación reproducimos. En un momento de balances, Gitton logra evitar tanto el triunfalismo como el catastrofismo, en una mirada sobre la vida de la Iglesia realista y al mismo tiempo repleta de esperanza cristiana:

«Hace pocos días tuvo lugar una misa en una residencia de ancianos de los alrededores de París. El sacerdote que tenía que celebrarla había llevado consigo a un estudiante para ayudarlo, lo cual era especialmente necesario pues el lugar no era el mejor para una celebración de este tipo: sillones «relax», una chimenea con una cabeza de jabalí encima... había que poner un poco de ambiente litúrgico y nuestro sacerdote se dedicó junto a su fiel acólito a colocar algunos iconos y cirios.

Resulta que ese estudiante, que llamaremos Guy, era un converso: llegado un poco por casualidad a las JMJ de Roma en 2000, había sentido conmoverse su corazón al ver el fervor de sus camaradas y se había unido a Cristo y su Iglesia. Una anciana que se encontraba allí no veía ningún motivo para todos esos cambios. «El concilio ha hecho desaparecer todas estas antiguallas», le dijo con una magnífica convicción. Ante la mirada interrogadora de Guy, la señora se creyó autorizada a añadir: «Si supieras lo complicado que era antes, hacían falta tres manteles para decir la misa... Afortunadamente todo se ha simplificado, ¡hemos sacado mucho polvo!»

La respuesta prorrumpió, con una ocurrencia maravillosa de la que el autor no sospechó la crueldad: «Pero entonces, si lo entiendo bien, ¿la gente se fue junto con el polvo?». La vieja dama quiso abrir la boca para replicar, pero la respuesta no salió, estaba a punto de asfixiarse, simplemente indignada porque este mocoso se permitiera poner en duda los frutos excelentes de la reforma que tanto había idealizado.

Hoy, el diálogo fracasado de Guy y de Magdalena se vive de muchos modos entre los jóvenes que redescubren en monasterios o en otros lugares la belleza de la liturgia católica (y no forzosamente preconiliar) y la vieja guardia que cree que todo comenzó hace cuarenta años. Lo que podría ser sólo una nueva versión del conflicto entre generaciones se complica con la cuestión planteada, que nadie puede eludir por más tiempo: ¿Qué ha pasado en estos años? ¿Qué es lo que provocó el abandono vertiginoso de nuestras asambleas dominicales? ¿Quién es el responsable del aburrimiento que ahuyentó a los jóvenes y a los menos jóvenes? O para ser más exacto: ¿cómo puede ser que unas medidas destinadas a abrirles las puertas de nuestras iglesias a nuestros contemporáneos no sólo no han llegado a los alejados, sino que han obtenido el efecto inverso: alejar a los creyentes?

Hacer la liturgia más accesible, utilizar una lengua que todo el mundo comprende, hacer penetrar los ritmos de la música contemporánea en la oración, todo esto ha sido querido de buena fe como medios para acercarse al mundo y proponerle a Jesucristo. No era un programa insensato y muchos creyeron en él. ¿Cómo es que ha acabado con unos resultados tan lastimosos?

Podríamos hacer el mismo análisis con muchas reformas, legítimas, adoptadas durante esos mismos años (1950-60): el catecismo en preguntas y respuestas, aprendido de memoria, era poco satisfactorio y no es difícil criticarlo; los pioneros de la reforma de los catecismos hicieron proezas de pedagogía para presentar bajo una forma más atractiva un contenido aún sólido, ¡pero es precisamente entonces cuando el número de niños catequizados comenzó a bajar seriamente! Y ya no hablemos de lo que vino luego y del empobrecimiento del contenido, cuyos resultados son demasiado evidentes...

La cuestión es: ¿por qué unas reformas destinadas a luchar contra la descristianización, lejos de frenarla, la ampliaron? ¿Llegaban demasiado tarde para ser eficaces? ¿Es el mismo hecho de reformar a tontas y a locas el que minó la confianza en la institución? Según la respuesta que se dé a esta cuestión

buscaremos la solución en una mirada atrás o en una huida hacia adelante. Pero estas dos actitudes sólo repiten los errores del pasado, porque se sitúan únicamente en una explicación «política» de la crisis.

Nada avanzará mientras no seamos capaces de reconocer las faltas cometidas, y en primer lugar la inconsciencia increíble con la cual se creyó que se podía renovar el catolicismo privándolo de todos sus signos visibles, devolver el atractivo a la liturgia despojándola de su misterio, y renovar el lenguaje de la Iglesia sumergiéndolo en las preocupaciones del mundo. Hay aquí una falta espiritual de la que el Concilio Vaticano II no es para nada responsable, pero que se apoderó de golpe de la conciencia de los católicos, cansados de las batallas del pasado y deseosos de gozar, como todo el mundo, de los frutos del crecimiento económico y de la liberalización de las costumbres.

A partir de este error inicial parece que el resto haya seguido como en un engranaje desolador: *bricolage* litúrgico destinado a ilustrar las tesis de moda, reducción de la predicación a la moral, y de la moral al humanitarismo, contestación de los dogmas, excepto el sacrosanto evolucionismo, actitud antirromana, transformación del sacerdote en acompañante pastoral, desaparición de la evangelización para no perjudicar el consenso... Sabemos cuál ha sido el resultado, tan previsible a partir de tales premisas.

Pero no le conviene a un hijo de la Iglesia detenerse aquí. Si la culpa es en primer lugar espiritual, la respuesta también ha de serlo. No se trata de fustigar a los responsables (la mayoría de las veces sepultados ellos mismos bajo los escombros), ni de soñar con una restauración imposible. Hay que tomar nota de la desaparición del humus social del catolicismo, no para regocijarse, sino para reconstruir sobre un terreno sólido: el de los creyentes pasados por el fuego de la crisis, sin complejos ante el mundo que los rodea, fieles a la enseñanza de la Iglesia, deseosos de reencontrarse alrededor de una liturgia digna de este nombre y listos para formar con los que comparten su mismo descubrimiento comunidades fervientes y fraternales».

Actualidad de la idea de Cristo Rey

In memoriam Oriol Cuffí Canadell

El pasado mes de noviembre falleció José-Oriol Cuffí Canadell, redactor constante, desde el primer número de abril de 1944 hasta diciembre de 1957, de la sección política de nuestra revista CRISTIANDAD. Esta sección se llamó durante muchos años «Leyendo y brujuleando» y firmada por Cuffí con el seudónimo bíblico de Shehar Yashub, constituyó la crónica detallada y puntual de los principales acontecimientos de la «Quincena política» (la periodicidad de la revista era entonces quincenal).

Esta sección titulada «Hace cincuenta años», podría recordar lo que en aquella quincena política escribía Cuffí. Pero, por esta vez, preferimos

publicar un texto de José-Oriol Cuffí que apareció como introducción a un pequeño gran libro titulado Actualidad de la idea de Cristo Rey (1951) que, a su vez, contenía diversos artículos de notables redactores de la revista, dos de ellos del propio P. Orlandis.

El texto que sigue conserva todo su valor como exponente del ideal que animaba —y anima— a los redactores de la revista CRISTIANDAD tanto por señalar su ideal como su esperanza. Sirva aquí para la formación de nuestros lectores actuales y como testimonio de agradecimiento hacia quien durante tantos años nos ofreció aquella sección política bajo el prisma de la teología de la historia.

I. LA CONFERENCIA DE LA PAZ DE LA HAYA

Significación del siglo XIX

Año de gracia de 1899.

Finalizaba un siglo pródigo de subversiones sangrientas, de falaces y bárbaros mensajes y de resonantes triunfos de las fuerzas del mal. Por doquier discurrían, incontenibles al parecer, las perversas doctrinas que la trágica revolución de la Francia de Mirabeau, de Robespierre y de Marat habían exaltado a la faz del mundo como el compendio de la humana felicidad, y que las águilas del gran Corso se encargaron de difundir por el viejo solar europeo. Se cuarteaban viejos imperios, y nuevas unidades políticas, pletóricas de fortaleza y anhelantes de triunfos, hacían sentir su presencia en la sociedad de los pueblos; mientras antiguos designios imperiales cobraban formidables impulsos al calor de deslumbrantes conquistas y de trascendentales cambios en el desarrollo sucesivo de la vida comercial e industrial.

Agitadas por engañosas ideas, poderosas corrientes de ambición y supremacía, ya en el terreno político, ya económico, cruzaban el cielo de Europa, acumulando espesos nubarrones que presagiaban no muy lejanas tormentas. Estábamos en pleno auge de la política de equilibrio entre las grandes potencias, que se presentaba, entonces, como la fórmula

positiva, como el gran remedio, para conservar un estado de tranquilidad y de orden en las relaciones internacionales. Pero debajo de las fórmulas corteses de la diplomacia y de una cierta mesura en la concreción de finalidades y objetivos, existía y se desarrollaba con tremenda pujanza el cáncer corrosivo de las doctrinas sectarias, que impulsaban a la sociedad toda por caminos de perdición y de ruina; y a la par que los individuos y los pueblos se iban alejando cada vez más de Dios, iba en aumento la labor de los malvados que, en la clandestinidad y el misterio, tramaban sus diabólicos designios contra la Iglesia de Cristo.

El zar de Rusia se dirige a León XIII

A mediados de 1898, el zar de Rusia había iniciado una serie de conversaciones encaminadas a tantear la posibilidad de convocar una conferencia internacional con el noble fin de estructurar un procedimiento que facilitase la solución por medios pacíficos, de las discrepancias y litigios que pudieran surgir entre las naciones. El choque de intereses entre las grandes potencias era cada vez más peligroso y el forcejeo que entre las mismas se había entablado amenazaba lanzar al mundo a la catástrofe de una

guerra avasalladora, de la que era clara señal el aumento constante, en hombres y en material, de los ejércitos de los probables contendientes. La iniciativa del zar era, por las mismas razones, de muy difícil concreción, y quizás por este motivo o tal vez movido por más elevadas aspiraciones, comprendió aquel monarca la necesidad de solicitar el auxilio de la única potencia capaz de establecer los imperativos de la justicia y de señalar las normas inviolables del derecho. Por ello, y en un hermoso rasgo que conmovió sin duda las fibras sensibles de los pueblos católicos, el poderoso jefe de las Rusias se acercó al Vaticano, y a través de su ministro Tcharykoff solicitó el apoyo del papa León XIII, «con toda la fuerza de su autoridad moral», en la gran empresa que había concebido para la consolidación de la paz.

No hizo esperar el Soberano Pontífice su respuesta. Quince días más tarde, el 15 de septiembre, el secretario de Estado, cardenal Rampolla, en un magnífico y aleccionador escrito, otorgaba, en principio, su adhesión al proyecto. «El Papa —decía el cardenal— recuerda que la paz no podrá encontrar su natural asiento si no se apoya sobre el fundamento del derecho público cristiano, de donde deriva la concordia de los pueblos con sus príncipes y de éstos entre sí. Para que desaparezcan las desconfianzas y los motivos recíprocos de ofensiva y defensiva, que han llevado a los estados, en nuestros días, a aumentar sus armamentos, y *para que un espíritu de paz, extendiéndose a través de todos los pueblos del universo, les dirija a mirarse mutuamente como hermanos, es preciso que la justicia cristiana cobre pleno vigor en el mundo, que las máximas del Evangelio adquieran íntegra efectividad, y que el arte difícil de gobernar a los pueblos tenga por factor principal ese temor de Dios que es el principio de toda sabiduría*». No se detenía la Santa Sede a tratar de los procedimientos adecuados para que su intervención pudiera realizarse en la coyuntura esperada. Si su colaboración no aparecía muy clara en cuanto a la forma de llevarse a cabo, importaba especialmente al Romano Pontífice reafirmar, una vez más, la índole del remedio que precisaba aplicar a un estado de cosas que iba agravándose paulatinamente. Y lo hacía oficialmente respondiendo a una petición concreta de una potencia europea; en un terreno propio y peculiar de su mi-

sión del que, a partir del Tratado de Westfalia había sido prácticamente apartado.

El espíritu sectario impide la participación de la Santa Sede

La perfidia sectaria empero, no descansaba; su instrumento en dicha ocasión, fue el gobierno masónico que en aquellas fechas controlaba la vida de Italia, el cual, con grave desprecio y suprema altanería, opuso su veto a cualquier participación de la Santa Sede en las deliberaciones de la proyectada conferencia. Los gobiernos protestantes asintieron satisfechos a esta condición impuesta por los portavoces de las logias.

Sin embargo, el Santo Padre no dejó de formular sus mejores votos para que la conferencia obtuviera felices resultados. En su discurso al Sacro Colegio Cardenalicio en la recepción celebrada el 11 de abril del siguiente año, con motivo de la festividad de san León el Grande, hizo especial referencia a la reunión, ya muy próxima, de la asamblea internacional para la paz, con las siguientes palabras: «Quiera el cielo que este primer paso conduzca a realizar la experiencia de resolver los conflictos entre las naciones por medio de fuerzas exclusivamente morales y persuasivas»; pero advertía con grave admonición, insinuando así el remedio positivo que había de constituir la idea central de la encíclica, que, un mes más tarde, llenaría de indecible júbilo y de santas esperanzas al pueblo fiel: «*esperar una prosperidad verdadera y durable por medios puramente humanos sería una vana ilusión*. Igualmente sería retroceso y ruina tratar de sustraer la civilización al espíritu del cristianismo que le da su vida y su forma, y que solamente le puede conservar la solidez de la existencia y la fecundidad de los resultados».

Pocos días después, la reina Guillermina de los Países Bajos convocaba para el 10 de mayo, en La Haya, la primera sesión de la conferencia, que había de terminar el 29 de julio con la firma de un convenio, cuyas cláusulas no entrañaban ninguna solución efectiva a las gravísimas cuestiones planteadas. Ni por lo que respecta al desarme ni al arbitraje, ni a la limitación en el empleo de las armas más mortíferas, consiguieron los estados participantes llegar a conclusiones claras y trascendentes.

II. APARICIÓN DE LA ENCÍCLICA «*ANNUM SACRUM*»

Consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús

Pero en el período inicial de la conferencia, un hecho importantísimo vino a producirse.

El día 25 de mayo, Su Santidad León XIII enviaba al mundo católico, su carta encíclica *Annum sacrum*, verdadera Carta Magna de la devoción al Corazón dulcísimo de Jesús. En ella, refiriéndose a las peticiones elevadas a su predecesor Pío IX

para que accediese a consagrar al linaje humano al Corazón de Jesús —y quizás, podríamos añadir nosotros, atendiendo a las más recientes que desde Oporto le dirigió sobrenaturalmente inspirada, la madre María del Divino Corazón—, el Romano Pontífice hacía constar que, «por razones nuevas», juzgaba llegada la oportunidad de satisfacer aquellas súplicas, al propio tiempo que señalaba, frente a las tendenciosas y vanas tentativas, condenadas de antemano al fracaso, del mundo moderno, el único camino de paz y de salvación. Entre las congojas de una sociedad saturada de las demoleadoras teorías del naturalismo, y oprimida en su gobierno por la disolvente doctrina liberal, anunciadora de incalculables desastres y de angustiosísimas agonías, mostraba el Pontífice, como claro indicio de victoria cierta sobre las fuerzas del mal, el Sacratísimo Corazón de Jesús: «*In eo omnis collocandae spes: ex eo hominum petenda atque expectanda salus*».

La trágica trayectoria seguida por la humanidad en un febril afán de novedades, en busca de los falsos ideales de redención y felicidad predicados por los enemigos declarados de Dios, desde la orgullosa rebelión luterana, continuada posteriormente por los filósofos racionalistas y ateos y por los incondicionales de la revolución al servicio de la sinagoga de Satanás, iba cosechando abundantes frutos de odio, de sangre y de miseria. En vano trataban algunos seguidores de tales principios, de impedir o detener al menos la caída vertical del mundo en el abismo de sus propias concupiscencias: ¡imposible! Como decía el Pontífice, las tinieblas se habían apoderado de las inteligencias; la muerte lo invadía todo. ¿Qué podían solucionar todas las conferencias, todas las asambleas de los pueblos, si sus príncipes, como dice el salmista, se congregaban y se confabulaban contra el Señor del universo y contra su Esposa, la Iglesia? «En estos últimos tiempos —es la palabra atribuida de León XIII la que así se expresa— se ha procurado con el mayor empeño levantar a manera de un muro entre la Iglesia y la sociedad civil. En las constituciones y gobiernos de los pueblos para nada se tiene en cuenta la autoridad del derecho sagrado divino, con el marcado propósito de que ninguna influencia ejerza la religión en la vida común y social». ¿Es extraño, podemos preguntarnos, que la situación de violencia contra la misión irrenunciable de la Iglesia en el seno de la sociedad, produjera aquel cúmulo inmenso de males y anunciase nuevas discordias, nuevos crímenes y nuevos estragos? ¿Y qué inteligencia reciamente formada podía creer que las simples medidas humanas fueran suficientes para curar radicalmente el cuerpo social?

La aceptación del Reino de Cristo, único camino de salvación

Por eso el papa, urgiendo la necesidad de remedios adecuados, subrayaba que la misma intensidad y la misma extensión de esos males, que precipitaba a los pueblos a su total aniquilamiento, exigía buscar «el auxilio de quien puede hacerlos desaparecer»; del único por cuya virtud era posible volver a la salud y a la vida. «Pero ¿quién va a ser éste sino Jesucristo Unigénito de Dios?». Y concluía León XIII: «*Cuando sea un hecho que todos se sometan al imperio de Cristo y gustosos le obedezcan, y “toda lengua confiese que Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre” (Phil II, 11), entonces, por fin, nos será posible cicatrizar tantas heridas; entonces todo derecho reverdecerá con la esperanza de obtener su prístina autoridad, retornarán los ornatos de la paz, y los hombres dejarán caer las espadas y soltarán de sus manos las armas*». El Sagrado Corazón de Jesús es signo, emblema y presagio de ese triunfo de su Amor; y es, también, prenda segura de nuestra confianza.

¡Oh, si los dirigentes de los pueblos, que en aquellos días se entregaban en los salones de La Haya a magníficos ejercicios de oratoria y a la búsqueda de términos ampulosos carentes de virtualidad, hubiesen atendido fervientemente las solemnes admoniciones que salían de lo más íntimo del corazón del mismo Vicario de Cristo! ¿Se hubieran seguido las calamidades que vienen azotando cruelmente el orbe entero desde hace ya casi medio siglo?

Quince años tan sólo habían transcurrido desde la firma del compromiso de paz, cuando una guerra atroz y violentísima, invadió los campos y ciudades del viejo continente, segando millones de vidas inocentes y abriendo ancho cauce al desenvolvimiento de la plaga devastadora del comunismo. ¡Ironía sangrienta la que encierran las promesas de los hombres! Los estados cuyos jefes habían declarado solemnemente en la postrera reunión de la Conferencia de La Haya su firme voluntad de mantener la paz general; su resolución en favorecer el arreglo amistoso de los conflictos internacionales; su reconocimiento de la solidaridad entre los miembros de las naciones civilizadas; su deseo de extender el imperio del derecho y fortificar el sentimiento de la justicia; su voluntad de consagrar mediante un acuerdo los principios de equidad y de derecho sobre los cuales descansan la seguridad de los estados y el bienestar de los pueblos; esos mismos estados se lanzaban a un exterminio implacable de vidas humanas, y saciaban sus odios y sus ambiciones en una lucha cruel e interminable.

Y otra paz, otras conferencias y otros acuerdos, no menos solemnes que los anteriores, quisieron sanar al mundo de la espantosa catástrofe sufrida.

La encíclica «*Ubi arcano Dei*» de Pío XI

También en aquellos momentos desoladores de una posguerra cuajada de vanas frivolidades y de oscuros propósitos, la palabra del Vicario de Cristo volvió a resonar en la conciencia del mundo. Después de la guerra, advertía el pontífice entonces reinante Pío XI, ni para los hombres, ni para la sociedad, ni para los pueblos «se ha conseguido una paz verdadera». Y ampliando los conceptos de la *Annum sacrum*, analizaba el papa, en su magnífica encíclica *Ubi arcano Dei*, la gravedad y las causas de los males que parecían querer empujar a las naciones a una nueva y avasalladora barbarie y las concretaba en dos sucintas trilogías. Por una parte, la concupiscencia de la carne, la de los ojos y la soberbia de la vida; por otra, el abandono de Dios en el gobierno de los pueblos, en el seno de las familias y en la educación de la juventud. Claramente quedaban señaladas en estos apartados las doctrinas naturalistas y liberales, que en su perverso afán de alejar a los hombres y a las naciones de su Soberano Señor, habían dado rienda suelta a las más bajas pasiones y a los más fieros instintos, imposibilitando toda obra de concordia y de pacífica convivencia.

El Romano Pontífice insistía particularmente en el único remedio capaz de sanar las heridas que cubrían el cuerpo social, y proclamaba su imperecedera divisa: «*Pax Christi in regno Christi*», cuyo contenido en el orden internacional resumía con las siguientes palabras: «*Cuando las sociedades y los estados miren como un deber sagrado el atenerse a las enseñanzas y prescripciones de Jesucristo en sus relaciones interiores y exteriores, entonces sí que llegarán a gozar dentro de una paz buena, tendrán entre sí mutua confianza y arreglarán pacíficamente sus diferencias, si es que algunas se originan*». ¿No son trasunto fiel estas encendidas frases de Pío XI de las solemnes promesas de León XIII para el día luminoso en que la humanidad se someta al imperio de Cristo? ¿Y no forman una íntima trabazón en el pensamiento de Pío XI la realidad admirable del Reinado de Nuestro Señor Jesucristo con la devoción a su Sacratísimo Corazón, si expresamente menciona en su exhortación final el celo ardentísimo de los que procuran «que de nuevo se tributen al Corazón divino de Cristo Rey, lo mismo en los corazones de los individuos que en la familia y en la sociedad, el amor, el culto y el imperio que le son debidos»?

Introducción de la fiesta de Cristo Rey

Pero Su Santidad Pío XI quiso hacer algo más: que la sociedad cristiana comprendiese la intrínseca

virtualidad que se encierra en la idea de Cristo Rey; quiso hacer patente su actualidad portentosa y su absoluta necesidad de medio, y para ello juzgó oportuno establecer una festividad especial bajo esta devoción, en el calendario litúrgico. Con esta intención, tres años después de la *Ubi arcano*, el papa dirigía a la cristiandad, la encíclica *Quas primas*, anunciando tan jubilosa nueva y explicando el verdadero sentido de esta solemnidad anual, a fin de que la misma «produzca cada vez mayores frutos».

En su nueva encíclica, repetía una vez más el Pontífice las características que presentaba la sociedad moderna: «hombres y naciones alejados de Dios por el odio recíproco y por las intestinas discordias», que caminan «hacia la ruina y la muerte»; mientras la Iglesia «continuando en dar al género humano el alimento de la vida espiritual, cría y forma generaciones de santos y santas para Jesucristo, el cual no cesa de llamar a la bienaventuranza del reino celestial a los que fueron súbditos fieles y obedientes en el reino de la tierra». Y precisaba con meridiana claridad el enemigo implacable de la realeza de Cristo: «*la peste de nuestra edad*»: «*el laicismo*»; que en la definición que del mismo nos da el pontífice, como escribe el P. Orlandis, S.I., «descubre su próximo parentesco con el liberalismo tantas veces anatematizado, y convence de que o es el mismísimo liberalismo, ni más ni menos, o es el liberalismo llegado a su mayor edad». («*Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey*»). Decía el papa: «Comenzóse por negar la soberanía de Cristo sobre todas las gentes. Negóse a la Iglesia el derecho, que es consecuencia del derecho de Cristo, de enseñar al linaje humano, de dar leyes, de regir a los pueblos, en orden, claro es, a la bienaventuranza eterna. Luego, paso a paso, se equiparó a la Iglesia de Cristo con las falsas, poniéndola ignominiosamente al nivel de ellas. Después se la sujetó al poder civil y poco faltó para que se la entregara al arbitrio de soberanos y gobernantes. Más lejos fueron aquellos que pensaron en sustituir la religión divina por una cierta religión natural, por cierto sentimiento natural. Ni tampoco faltaron naciones que juzgaron poderse pasar sin Dios y hacer religión de la impiedad y del menosprecio de Dios». Esta es la trayectoria trazada por el laicismo; esta es la verdadera historia del sistema liberal.

Y precisamente para combatir tan funesta doctrina, «y reparar estas públicas defecciones que el laicismo produjo, con grave perjuicio de la sociedad», había de ayudar grandemente —apuntaba el papa— la celebración anual de la fiesta de Cristo Rey, cuyo principado fue reconocido explícitamente no sólo «con la piadosa práctica de dedicar y consagrar todas las familias al Sacratísimo Corazón de Jesús»,

sino con la consagración de naciones y reinos, y aun de todo el género humano, por deseo de León XIII, al Divino Corazón.

El pensamiento del papa expuesto en la encíclica «*Miserentissimus*»

¿Cuál era la intención de Pío XI al instituir esta festividad? La declaraba el propio pontífice en la encíclica *Miserentissimus Redemptor*, aparecida tres años más tarde: «Cuando esto hicimos, no solamente declaramos el sumo imperio de Jesucristo sobre todas las cosas, sobre la sociedad civil y la doméstica y sobre cada uno de los hombres, *mas también presentíamos el júbilo de aquel fastuosísimo día en que el mundo entero espontáneamente y de buen grado aceptará la dominación suavísima de Cristo Rey*».

Con ello, el papa manifestaba algo más que un deseo; declaraba la certidumbre de que vendrá un día en que la humanidad entera «*aceptará*» el reinado de Nuestro Señor Jesucristo. Para acelerar la llegada de esa venturosa fecha, disponía el Sumo Pontífice la consagración anual al Sagrado Corazón de Jesús, con la convicción de que esta devoción atraerá abundantes bienes «no sólo a los individuos sino a la sociedad sagrada, a la civil y a la doméstica, y que Nuestro mismo Redentor prometió a santa Margarita María».

El pensamiento íntimo de Su Santidad Pío XI queda así, en el conjunto de sus tres citadas encíclicas, explícitamente concretado y expuesto: la divisa del Papa, «*Pax Christi in regno Christi*», presupone y está en consecuencia íntimamente ligada con esta fórmula salvadora: «*Al Reino de Cristo por la devoción al Corazón de Jesús*».

IV. EL ALFA Y OMEGA DE UN PONTIFICADO

La primera encíclica de Pío XII

Pero la síntesis admirable de este cuerpo de doctrina que forma el contenido vivo y actual de las encíclicas mencionadas de León XIII y de Pío XI, la encontramos magníficamente resuelta y específicamente declarada en la encíclica *Summi pontificatus*, de nuestro Beatísimo Padre el papa felizmente reinante, Pío XII. Esta su primera carta a los obispos de la Iglesia toda, vio la luz en unas circunstancias verdaderamente dramáticas. De nuevo la guerra, que a no tardar había de extenderse por todo el orbe, había clavado su garra destructora sobre los pueblos de Europa. Una vez más, los individuos y las naciones iban a comprobar en su carne y en su solar, cuán engañosos y delirantes son los proyectos humanos cuando no descansan sobre la única fuente de verdad, sobre la piedra angular que es Cristo. «Hoy, Venerables Hermanos —amonestaba el Jefe de la Cristiandad—, todos miran con espanto el abismo al que han llevado los errores por Nos estigmatizados y sus consecuencias prácticas. Han caído las orgullosas ilusiones en un progreso indefinido; y si todavía alguno no estuviere despierto, la actualidad trágica lo sacudiría con las palabras del profeta (Is 42, 18): *Sordos, oíd, y ciegos, ved*».

Los doctrinarismos despreciadores de Cristo y de su santa Iglesia, cuando no abiertamente persecutorios, lanzando a la humanidad en la vorágine desenfrenada de sus pasiones y de sus afanes incontrolados, mostraban con sin igual dureza y crueldad, sus lógicas y obligadas consecuencias. Pero la maldad esencial de esos diabólicos principios,

claramente acusada por los anteriores pontífices, alcanzaba, ahora, límites quizás no sospechados. Las ideas naturalistas y el sistema liberal se habían enraizado tan profundamente en la sociedad, que en el ánimo de los peores se despertaba la posibilidad de más atrevidas y degeneradas formas de aquellos mismos principios, que eran, por decirlo de alguna manera, base y sostén de todos los posibles extravíos. Así, efectivamente, había ocurrido; y así, de un modo preciso, lo hacía resaltar el Romano Pontífice: «La época actual, además de añadir a las desviaciones doctrinales del pasado nuevos errores, los ha empujado a extremos de los que no pueden seguirse sino desvío y ruina.»

La devoción al divino Corazón de Jesús y la fiesta de Cristo Rey

Las exhortaciones de León XIII y de Pío XI, señalando los peligros a que se vería lanzada la humanidad si no encaminaba sus pasos por el camino de saludable arrepentimiento que había de volverla a Dios, no habían sido atendidas en la extensión y en el grado precisos. ¿Puede extrañar que el papa Pío XII hubiese de hacer patentes las consecuencias terriblemente desoladoras a que estaban conduciendo los desvaríos de la sociedad «que, en escuadrones cada vez más nutridos, se alejaba de la fe en Cristo, y más aún del reconocimiento y de la observancia de su ley»?

¿Con qué profunda esperanza vuelve el pontífice sus ojos a aquellos no muy lejanos días en que León

XIII, en un acto «verdaderamente providencial», «enviaba como mensaje celeste», al mundo católico, la *Annum sacrum!* ¡Con cuánta emoción manifiesta el papa que *el culto a Cristo Rey*, «con el espíritu de nuestro inolvidable predecesor», será «el alfa y omega de nuestra voluntad, de nuestra esperanza, de nuestra enseñanza y de nuestra actividad, de nuestra paciencia y de nuestros sufrimientos, consagrados todos ellos a la difusión del reino de Cristo»!

Y poco después de escrita esa maravillosa y profunda declaración, el Papa presenta los actos culminantes de los pontificados de León XIII y de Pío XI, respectivamente, en esta íntima relación de mutua dependencia: «*De la difusión y del arraigo del cul-*

to del Divino Corazón del Redentor, que encontró su espléndida corona, no sólo en la consagración del género humano, al declinar el pasado siglo, sino aun en la introducción de la fiesta de la realeza de Cristo por nuestro inmediato predecesor, de feliz memoria, han brotado inefables bienes para un sinnúmero de almas: «impetuoso río alegra la ciudad de Dios (Salmo XLV, 5)». ¿Quién no vislumbra claramente la intención del papa al parangonar tan estrechamente el culto al Corazón dulcísimo de Jesús con su Reinado sublime en los corazones y en la sociedad? ¿No dice acaso el Sumo Pontífice que la fiesta de Cristo Rey es la coronación espléndida de la «difusión y arraigo» del culto a su amoroso Corazón?

V. CONTENIDO DEL PRESENTE FOLLETO

«La Paz de Cristo en el Reino de Cristo» es, por consiguiente, el ideal de fructífera esperanza que los papas, en estos últimos años, han presentado al mundo como la concreción definitiva del remedio que ha de sanar las dolencias que viene padeciendo la sociedad; ideal cuya realización efectiva llevará entrañado el establecimiento de un orden y de una paz verdadera. Ahora bien; esta paz, la paz de Cristo, exige por su misma naturaleza, la previa aceptación voluntaria por los individuos y por las naciones, del imperio universal que Nuestro divino Redentor tiene sobre todos los hombres; por lo cual es condición indispensable que los pueblos, rechazadas las funestas doctrinas que los llevan a la perdición, vean en la Iglesia una Madre auténtica, ya que ella realiza en la tierra ese Reino glorioso de Cristo Nuestro Señor.

Téngase en cuenta —e importa mucho esta pequeña digresión para aclarar ciertas dudas y vacilaciones— que cuando los romanos pontífices proponen a la humanidad la fórmula salvadora del Reinado de Cristo como una aspiración concreta a la que hay que encauzar todas las ansias, todos los sufrimientos y todas las súplicas del pueblo fiel, ciertamente que consideran, no ya tan sólo el valor actual, podríamos decir, que la misma encierra, sino también la posibilidad moral de que alcance una consoladora realidad. Por lo tanto, las palabras y las enseñanzas

de los papas sobre esta trascendental materia, no pueden ser interpretadas como una simple visión utópica o como una bella imagen forjada en horas de desaliento o de vana ilusión. Eso sería tanto como demostrar una ignorancia completa de la misión de la Iglesia y un desconocimiento absoluto de la naturaleza de su magisterio sobre los hombres. Pero creer, por una apreciación opuesta, pero tan absurda como la anterior, que el Reinado de Cristo llegará a establecerse con los pobres medios humanos, aun los más nobles y mejor intencionados, y con simples demostraciones externas que no impliquen una transformación completa de la conciencia individual y un cambio renovador en la gobernación de los estados, equivaldría a entregarse a un optimismo pernicioso y radicalmente falso, ya que Nuestro Señor Jesucristo quiere la entrega total y sumisa tanto de los particulares como de los pueblos, lo que supone el empleo por nuestra parte de aquellos medios sobrenaturales capaces de lograr la purificación indispensable que exige la misma naturaleza del Reino de Cristo. Y precisamente uno de estos medios, el más eficaz, el que los romanos pontífices recomiendan de un modo especial al pueblo cristiano, es el de la devoción al Corazón dulcísimo de Jesús.

Jose-Oriol Cuffí Canadell
Licenciado en Derecho



CONTRAPORTADA

El mensaje del amor misericordioso

Desde el comienzo de su existencia, la Iglesia, inspirándose en el misterio de la cruz y de la resurrección, predica la misericordia de Dios, prenda de esperanza y fuente de salvación para el hombre. Sin embargo, parece que *hoy en particular es llamada* a anunciar al mundo este mensaje. No puede descuidar esta misión, si Dios mismo la llama con el testimonio de santa Faustina.

Dios eligió para ello nuestro tiempo. Quizá porque el siglo xx, a pesar de los indiscutibles éxitos en muchos campos, ha quedado marcado, de modo particular, por el *misterio de iniquidad*. Con esta herencia de bien, pero también de mal, hemos entrado en el nuevo milenio. Ante la humanidad se abren nuevas perspectivas de desarrollo y, al mismo tiempo, peligros hasta ahora inéditos. A menudo el hombre vive como si Dios no existiera, e incluso se pone en el lugar de Dios. Se arroga el derecho del Creador de interferir en el misterio de la vida humana. Quiere decidir, mediante manipulaciones genéticas, la vida del hombre y determinar el límite de la muerte. Rechazando las leyes divinas y los principios morales, atenta abiertamente contra la familia. De varios modos intenta silenciar la voz de Dios en el corazón de los hombres; quiere hacer de Dios el «gran ausente» en la cultura y en la conciencia de los pueblos. El «misterio de iniquidad» sigue caracterizando la realidad del mundo.

Experimentado este misterio, el hombre vive el miedo del futuro, del vacío, del sufrimiento y del aniquilamiento. Quizá precisamente por eso, es como si Cristo, mediante el testimonio de una humilde religiosa, santa Faustina Kowalska, hubiera entrado en nuestro tiempo para indicar claramente la fuente de alivio y esperanza que se encuentra en la misericordia eterna de Dios.

Es preciso *hacer que el mensaje del amor misericordioso resuene con nuevo vigor*. El mundo necesita este amor. Ha llegado la hora de difundir el mensaje de Cristo a todos: especialmente a aquellos cuya humanidad y dignidad parecen perderse en el *mysterium iniquitatis*. Ha llegado la hora en la que el mensaje de la misericordia divina derrame en los corazones la esperanza y se transforme en chispa de una nueva civilización: la civilización del amor.

JUAN PABLO II en la Explanada Blonia de Cracovia,
18 de agosto de 2002